

BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS

TOMO II

DE GENTES
DEL OTRO MUNDO

POR

MARIO ROSO DE LUNA

PRÓLOGO DE

FERNANDO DE LA QUADRA SALCEDO

Dagón



MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE PUEYO

19, Calle de la Abada, 19.

1917





OBRAS DE MARIO ROSO DE LUNA

Klinethórizon, Instrumento de Astronomía Popular para conocer, sin profesor, las constelaciones.—2 pesetas.

Preparación al Estudio de la Fantasia Humana, bajo el doble aspecto de la vigilia y del ensueño.—(Agotada.)

Proyecto de una Escuela-modelo para la educación y enseñanza de jóvenes anormales (agotada).

Hacia la Gnosis.—Gnosis y Teosofía.—3 pesetas.

En el Umbral del Misterio (continuación de Hacia la Gnosis).—3 pesetas.

Conferencias teosóficas en América del Sur.—Dos tomos. 8 pesetas.

La Gnosis Hierática de los Mayas.—Estudio de los códices mexicanos del Anahuac.—2 pesetas.

Evolution solaire, et séries astro-ohimiques (traducida al francés por Toro y Gómez).—4 pesetas.

Por el campo de la electricidad (traducción de la obra de Dary, A travers l'électricité).

Diccionario enciclopédico de la lengua onetellana (en colaboración).

Beethoven, teósofo. Edición privada.—(Agotada.)

La Humanidad y los Cósmos (suscitaciones teosóficas acerca de la guerra).—3 pesetas.

BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS

Tomo I.—Por la Asturias tenebrosa.—El Tesoro de los Lagos de Somiedo, narración ocultista.

Tomo II.—De Gentes del otro mundo.

OTROS TOMOS EN PRENSA

Tomo III.—Wagner, mitólogo y ocultista.—El Drama lírico de Wagner y los Misterios de la antigüedad.

Tomo IV.—El Misterio de la Tau.

Tomo V.—La Atlántida, continente histórico.

Tomo VI.—La Química como ciencia del agua.

Tomo VII.—La Magia y sus peligros.

La BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS, a ser posible, continuará con otros tomos más, de igual formato.

PRECIO DE CADA TOMO: 8 pesetas.

BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS

TOMO II

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

A Don Ramón del Valle-Inclán:

al prodigioso estilista; al Místico, «cantor»
de LA LÁMPARA MARAVILLOSA
e «instrumentador» de las SONATAS de
las Estaciones, su admirador devotísimo,

MARIO ROSO DE LUNA.



PRÓLOGO

Inicio estas líneas con aquellas palabras de Virgilio en una de sus églogas:

Sicelldes Musae paulo mayora canamus
non omnes arbusta Juvant humilisque nírlices
jam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna
jam nova progenies coelo demittitur alto.

«Hemos elevado nuestro canto, oh, musas sicilianas! ya que no a todos agradan los arbustos y pequeños tamarindos. La Reina llega ya; retornan ya también los ciclos de Saturno, y una nueva generación desciende del sublime cielo.» Porque, en verdad, es cosa que maravilla y complace en extremo la oportunidad con que aparece una BIBLIOTECA como ésta, en la cual, apartándose del clamoreo militar y de las pasiones políticas, se pone la inteligencia y el corazón de un hombre al servicio de una empresa alta y generosa: la de señalar a la Humanidad los caminos de la Paz y de la verdadera contemplación, iniciándola en los escondidos pensamientos que han presidido el desarrollo de los pueblos desde que el mundo es mundo.

El libro de Roso de Luna, DE OENRES DEL OTRO MUNDO, en su emotividad, es un libro de esencias platónicas y la demostración eruditísima de que todas las ciencias contribuyen a los estudios teosóficos desempeñando el oficio de hermanas que Cervantes aplica a la poesía en el elogio, no superado que hace de ella.

Y es que el tal libro es de forma poética, como no podía menos de serlo, siendo la poesía (*ποιεσις*) una creación, y la creación acto divino. En sus páginas, en efecto, se divinizan los asuntos todos, revelándose las causas de muchas cosas distantes y profundas, con una palabra o con un concepto, con una explicación que hace descansar el ánimo, acercándolo a lo superior e inmutable.

Como revelación de la Naturaleza, el libro de nuestro amigo es uno de los primeros en la actualidad. El estudio de las razas y de las religiones primitivas que en él se hace da lugar a importantísimas investigaciones de carácter ético y mítico. Sintetizando algo, podemos decir que la luz brota

en sus capítulos al poner en parangón la civilización de los grandes pueblos orientales con los caudales de remotísimas leyendas conservadas en Europa y especialmente en España.

No he de señalar aquí los precedentes totales de estos estudios, porque la sola bibliografía teosófica, o con la Teosofía relacionada, ocuparía varios volúmenes.

Es indudable que todas las ciencias han aportado sus progresos a los conocimientos con que la nueva ciencia se adorna, y tanta verdad es esto, que hacer un pequeño como inventario de cada una fuera tal vez el más corto camino para estudiar cumplidamente la exégesis del Ocultismo. Esto no lo permite la medida siempre discreta de un prólogo, aunque la obra presente sea extensa y por ello algunas breves indicaciones sustituirán a lo que pudiera formar un antelibro en la suntuosa BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS. La contemplación de la Naturaleza es, quizá, la fuente más abundante que engrosa la ciencia teosófica. Ya en el relato del Sr. Roso se advierten las teorías de los filósofos griegos sobre la habitabilidad de la Luna y de otros astros, se mencionan las admirables narraciones del explorador Marco Polo en sus viajes por Oriente y otras muchas.

La Geografía, en sus diversas ramas, y otras varias ciencias, apoyan el desenvolvimiento de las grandes ideas que en el libro se exponen.

Las teorías panteístas incubadas primitivamente, dejan su germen en todos los pueblos y en todos los órdenes. El *κοσμος* es una transformación de algo superior que se mueve, o mejor, que mueve a los cielos. La flor en los campos tiene su forma bella siempre, porque esa forma es preexistente, pero, ¿quién es quien puede concebir la forma? No es el hombre incapaz de crear con elementos incognoscidos. El productor tiene en este caso la potencialidad que se inicia y desarrolla en la unión entre el conocedor y lo conocido.

Los mundos no vagan fortuitamente, sino que tienen sus atracciones, unos más poderosas que otros, y una fuerza integral presidiendo sobre ellos les impide salirse de sus órbitas. ¡La compañía y la armonía son dos leyes necesarias en el mundo!

¿Hay habitantes en la Luna?—pregunta Roso—, interrogación que se han hecho innumerables sabios y escudriñadores de las cosas supernaturales, de las cosas ignotas. Si es el hombre una forma bella producida por la preexistencia y transformación del barro miserable, como apunta la Escritura Santa, ¿qué impide la habitabilidad de astros ya que está habitada la Tierra?

Es decir, que no nos basta conocer la existencia de otros seres sujetos a

leyes físicas similares, idénticas a las que son guadoras de nuestro planeta, sino que queremos unión más perfecta y buscamos un complemento en la vida de especies ignotas para nosotros; pero cuya existencia queda en parte justificada por ese mismo deseo manifestado en nuestro inquirimiento. Los sedimentos panteísticos de todas las religiones están efectivamente sujetos en su historia a dos tradiciones o teorías.

La raza autóctona ¿vino de Oriente o de Occidente? ¿Llegó a la Mesopotamia o nació entre dos ríos, el Tigris y el Eufrates (de *Mesopotamia* en medio y *ποταμός* río) o fué originaria acaso de la Atlántida emplazada en el mar de este nombre?

La trayectoria oriental se inicia en las religiones Indicas, nutre las doctrinas de Zoroastro, crea el neoplatonismo alejandrino y el gnosticismo y retorna a España por Prisciliano.

La trayectoria occidental es quizá más aceptable; se inicia en los pueblos de la Atlántida, ocurre el cataclismo de la sumersión, y como estribaciones de aquel gran continente queda en la orilla de Europa, en Irlanda sobre todo, la sedimentación panteísta que se vislumbra hasta en la escritura ogámica a base de los árboles y de las plantas (1).

Todos los elementos de aquella civilización pueden y deben de recogerse con las modificaciones ulteriores, y esto hace el libro de Roso de Luna.

De la transformación en el entendimiento del hombre, de esa idea ló-gica de que todas las cosas se van perfeccionando y forman una escala y obedecen a una clasificación, nació la Mitología en Grecia y Roma.

Y en aquel momento todas las artes se nutrieron de ella. La Mitología explicaba aquello que el afán investigador del hombre quiere buscar: las causas de las cosas. Por ella se demostraba la belleza de las flores, las cualidades de los astros, la ferocidad de los dragones. Las pasiones humanas eran elemento necesario en todo mito, y la soberbia, la lujuria, la fortaleza, el terror, se divinizan en otros tantos seres de los mundos astrales o hiperfísicos.

Como nervio de estas transformaciones se deja ver repetidas veces la idea del origen animal de la especie humana, o, por lo menos, de su consorcio con las especies mamíferas. Se crean los cielos, y el Padre Hércules motivó el asunto de variaciones sin fin del mito.

Ovidio, en sus *Metamorfosis*, recoge las viejas leyendas, no por creencia de hierofante, sino por benévolo excepticismo de poeta. Él mismo rodea

(1) Salomón Reinach, *Cultes, mythes et religions*. Cuatro tomos, Paris, Leroux.

su nacimiento de maravillas, haciéndolo coincidir con numerosas fechas sagradas y explicando sus cualidades divinas de poeta en los versos que empiezan:

Sulmo mihi patria est.

Toda su obra confirma sus doctrinas, rayanas en un amable y poético panteísmo.

Daphnis se convierte en laurel; Acteón se transforma en ciervo; Narciso, en flor. Es inimitable y encantador el momento en que se inicia la narración de Narciso perdido en el bosque, y que comienza así:

•Ergo ubi Narcisum per sevia lustra vaganten.•

Nosotros, llevados de una veneración profunda hacia este trozo de alta poesía, hicimos esta paráfrasis de la parte en que la diosa Echo atrae al joven Narciso con voces blandas y persuasivas, de este modo:

EL ECO

Aquella edad corría
 En que al eco la voz aún le faltaba.
 Charla y cuerpo tenía,
 Mas sólo pronunciaba
 Las últimas palabras que escuchaba.
 Cuando al joven Narciso,
 Del bosque extraviado en la espesura
 Vió, y atraerle quiso
 Con voces de dulzura,
 Con ruegos cautivantes de blandura,
 Natura le embaraza
 Y empezar no la deja entre prisiones;
 Para oír busca traza
 Y recoger los sonos,
 A los cuales devuelva sus flexiones.
 Del niño desprendido
 De la turba infantil, la voz resuena.
 •¿Quién está aquí?, el sonido
 •¿Aquí? del eco suena
 Y el dulce niño de temor se llena.
 •Ven• gritó, y buscaba
 En la escondida selva ser viviente;
 •Ven• ella a quien llamaba
 Revolviendo su frente;
 Mas en vano clamó su labio ardiente.

«¿Por qué me desamparas?»
 «¿Desamparas?» el eco fiel responde...
 Desdeñada, en las jaras
 De la selva se esconde
 Y el pudibundo labio en verde fronde.
 En gruta solitaria
 Desde entonces se mesa los cabellos;
 Cual momia funeraria
 Los ojos sin destellos
 Ahora oscurecidos si antes bellos.
 El amor no la deja
 Y el cruel dolor por la repulsa crece;
 El cuidado la aqueja,
 Piel y humor desaparece
 Y el flaco cuerpo por amor fenece.
 Fenece... nada existe,
 Todo murió; la voz tan sólo allienta...
 Ahora la voz persiste...
 En rocas la osamenta
 Convertida quedó, cual fama cuenta.
 En la selva escondida
 Jamás a vista humana se ha ofrecido;
 Mas, por todos oída
 Existe su sonido.
 ¡El sonido en el eco recogido!

Si bello es este pasaje en la literatura, es tal vez más conocido y de mayor renombre aquel en que se describe una fuente a la que acude Narciso y, mirándose en sus cristales, queda convertido en flor.

En verdad que aquel Virgilio, de quien dice Nason *Virgillum vidit tantum*, queda mejorado con la modulación serena y blanda de este momento inspiradísimo. ¿Quién hacía cantar a Ovidio de esta manera sino el sentimiento fecundo y oculto que da la Naturaleza a quienes la contemplan con ojos simples y encendidos en amor? Modernamente, ¿cuándo se cifran los momentos más altos de inspiración en los dos grandes poetas catalanes Verdaguer y Maragall sino cuando hermanan su sentimiento con el de la Madre Tierra?

Aquel sentir el incencio de los Pirineos del vate de Canigó, aquel tenderse sobre los prados para confundirse con ellos, de Maragall, ¿qué sino prueba de que existe en los verdaderos poetas un fuego, un *focus sacer* que del centro de la Tierra proviene?

Ovidio, en la descripción de la aventura de Narciso, se presta a un detenido examen crítico.

Todas las modernas leyes que pudiera formular un partidario del darwinismo inician y señalan con las palabras del alto poeta.

Leamos reverentemente algunos trozos:

«Fons erat illimis, nitidis argenteis undis,
quem neque pastores, neque pastae: monte capellae
contigerant, aliudve pecus; quem nulla volucris,
nec fera turbarat, nec lapsus ab arbore ramus.

Gramen erat circa, quod proximus humor alebat
silvaeque sole locum passura tepescere nullo.
Hic puer, et studio venandi lasus et aestu
procubuit; faciemque loci fontemque sequutus.»

He aquí el primer paso hacia la transformación. Su naturaleza incompleta, falta del agua que da vida, tiene que pedir algo a la tierra, se inclina y rueca sobre su piedad, y con sus labios, siempre expresión del Verbo, que fué lo primero, se aproxima a la superficie del agua para beber.

Aquí dice Ovidio algo que mejor no puede decirse en castellano:

«Dumque sitim sedare cupit sitis altera crevit.
Dumque bibit visae correptus imagine formae.
spem sine corpore amat: corpus putat esse, quod umbra est.»

Después de comunicarse materialmente Narciso con la tierra, que es la forma más imperfecta de comunicación, viene la unión animica, en la cual crece la pasión significada en la palabra *correptus*, *arrebatado*.

¿Para qué proseguir al detalle la exégesis de este admirable pasaje?

Narciso, después de haber llamado a toda la Naturaleza, a las Driadas, al Echo, después de llorar y condolerse, inclinó su cabeza cansada en el césped.

«Ille caput vjridi fessum submisit in herba.»

Desde el momento en que inclinó la cabeza, lo más alto y noble de los hombres, se fué extinguiendo al cerrarse sus ojos, y derramaron lágrimas todas las criaturas: las Nayades, las Driadas, el Echo...

Entre lágrimas desapareció el cuerpo. Y se halló en su lugar una flor amarilla rodeada de hojas blancas, símbolo desde entonces del desventurado joven.

Tal vez era la Flor del Loto, la flor maravillosa de la India, la flor sagrada de los Vedas, más famosa en la literatura védica que la flor de lis en la casa de Borbón, y entre los poetas europeos, más todavía que aquellas rosas que simbolizaron la guerra entre los York y los Lancaster.

No queremos acentuar con nuestras palabras el sentido panteístico de la obra del Sr. Roso. Nuestro sentir, en este punto, no difiere de las doctrinas seguidas por el escritor vasco Ignacio de Loyola. No damos a la palabra panteísmo toda su amplitud, no creemos que Dios es todo, sino que el θεός está en todo por esencia, presencia y potencia. Las disquisiciones escolásticas no nos seducen como doctrinas. Nos basta saber que, como método, desempeñaron importante misión: desarrollaron la inteligencia; perfeccionaron la eurística; dieron al Derecho canónico argumentos valiosos; elevaron a la Teodicea de los formulismos filosóficos al consorcio con la especulación, y, no contentándose con esto, descendieron a la palestra de la vida, aplicando sus teorías y aciertos al Derecho positivo, basado sobre todo el Derecho de gentes y el Derecho romano-cesáreo.

No queremos terminar esta breve anotación sin hacer constar que, como síntesis de ambiente panteístico, se conserva en el país vasco una preciosa leyenda que tiene relación con lo que cuenta Schmidt del Gobbi y de la estepa turana.

Darwin afirma, describiendo a la «ante especie humana, que, sin duda, fueron arbóreos nuestros progenitores». El docto Bonjilla, al hacer la cita, pone una nota recordando la leyenda vasca del Basojaun o Señor de los Bosques a que en *El tesoro de los lagos de Somiedo* se ha referido extensamente Roso, y que recoge el escritor vasco Araquistáin, en una de las notas de su libro titulado *Tradiciones Vasco-Cántabras*, impreso en Toluza el año 1866. Dice así Juan V. Araquistáin: «*Basojaun*, traducido literalmente, significa *el Señor de los bosques*. La supersticiosa imaginación de los vascongados le pinta como un monstruo horrible, de forma humana, cubierto de vello y con unas uñas largas y duras como las garras de una fiera. Habita en lo más profundo de las selvas y aparece también, algunas veces, en los torrentes y en las oscuras bocas de las cavernas». A estos datos podemos añadir lo que hemos oído de este personaje, y es que es una transformación de los árboles y ramas del bosque.

También M. Michel trata de esta figura, en extremo curiosísima, que ha dado origen a otras importantes leyendas hasta poder formar con ellas un verdadero ciclo popular.

La creencia del hombre en una ante especie originadora de la suya propia; fué quizá la causa de la veneración que en todos pueblos descubrimos hacia seres de otros reinos: los animales de la tierra, los vegetales, los astros. La veneración y culto a lo humano es tardía, y el *totemismo* parece no debe admitirse como forma primitiva de culto.

Hemos de salvar de nuestra afirmación, sin embargo, el culto a los

muerτος que se integra en ceremonias de carácter civil y religioso, principalmente en los pueblos malabares.

No nos satisface la idea apuntada por alguno, como solución a estos problemas, de que los animales encontrados en las grutas magdalenianas son disfraces de las primitivas tribus, pues nada induce a creer esto, y aún Menéndez y Pelayo lo da en su primer tomo de los *Heterodoxos*, edición refundida, como una mera suposición.

Pero, para lo que venimos exponiendo, la veneración a los animales tiene gran fuerza. El hombre no veneró a éstos por creer que en ellos existían elementos de superioridad, sino de anterioridad; por creer, tal vez, que habían sido peldaño en la escala de la formación humana y, en último término, por la prioridad de su creación respecto del hombre.

Hay que distinguir en este culto dos cosas: si los veneraban como dioses o bien como imágenes de Dios. En lo primero, hubiera estado el error; en lo segundo, está la virtud. Y tal virtud, que se acerca al franciscanismo, hoy en boga, del monje de Asís, cuando llamaba al lobo *hermano lobo*, no por otra razón que por ser él también obra del Supremo Hacedor.

Los estudios prehistóricos han revelado en nuestro siglo infinidad de documentos representativos de animales, cuyas atribuciones divinas se discuten, así como su familia escultórica y la edad a que pertenecen. Estos descubrimientos han confirmado los augurios teosóficos y han puesto sólido basamento a la historia de las religiones primitivas.

El descubrimiento de la Cueva de Altamira en 1875, por Sautuola, y los estudios hechos a su alrededor, por Del Río, y los autores de la gran obra de *Las cavernas de Cantabria y La Cueva de Altamira*, que ha protegido el Príncipe de Mónaco, señalan una era gloriosa en toda clase de estudios, y en especial en los que se relacionan con las religiones prehistóricas.

Después, al ocuparnos del culto a la vaca haremos algunas observaciones concretas relativas a este culto en España, y nos ocuparemos de la famosa polémica surgida con motivo del descubrimiento del ídolo llamado Miqueldi, entre los historiadores españoles, especialmente el célebre P. Flórez, autor de la *España Sagrada*.

Ahora dedicaremos nuestras ideas al examen, bien sea pasajero, de las ciencias lingüísticas y filológicas, que han dado la clave de no pocos misterios perdidos en los libros de los pueblos primitivos y entre las Bibliotecas orientales.

El estudio del lenguaje es la clave de las investigaciones modernas. El alfabeto y la gramática han sido dos ejes de la ciencia del lenguaje. A su alrededor giraron los conocimientos de la antigüedad. Los gramáticos la-

tinios, como Nigidio Figulo, en sus *Commentarii gramatici*; Quintiliano, Discolo, Kanon, concibieron un tomo del léxico de los primeros rudimentos de la ciencia filológica. Pero en el rápido avance de la filología no puede negarse al Cristianismo lugar preferente. La difusión del texto sagrado determinó los estudios lingüísticos y la incorporación a todo en Occidente de gran parte de la cultura oriental.

La Biblia Políglota de Orígenes en siete columnas y siete lenguas, los estudios hebraicos del dálmata San Jerónimo, los comentarios de Tertuliano, las traducciones de San Agustín, junto con las prescripciones efesinas forman el primer paso de la exégesis e inician la gran ciencia lingüística que es la Filología Comparada.

La cultura de San Isidoro produjo los libros *Etymologiarum*, y de él se dijo: «Doctor egregio, novísimo esplendor de la Iglesia católica, doctísimo y digno de veneración en todos los siglos.»

Fué, según autorizada frase, el conservador de la civilización greco-romana, y en especial trasladó de las Sedes clásicas al mundo *post barbarorum* todo el caudal de conocimientos que podía aquella época retener, algo de la *Gramática* de Prisciano y Donado; la *Dialéctica*, de Aristóteles, y la *Historia Natural*, de Plinio (1).

Pero la resonancia isidoriana halla su justificación en el valor filológico de las Etimologías. Si se aplicó a esta obra aquello de *quaerebam librum et inveni bibliothecam*, con razón podemos señalar la superioridad en materia lingüística y en la especialidad etimológica, que informa toda la obra (2).

Mas, en realidad, aunque la obra de San Isidoro alimentó y sirvió de modelo durante los seis siglos siguientes a su redacción, sin embargo, la extensa laguna, cuya orilla primera es el final del siglo X, y la segunda el prerrenacimiento, no se nutren poco ni mucho con la savia de Isidoro.

La Edad de hierro del Pontificado coincide con la Edad de hierro de la Humanidad. La ciencia, todos lo saben, no fué patrimonio de los hombres. Aun los claustrales trabajaban como meros copistas, inutilizando muchas veces, como forros, palimpsestos y preciosos códices de la antigüedad.

El nombre de un Boecio, con su tratado *De Consolatione*, o de diez varones eclesiásticos de la talla de San Valerio o del Beato de Liébana, no pueden privarnos de llamar bárbaros a tales tiempos.

(1) Menéndez y Pelayo.—*De crítica literaria*.—San Isidoro.

(2) *Etimología*, continuación o ponderación de la palabra de *ετυμολογία*, considerar.—*Filología* u origen de la palabra, y *Lingüística*, calificación más amplia y general que se da a la ciencia del lenguaje.

Pero Bizancio era otra cosa, y la ciencia muzárabe se había informado en el Califato de un sentido aristotélico.

El prerrenacimiento ya dió a la Filología algo de sus descubrimientos. Poner en circulación en Europa una lengua como el árabe, asociar a la sabiduría el léxico de los rabís, acariciar bellos manuscritos con las traducciones averroístas de los griegos, renovar el estudio del latín para que, amamantándose en él, se produjera la forma de las modernas concepciones líricas y épicas, fueron cosas que brindó el prerrenacimiento a la Filología que tanto habla de tardar en llegar a ser Filología comparada.

Estaban, sí, los elementos; las lenguas sabías circulaban, podían iniciarse la comparación, pero faltaba el genio sintético. Sobre todo, dos arcanos existían para Europa y los árabes; estos arcanos eran América y la India. Los pueblos primitivos revelados en bibliotecas jeroglíficas, los relatos de misioneros y conquistadores en raros libros de remotísimas leyendas venían a cimentar la Filología comparada, que se vislumbró en el XVIII con Hervás y Panduro, y se coronó en el XIX con Schleicher, Müller, Fich, Roth, Lassen, Humboldt y cien más.

Al citar el nombre de Humboldt, surge la magna cuestión del Iberismo, al cual dió él consistencia y cuya historia, después de la historia de la filología oriental, es quizá la más interesante por tratarse de una lengua, que, como el vasco, podía estudiarse directamente, sin salir de Europa y en su mismo corazón, razón por la cual, los escritores más notables de casi todos los tiempos, se habían detenido en su estudio, apuntando curiosos pareceres que anotaremos en resumen.

Las frecuentes alusiones a la lengua vasca, y sobre todo a la raza, que se hacen en la presente obra *De orígenes del otro mundo* nos obligan a decir algo acerca de este particular, referente, no sólo a lo que antes apuntamos; de que la lengua de los vascos y su crítica es importantísima en la Filología general, sino también a las costumbres de aquellos pueblos del Norte a quienes llamó Reclus raza misteriosa por excelencia.

En la historia crítica de la Filología vasca, lo hemos de decir claramente, no fué Menéndez y Pelayo todo lo justo que debiera.

Bien sabía él que su estudio había precedido en España al de otras lenguas; no ignoraba tampoco que sabios renacentistas del XVI se habían fijado en su estructura; era dueño también de la idea de que fué el vasco el que precedió al estudio de la Filología comparada y de que Hervás se nutrió en sus doctrinas para redactar el precioso libro *Catálogo de las lenguas*, con las observaciones de Astarloa, y, sobre todo, que la

labor entera de Erro, Larramendi, Sorriquieta y otros varios, impulsó la aparición del período espléndido de la Filología comparada.

Pero el silencio fué esta vez significación de un *montañesismo* que todavía no hemos comprendido bien.

Aparte del interés que despertó la lengua vasca al autor del código Calixto y de las alabanzas que le prodigan varones tan eminentes como Julio César Scaligero y Lucio Marineo Sículo en el siglo XVI, debemos anotar algo de mayor importancia.

No parezca extraña la preterición que del vascuence se advierte entre los gramáticos italianos del XV y comienzos del XVI. Todo el Renacimiento fué, en el concepto lingüístico, un culto a lo clásico, y sobre todo a Grecia. El empeño se puso en dominar el griego, ya que lo latino era siempre de asimilación más fácil.

Y por eso gramáticos y filólogos tan eminentes como Laurencio Valla y Bartolomé Fazio, que tratan divinamente las etimologías latinas y pulimentan el lenguaje, eluden el tratar la corrección de estilo de ciertos helenos y critican a veces duramente, aun en tratados que tanto tienen de Euristicas como de Filología, obras como las de San Juan, el Águila de Palmos.

Y si esto sucedía en los latinistas, nada digamos de los propiamente bizantinos.

Leyendo las Gramáticas de Aldo Manucio, Lascaris y Crisoloras, que forman la trinidad de aquellos estudios, no descubrimos la menor alusión a la lengua de los vascones.

Y no es que muchos de ellos la desconociesen; los litorales napolitanos y sicilianos hacían resonar en los oídos de los eruditos multitud de palabras de dicha lengua salidas de labios de la marinería y de los mercaderes que allí llegaban en naves vizcaínas con cargamento de herrajes, lanas y otros productos.

La causa es otra. Todos los estudios han tenido sus épocas, todos los pueblos, su momento de interés y comprobación.

El vasco era, indudablemente, en medio de Europa, una lengua de aborígenes orientales. Y el brialismo había de ser lo más tardío en aportar datos a la ciencia del lenguaje. El hebreo, el arameo y el caldeo habían sido estudiados y continuaban siéndolo en el siglo XVI, no como fin lingüístico, sino como camino para la interpretación bíblica.

Por eso los políglotas significaron indirectamente un paso formidable para la Filología. Por otro lado, tampoco ofrecía el vascuence interés inmediato para el geógrafo. El territorio en que se hablaba era poco exten-

so y de civilización europea o, por lo menos, altamente influido por ella. Sin embargo, como elemento poderoso, supo recogerle Rabelais en su *Pantagruel*, y quizá se inspiró en el aldeano vasco para caracterizar a algunos de los protagonistas de sus obras.

Mas también el vascuence pagó su tributo a la Escritura Sagrada traduciéndose en ésta lengua el *Novum Testamentum*, y es de notar que obedeció esto, no a intento filológico o literario, sino a propaganda calvinista, que para inocular sus ideas no quiso imponerse destruyendo la lengua vernácula de los vascos, conducta mantenida por los verdaderos soberanos del país que, como los Albret, simbolizan la política netamente tradicional en frente de las mañas de Fernando de Aragón, que representa el espíritu del invasor.

Si en el siglo XVI llamó poco la atención el estudio del vasco, en el XVII se acentuó algo con las obras de Echave y Micoleta, tituladas *Discursos sobre la antigüedad de la lengua cántabra* y *Ortografía*, ambas de dos autores netamente vascongados, y que hablan tenido precedente en las observaciones que hizo el vizcaíno Pedro de Madariaga, en su interesante *Ortografía* hacia el año 1565.

El manuscrito de Micoleta, docto presbítero de Bilbao, se guarda en el *Bristlin Museum* de Londres. La obra de Echave es muy abundante, existiendo unas tres ediciones en circulación.

No es este el momento de compendiar las opiniones de aquellos autores del siglo XVII, porque la consideración de la obra lingüística que en el siglo XVIII hicieron los vascos, nos llama con mayor interés, pero hemos de proclamar muy alto en alabanza de los vascos, que no pocos autores de aquel país coincidieron y aun se adelantaron a la época de observación de las lenguas, promoviendo su estudio con un talento científico que está muy por encima de las observaciones de Postello y Bibliandro.

Este último, el 1545 publicó la oración dominical en lengua vasca en unión de otras veinte. Como se ve, el vascuence comenzaba a preocupar a los lingüistas de entonces.

Igual aconteció con los geógrafos e historiadores, porque la Lingüística no estaba formada como disciplina aparte todavía.

Los historiadores y geógrafos que hablan del vascuence son de dos clases: unos que la critican conociéndola, como el eximio Garibay y Rada; otros que la juzgan desconociéndola como Morales y el cenecño Marineo.

Fué, en realidad, Marineo quien consignó en su *De Rebus Hispaniae* hasta treinta voces vascas, pero sin fijar la condición del idioma. Scallgero

añadió algunas más, y determinó sus condiciones, ora de suavidad, ora de aspereza.

En cuanto al celeberrimo Quillermo Postello no sabemos qué pensó del vascuence; pero casi aseguramos que tuvo conocimiento de dicha lengua por dos razones curiosas: La primera, porque en algún tiempo estuvo con los jesuitas en Roma; fué uno de ellos, y allí trató con San Ignacio y otros vascos que hablaban el vascuence. La segunda, porque, salido de la Compañía de Jesús, fué privado de los Reyes de Navarra, recibiendo de ellos amplia protección. Contra este Postello, varón de catorce idiomas, y uno de los fundadores de la ciencia filológica, se ensaña furiosamente el escritor Rivadeneira en sus *Díálogos de los expulsos de la Compañía*. Entre ellos se debió de haber computado al mismo Rivadeneira, a raíz de los sobornos y tretas que maquinó en España, con motivo de la disidencia con Roma.

Rivadeneira, dicho sea de paso, fué un gran estilista; pero, como hombre, una de las mayores calamidades que ha tenido la Historia, y como envidioso, quizá el número uno. El juicio es de sus contemporáneos, y lo confirma el doctísimo y virtuosísimo jesuita P. Astrafn, en su monumental obra *Historia de la Asistencia de España*.

Alguna luz más dió sobre el vasco el escritor Ochenarto en su *Noticia utriusque Vasconiae*, en donde apunta algunas reglas gramáticas tales como la formación de los plurales.

En realidad, para todos estos escritores, lo importante era, no el estudiar el vascuence por el vascuence, sino el vascuence en un concepto meramente histórico, el de si habla sido la primitiva lengua de España. Esto tenía en sí poca importancia para lo filosófico.

El vascuence no adquiere carácter científico hasta el año 1729, en que la figura, hoy tan combatida, del celeberrimo jesuita P. Manuel de Larramendi publicó su *Arte de la lengua vascongada*, en Salamanca, 1729. Larramendi, desentendiéndose de baldías polémicas geográficas, presentó un feliz intento de Gramática, apuntando, por otra parte, la existencia de voces vascas en el léxico castellano.

Mayans, hombre levantino, aunque en extremo erudito, no discurreó serenamente en el asunto del vascuence, y en la polémica con Larramendi quedó el nombre de éste muy por encima del del genio valenciano. Tampoco se han de omitir los nombres de Cardaveraz y Mendiburu, que, en unión de Larramendi, pusieron muy alto el nombre del lenguaje de que tratamos.

Cardaveraz, formando un pequeño Diccionario y escribiendo numero-

sas obras, entre ellas una *Retórica*. Mendiburu, escribiendo el libro *Biotza* y sublimando la oratoria hasta ser llamado el *Cicerón vascongado*.

Pero, aparte del desarrollo filológico que tomaba el vascuence, se iniciaba en otro grupo de vascos su renacimiento literario.

Francisco Xavier de Munive, que fué Conde de Peñafloreda, escribía dos églogas en vascuence, daba letra vasca a los coros de *El Borracho Burlado*, opereta curiosísima, publicada por la *Revista Internacional de Estudios Vascos*, dirigida por el insigne bibliófilo D. Julio de Urquijo y ponía en el seno de la *Sociedad Vascongada de Amigos del País* la formación de un *Diccionario toponímico*; idea que también habla tenido el eminentísimo Hervás, y que, en parte, parece la realizó el escritor Beouide, quien, estando en la ciudad de Bolonia, el año 1784, se carteo sobre este particular con el autor del *Catálogo de las Lenguas*.

Sería asunto para un volumen la tarea de historiar el importante papel de la lengua vasca en los estudios filológicos. Las diatribas de los periodistas de Madrid, las ignorancias de Mayans, las conjeturas de los geógrafos, las sabias argumentaciones de Larramendi, las infundadas teorías de Sorriquieta en su *Semana*, la potencialidad de Humboldt en sus *Diccionarios*, las consecuencias de Astarloa en sus *Discursos filosóficos y Apología*, y, sobre todo, los estudios verdaderamente serios y fundamentales del Príncipe Bonaparte y su escuela numerosa darían sobrada materia para ello.

Por otra parte, las teorías de Van-Eis, Schugart, Michel, Arana el jesuita, Arana Sabino, Campión, Azcue y otros varios, exigen examen detenido que está hoy fuera de nuestro propósito.

Con todo, no queremos finalizar esta reseña sin hacer algunas indicaciones sobre la parte alfabética y la cuestión ibérica con ella mezclada, porque cremos es capítulo interesante en grado sumo.

En la obra del Sr. Roso se alude no pocas veces a los alfabetos primitivos, y aún se consagra un precioso estudio a los caracteres ogámicos del pueblo irlandés, punto que tiene estrecha relación con el alfabeto ibérico o vasco, según algunos, por la semejanza racial de vascos e irlandeses. Este punto ha sido tratado por diversos escritores, entre ellos, en curiosos artículos, por el guipuzcoano Ramery, artículos que luego formaron parte de su obra *El liberalismo y los Fueros Vascongados*.

Se inició en el XVI el estudio de los caracteres ibéricos, apareciendo algunas anotaciones estimables en las obras de Fulvio Ursino sobre *Monedas romanas del tiempo de Augusto*, Roma, 1547, en la de Gorleo, *The-saurum Numismatum*, 1608.

Más importancia dió a los caracteres ibéricos Agustín en sus *Diálogos*, en donde se apunta por primera vez la idea (1537) de que parte de las monedas de España tienen letras de la antigua y desconocida lengua peninsular. Pero aunque Agustín clasifica las medallas de su colección, nada afirma respecto de la idea de ser ellas letras que puedan interpretarse por el vascuence.

Es lástima que se hayan perdido los manuscritos del caballero alavés Diego de Guevara, a quien debe de considerarse como primer numismata español y de quien habla con alabanza Ambrosio de Morales. Todos los datos sobre este personaje se hallarán en sus *Comentarios a la Pintura*, publicados por Ponz. Es muy posible que siendo Guevara conocedor de las monedas españolas y al mismo tiempo de origen eusquérico, hiciese en sus obras algunas interesantes anotaciones.

Los escritores que se ocupan de este asunto durante el XVII, se esfuerzan en dar interpretaciones diversas y caprichosas. Wornico, en 1651, en su *Danica Litteratura*, llama nímicos a las letras ibéricas. Alderete, mero compilador, nada nuevo asegura en sus *Varias antigüedades*. Años más tarde no debe pasarse en silencio la obra de Lastanosa, *Museo de las Medallas*. Tanto éste como el jesuita Albinianq, Uztarcoz, Urrea, presentan nuevos materiales para los investigadores del siglo XVIII, de ese siglo tachado de infecundo e indocto y en el cual surgieron, sin embargo, los preliminares científicos de muchas ciencias.

Así como los eruditos españoles obraban prudentemente al clasificar las monedas de su país, los extranjeros formulaban con aire de dogmatizante infinitas teorías necias e infundadas, que siempre ha sido achaque de los eruditos extranjeros decir imbecilidades en cosas de España, y mayor pecado el nuestro de admitirlas a ojos ciegos, desnaturalizando las siempre seguras anotaciones de los sabios propios. Olao Reedbech, en su *Atlántica*; Spanhemio, en sus *Disertaciones*; Mahudel y otros varios conjeturan en este difícil asunto desgraciadamente.

Los nombres de Velázquez, en su *Ensayo sobre los alfabetos*, de Martí y de Terreros, son los únicos que pueden y deben salvarse en la crítica histórica del alfabeto ibérico.

Hombres tan eruditos como Mayáns y los Diaristas fracasaron y fueron también conjeturales las observaciones de Flórez, Bayer y Valcárcel, y Terreros fué quizá el primero que en su *Espectáculo de la Naturaleza* y en su *Paleografía* formuló juicios que han quedado como definitivos; bien es verdad que Terreros, natural de Carranza en las *Encartaciones de Vizcaya*, conocía perfectamente el vascuence y poseía todos los conocimientos

lingüísticos de entonces. Estaba, pues, capacitado, y su juicio prevaletió.

Si Terreros, al afirmar la recta interpretación de las inscripciones ibéricas, no vió mezclado su nombre en polémicas, sus paisanos Erro, Larramendi y Astarloa estuvieron sujetos a responder a obras que sustentaban encontrados pareceres. Tragia, en su *Historia Eclesiástica de Aragón*; Mayáns y varios extranjeros pretendían desvirtuar las afirmaciones de los vascos, conocedores de una lengua para ellos materna, intentando confundir la cuestión de raza con la de lengua, como si ignorasen el principio de que puede imponerse una lengua en raza distinta y de que la vitalidad de los pueblos está no en perpetuar únicamente su lenguaje, sino en no mezclarse con otras castas.

Producto de Larramendi, Erro y Astarloa fué Humboldt, que, en la *Investigación sobre los habitantes primitivos de España*, elevó a teoría, al modo alemán, las conclusiones que más o menos habían dejado ver los eminentes vascos ya citados.

Decía Humboldt:

1.º Que la lengua vasca era la ibera. 2.º Que los nombres vascos se hallan por toda España. 3.º Que existen nombres celtas mezclados con iberos. 4.º Que los iberos puros sólo habitaron en la costa meridional y en los Pirineos. 5.º Que los celtas ibéricos se relacionaron con los celtas de la Galia. 6.º Que fuera de España, hacia el Norte, no se halla gente ibera. 7.º Que los iberos se hallan en las tres grandes islas del Mediterráneo. 8.º Que tal vez los iberos pasaron por Italia. 9.º Que los iberos difieren de los celtas. Pero acaso exista entre ellos alguna relación ignota.

Humboldt, libre de pasión, estudió el asunto con gran claridad de juicio, aunque sin poseer el vasco con la admirable perfección de los indígenas. Con todo, al final de sus cartas ponía algunas frases de vascuence escolar, que pudiéramos decir.

La teoría del iberismo no se ha mantenido en absoluto, aunque no hay dificultad en admitirla.

Menéndez y Pelayo parece se alegra de este fracaso del iberismo, sin duda porque no se avenía bien a sujetar su espíritu de montañés al de un pueblo que consideró siempre como de inferior capacidad y sólo bueno así que se mezcló con el suyo.

Posteriormente, el grupo de vascófilos de la *Revista Internacional* sostienen, por lo general, que el vascuence es una forma dialectal del aquitano. Se basan para ello en la falta de declinación en el vasco, existiendo, como existen en el ibérico.

Dió singular ayuda al avance de estos estudios el carácter bibliográfico

que imprimieron algunos a sus investigaciones, con lo cual se acopiaron materiales para proceder en la investigación con más elementos de juicio.

Por otra parte, en las obras de Allendesalazar, Vinson y algún otro se unió el espíritu y celo por la conservación de una lengua que iba perdiendo terreno. Y los vascos, que se dieron cuenta, reaccionaron involuntariamente a la idea de conservación del vascuence la idea política de independencia. Cosa que tuvo sus precedentes en Echave Barroeta y entre otros varones ciertamente meritorios.

En nuestros tiempos, los estudios de Bonaparte fueron el punto de partida de investigaciones necesarias. Aparte de los autores citados han trabajado con aportaciones nuevas: Arana, en sus *Lecciones de Ortografía*; Azcúe, en su magnífico *Diccionario*; Cejador, en el *Origen de la lengua castellana*; Fita, en los monumentos epigráficos; Campión, en su *Gramática de Dialectos*; Eleizalde, en *El verbo sintético*; Arrandiaga, en sus esmeradas traducciones, y no pocos jóvenes que colaboran en la interesante revista, del País Vasco, *Idearium*, que es hoy día el órgano más autorizado de los estudios vascos.

Reseñada la ardua cuestión de la historia del vascuence y de su alfabeto, bien o mal atribuido, queda por hacer algunas conclusiones pertinentes a la obra del Sr. Roso de Luna.

Nosotros podemos resumirlas en estas conclusiones:

- 1.ª El vascuence es en Europa una de las lenguas más primitivas.
- 2.ª El vascuence no tiene relación de origen con las lenguas romances.
- 3.ª La filología comparada nos certifica que el vascuence no puede clasificarse en definitiva.
- 4.ª Sólo puede asegurar la filología comparada la semejanza del vascuence con lenguas turanias, con la caldea, hebrea, y algunas americanas.
- 5.ª Los nombres de España antiguos y los conservados hoy, no tienen traducción en absoluto, en ninguna lengua del mundo, y sí solo en el vascuence.
- 6.ª Esta traducción se conforma con las circunstancias toponímicas, y las explica detalladamente.
- 7.ª Los signos que aparecen en la mayor parte de las monedas de España no pueden traducirse plena y francamente en ninguna lengua del mundo.
- 8.ª Sólo por el vascuence pueden hacerse algunas traducciones.
- 9.ª El vascuence es, pues, una lengua que en algún tiempo se habló en toda España.
- 10.ª Es una lengua de la raza dominante y solar de la raza *euzka*, de *eguski* el Sol.
- 11.ª Conservada hoy como idioma vivo constituye una fuente la más importante de investigación para los estudios prehistóricos.

Teniendo en consideración estas afirmaciones al leer la obra del señor Roso de Luna, podremos venir en conocimiento de los grandes misterios

que se guardan, conservándose esta lengua y la raza que lo habla, con la cual están ligadas todas o casi todas las cuestiones que se suscitan en este libro *DE GENTES DEL OTRO MUNDO*. Conociendo el eusquera o vasco profundamente, quedarían resueltos muchos problemas éticos y religiosos de las razas primitivas de España.

Las leyendas, las gestas, los ritos, las modalidades del pueblo vasco en sus detalles más familiares son revelaciones de un valor de oro para penetrar en las iniciaciones misteriosas de la Historia.

Toda la civilización que trajo consigo este pueblo, de donde viniese, no desapareció súbitamente.

Presidió, cómo no, la transformación lenta y detallada.

Por eso las huellas de las concepciones primitivas, lo que formaba la mentalidad de aquel pueblo, continúa gravitando fuertemente, tremendamente sobre infinidad de problemas de diversas ciencias.

Para algunos, antes del Cristianismo no existió más que el Paganismo; pero no es posible simplificar las cosas tan estupendamente. El hacer del mundo dos campos, cristiano y gentil, fué modo de hablar de los historiadores cristianos, pero en la realidad, no sucedía esto.

Los cultos se hacían diversos con los hombres y las generaciones, y no cabe llamar politeístas a los unos y monoteístas a los otros, formas vacuas y arbitrarias de expresión. Entonces cada religión tenía su liturgia y sus dioses. Pero es necio, y ya desusado, afirmar la grosería de pueblos que creían en varias divinidades, cuando es notorio que la unidad de Dios y la supremacía de la Primera Fuerza la confesaban todos los pueblos primitivos. Llamar dioses a diversos personajes mitológicos, no era hacer confesión de politeísmo.

El gentil que tributaba a la Luna un acto de su rito: canto, danza o lágrimas, no pecaba, antes hacía un acto en cierto modo de mérito impetratorio, porque significaba en él un deseo fuerte de estar en paz con lo que era superior a su poder, que era el Poder omnipotente de Dios. Reúndase, pues, a la Divinidad que concebían, conforme a su rito.

Los vascos o vascones no se convirtieron al Cristianismo hasta el siglo VIII, y aun entonces sólo lo hicieron no por influjo de paz evangélica, sino por razones de orden económico.

Ellos eran puros como los corderos de sus pastos, se concertaban por parejas como la del Paraíso, ofrecían sacrificios al Sér Supremo con ritualismo dulce y casto. De esta manera crecía la familia, se respetaba al patriarca, se laboraba el campo y se alzaban en las noches del plenilunio los cuernos de los toros llenos del jugo de las vides y del zumo de las manzanas.

¿Qué podían desear, pues? Pero fué el caso que los predicadores apostólicos procuraron de ciertos señores de regiones colindantes al país vasco poblasen parte de la tierra vasca casi inhabitada. Así lo hicieron, y, una vez allí, llamaron a los indígenas vascos, brindándoles privilegios y ventajas económicas que consistían en la defensa del territorio, el aumento de la ganadería y la protección en todo.

Los vascos se convirtieron al rito nuevo, aunque sin abandonar las prácticas esenciales de sus antiguos cultos. Hubo quien tampoco quiso convertirse al principio, y a los que formaron estos grupos se les separó del trato con los nuevos convertidos. Los casos de San Amando y otros personajes del Aquitania, de don Vela, al fundar el valle de Ayala y de otros varios confirman lo que decimos.

Los ritos principales de los vascos *consistían en el culto o veneración a ciertos animales, en especial a la vaca; en la veneración a la Luna y en la preocupación infinita de vencer las fuerzas de la Naturaleza, para lo cual invocaban a lo sobrenatural con frecuencia.*

El culto a los animales está demostrado con evidencia por pruebas que no pueden refutarse. Este culto no era el venerar a los animales como fin, sino como cosas representativas de las facultades que suponían en el Creador.

Las pinturas de la cueva de Altamira, en donde hay caballos, bisontes, ciervos y otros animales, puede considerarse como el gran templo de los vascos en la época prehistórica.

La conservación de la cueva de Altamira es milagrosa, porque los varones apostólicos destruyeron cuantos templos de este género hallaban, de la misma manera que los españoles derribaron soberbios los ídolos mexicanos en la conquista.

Las cuevas que nos quedan análogas a la de Altamira escaparon a aquella máxima demoledora de los varones galileos de derribar o cegar cuantos sitios de culto se hallasen, sistema y doctrina a que se refiere un importante pasaje del *Acta Apostolorum*, en que San Pedro describe un sueño que tuvo, y que no es otro que la enumeración de lo que se veneraba en los templos primitivos y que, como tal, debiera ser destruído.

En la obra del eruditísimo Sr. Roso de Luna se citan y describen hechos y se narran leyendas íntimamente relacionadas con lo que venimos exponiendo, y creemos que la anotación de lo que se conserva en el país vasco es una revelación poderosa para interpretar misterios llenos de color y un primitivismo riguroso.

El culto a la vaca quedó y queda todavía en el país vasco. Podríamos

citar no pocas leyendas relacionadas con este punto; pero es mejor que esta y otras curiosidades las dejemos para una sola obra, que el prólogo no pide más que indicaciones aclaratorias.

El documento más antiguo que conservamos respecto de este culto es el llamado *Idolo Miqueldi*, que no es otra cosa que un gran toro, parecido a los que se muestran en el *Museo Arqueológico de Madrid*, al que se guarda en el *Museo provincial de Salamanca* y a los nombrados *toros de Guisando* cuanto a los de nuestro Museo Nacional (1).

(1) «El buey Apis nacía de una ternera fecundada por un rayo celeste: debía ser negro, a excepción de un triángulo en la frente y una media luna al lado derecho, y tener bajo la lengua una excrescencia en forma de escarabajo. Tan luego como se descubría un Apis iban a buscarlo con gran pompa, lo mantenían cuatro meses en un vasto edificio abierto a Levante; se promulgaba una gran fiesta para conducirlo a Heliópolis, donde se le alimentaba cuarenta días en el templo por los sacerdotes, siendo, por último, conducido de Menfis al sagrario de Pta para recibir las adoraciones de todo el Egipto. Si moría, había luto general hasta encontrar uno nuevo, y lo sepultaban en el templo de Serapis o en la tumba de los reyes.» (César Cantú, libro II, cap. XXII.)

«Muchas semejanzas, y principalmente la veneración al buey, indujeron a algunos a suponer que la religión habla sido llevada a Roma por sacerdotes Indicos, como piensa Schlegel. Plinio y Valerio Máximo refieren el caso de un ciudadano acusado de haber muerto un buey para echar de su casa a un libertino y que fué condenado a muerte. Columela dice que matar a un buey era delito que tenía pena capital.» (Cantú, lib. III, cap. XXIX.) Todo esto sería incomprensible y absurdo si no admitimos que se trataba de *bueyes sagrados*, al tenor del buey Apis egipcio. El ciudadano aquel lo que realizó fué la misma práctica de magia negra explotaría que hemos visto solemnemente instaurada por los libros de Moisés, tal y como fueron recopilados después del cautiverio por Esdras.

El culto greco-egipcio de Serapis tuvo su centro en Alejandria, donde se conserva su santuario hipogeo, el famoso *Serapeum*, bajo la columna monolita llamada de Pompeyo... Es la posterior forma de Osiris, de quien acaso procede o con quien fué identificado, como lo fué por los griegos con Júpiter y con Helios, con Plutón, el dios del mundo subterráneo; con Osiris, el juez de las almas, y con Dionysios. Unido al culto de Isis, pasó a Malta y a Sicilia; luego a la Italia meridional y a la Tarquimia y, por último, a Roma; se propagó después a las provincias del Imperio, incluso a España (*), donde son bien conocidos sus testimonios epigráficos de Ampurias, Tarragona, Acci (Quadix), y de éstos a Mérida.

En cuanto al Mithranismo, o religión del dios persa Mithras, tuvo su carác-

(*) Véanse *Religiones de Lusitania*, de J. Leite de Vasconcelos, y Toulain, *Les cultes païens dans l'Empire romain*.

Sobre este celeberrimo bloque en forma de toro existe una verdadera literatura de que haremos alguna mención.

El ídolo Miquelti, que es quizá, como vamos diciendo, el resto más antiguo de la primitiva religión de los vascos, ha dado origen a singulares polémicas.

Uno de los problemas más difíciles de estudiar es, en efecto, el relacionado con las especies zoológicas que habitaron primitivamente en el país vasco, y, en tiempos no muy lejanos, el descubrimiento de la cueva de Altamira ha puesto delante a los eruditos una singular galería de animales, que debieron, sin duda alguna, poblar la montaña vasca.

Nada más interesante que examinar las teorías que, concretándose a nuestro fin, exponen los ya numerosos autores de la bibliografía altamirana.

Es indudable que la cueva de Altamira era sitio de religión para los ascendientes de los vascos.

ter naturalista y se cree que tuvo origen en la India védica, denotando en sus elementos astronómicos la influencia de la Caldea, y que en Medú y Persia adquirió un cierto valor moral y místico. Así lo expresa Toutain diciendo: «Mithras fué el héroe de un mito compuesto de episodios múltiples, representados en los relieves. Aparece como el dios que preside a las manifestaciones más importantes de la vida universal. Nacido de una piedra..., hace brotar de una roca el agua de la vida...; es el protector de la vegetación, el guardador de los frutos; confía la dirección del carro solar a un iniciado en los misterios, con el cual ha sellado alianza, y, en fin, el toro que deglulle es la fuente de toda generación, y la sangre del animal, repartida por el dios vengador, lo impregna todo de vida y de fertilidad...» M. Cumont ha hecho de él un interesante estudio...

Mithras dió lugar... a una religión abstracta del *Sol Invictus* o dominador celeste, árbitro supremo en lo físico y en lo moral... Menéndez y Pelayo dice de él «que parecen haber sido los de más elevación moral y los más libres de horrores e impurezas».

Como el *Serapeum*, el *Mithraeo* o templo de Mithra era una gruta, porque en la obscuridad de una cueva suponía la leyenda que el dios luchó..., y salió victorioso, para regenerar al mundo... En ese mismo santuario el *spelaeum* era un recinto con *podias*, desde donde presenciaban los fieles sus misterios. Para penetrar en el hipogeo había que descender por una larga escalera.

San Jerónimo, en su Epístola CVII *Ad Laetan*, señala sus siete grados iniciáticos, a saber: *Corax* (el cuervo), *Cryptus* (el oculto), *Miles* (el soldado), *Leo* (el león), *Perses* (el persa), *Hellodromus* (el mensajero del Sol) y *Pater Patrum* (el último o el Padre de los padres).

El Sr. Mérida, de quien tomamos estas ideas, ha encontrado en sus excavaciones en las ruinas de Mérida, en 1902, estatuas o fragmentos de estatuas de *Serapis*, Júpiter-Serapis, Mithras.

El Sr. Menéndez y Pelayo, hombre conocedor de muchos libros, hizo con motivo de la cueva de Altamira unos párrafos en su segunda edición de *Los Heterodoxos*, tomo I, que nada dicen en definitivo.

Copia las opiniones de extranjeros, como si por ser extranjeros bastasen; y cita lo que dicen Dechelelet, Rissach, Lang, Jevous y otros sobre el totemismo, teoría demasiado científica para ser cierta.

Nadie mejor que los vascos puede hablar con autoridad en la difícil cuestión de Altamira, porque los hombres, a través de los tiempos, conservan rasgos esenciales de sus antepasados y, sobre todo, *un elemento intuitivo poderoso que les hace conocedores de los misterios históricos más remotos de su gens.*

En la cueva de Altamira erigieron los vascos primitivos un monumento, representativo de una civilización más perfecta y natural que la nuestra, y lo erigieron conscientemente, policromando en la caverna, para salvar del furor de los invasores, no sus dioses, no, sino los diversos animales, cuyas virtudes simbolizaban el conjunto de virtudes del Gran Señor o del *urtzia*, o Dios.

Menéndez y Pelayo, víctima de algunas preocupaciones, no formuló en este como en otros puntos lo que sentía verdaderamente. Y, sin embargo, *ha sido uno de los magos de la montaña cántabra.*

Después de este punto interesante se nos presentan otros, relativos a la vaca, de no pequeña importancia y que son comprobatorios de la perpetuidad del rito. Si éste se inicia con los cultos de Altamira y más tarde tiene su revelación en la talla informe del *Miqueldico Idorna*, y esto en los siglos VI y VII, cuando el cristianismo empieza a cundir; en los comienzos del IX se encasilla ya la notable tradición vasca del tributo a la vaca. El *Nobiliario del conde Pedro Barcelos*, hijo del rey *Don Dionis de Portugal*, refiere la leyenda y tal vez la historia, que merece gran atención por su autoridad y encanto del asunto.

El *Nobiliario* fué escrito el año 1350, es decir, a mediados del siglo XIV, y en este punto de la formación del Estado vizcaíno, que va involucrada con la leyenda de la vaca, merece gran crédito.

Se conservan de este *Nobiliario* varios Códices manuscritos. El que esto escribe ha consultado dos que se guardan en la sala de manuscritos de la biblioteca de la Universidad de Salamanca, uno de ellos doblemente estimable por haber pertenecido al eximio genealogista P. Abarca, jesuita notabilísimo en estos estudios y a quien no se ha rendido el elogio merecido que ganara por sus obras. Se hallan casi todas éstas en la Biblioteca Universitaria de Salamanca, y sus disquisiciones sobre los reinos de Aragón y

Navarra y sobre las primeras familias españolas no han sido impresas.

El manuscrito que perteneció al P. Abarca está anotado por éste, y en el pasaje a que nos referimos, dice así, traducido:

«Vizcaya fué señorío aparte antes que hubiese reyes en Castilla, y después estuvo sin señor. Había en Asturias el conde Don Mohino, que viendo aquella tierra la obligó a pagarle cada año una vaca, un buey y un caballo blanco.»

Después se narra cómo fué vencido el conde por el señor vizcaíno Dom From irmao del rey de Inglaterra. Con esto quedaron libres los vizcaínos, y al sitio de la batalla se le llamó Arrigorriaga, Peñas Bermejas o Padura.

En Irlanda y otros países existe la tradición de la batalla de Madura, quizá el nombre de Padura sea una versión de los ciclos irlandés o de los osiánicos, mal interpretada y este Dom Form de los *Formo Orionis* de que nos habla Roso de Luna en el capítulo correspondiente de los Tuatha de Danand.

Lo que no puede negarse en buena crítica histórica es la existencia de una batalla de liberación. Y la mejor prueba de ello son las consecuencias históricas a partir del siglo en que dicha batalla se coloca y el encadenamiento documental de sucesos que sólo pueden reconocer como causa una de la especie de la indicada.

La cita elocuentísima de la vaca y el buey es un hecho que eslabona el siglo VII con el VIII.

El conde Barcelos cuenta la batalla cuatro siglos después de sucedida, y la narra con visos de haber oído su narración a vizcaínos, según sus frases, de las cuales puede desprenderse o que hizo algún viaje por el condado de Vizcaya o que trató a vizcaínos en Portugal.

Todo lo cual, aunque aquí no lo probemos con citación exacta de documentos, debe de admitirse. Vemos que en todos los siglos XI, XII, XIII y XIV, las relaciones entre Vizcaya y Portugal fueron muy frecuentes.

Lope García de Salazar nos dice por vez primera, en su *Crónica de Vizcaya* (1420), que un caballero portugués fué llegado a Vizcaya, y a su regreso seguido hasta Quintanilla de San García por la mujer de Fortún Sáenz, Señor de Ayola y Salcedo.

Todo historiador conoce por otra parte los enlaces entre las Casas de Portugal y de Lara en el siglo XIV, enlaces que motivaron aquella espléndida octava real de Valbuena, en su desconocido y poco leído *Bernardo del Carpio*, cuando describiendo los grandes linajes de España, dice refiriéndose al de Lara, que señoreó Vizcaya:

De la agradable sucesión de Lara
 son sobre plata aquellas dos calderas
 labradas de oro y negro empresa rara
 de Roma a las edades venideras;
 los Manriques pondrán (sangre preclara)
 por la de un Rey Alfonso en sus banderas,
 rico timbre y en él al dividillo,
 sierpes, calderas, águila y castillo.

Siete infantes de aquí dará amasados
 de su invencible sangre el Rey Ramiro
 y la Arablana en sus traidores prados
 de aleve muerte el último suspiro;
 mas de un cuervo andaluz veo ya, vengados
 los ocho cuellos que, cortados, miro;
 y de un su nieto con la honrada saña
 libre la antigua y nobiliaria España.

Serán tres hijos de este peoito altivo
 pomposo triunvirato de Castilla
 hasta el duro rigor de un hado eskulvo
 que a un corto estado su grandeza;
 mas cuerdo en trazas y en juzgar más vivo
 Rodrigo hará, por atajar rencilla,
 suya a Molina, y de su sangre rica
 reinas en Lusitania y en Garnica.

(Libro XIX.)

No sólo existieron estas relaciones, que bastan para justificar el conocimiento del Conde Barcelos, respecto de las Casas de Vizcaya: tenemos otras muchas.

El ya citado Salazar nos habla de vizcaínos que murieron en las guerras de Portugal, y por otra parte la comunicación comercial entre el litoral lusitano y el Cantábrico, esa grande razón por la cual arraigaron en Lisboa, sobre todo algunas familias de vascongados.

Pero siendo el Conde Barcelos conjunto de la familia real portuguesa, y contando éste en su ascendencia varias señoras vizcaínas, es indudable la exactitud del dato que nos transcribe en su motejado y siempre nuevo *Nobiliario*.

Esta relación entre Portugal y Vizcaya se echa de ver en manera grande al examinar las leyendas de que nos hablan las *Crónicas* de Portugal, y principalmente el estupendo humanista Resende, la leyenda a que se refieren las *Nise enamorada* y *Nise lacrimosa*, y la de nuestro *Reinar después de morir*, cuyo argumento es tan conocido, pero no así su modalidad vizcaína, que tiene su cronología durante el Señorío del infante D. Tello.

Este, fenecida su esposa legítima Doña Juana que era señora propietaria de Vizcaya, por no perder el Señorío, dicen que halló una moza en todo parecida a su mujer, y con ella se presentó a los vizcaínos que la acataron y rindieron homenaje. Don Tello señoreó, pues, en Vizcaya por espacio de siete años, gracias a una de las farsas más inauditas que registra la Historia de todos los países.

Continuando la narración del Conde D. Pedro Barcelos, podemos examinar otros aspectos del culto a la vaca.

Dice que los vizcaínos, una vez ganada la batalla, se retiraron a Busturia—Busturia debió de decir—y allí celebraron el triunfo con una gran fiesta, en que sacrificaron a la vaca, en unión de otras muchas víctimas y pusieron los esqueletos en un campo. Al día siguiente los esqueletos habían desaparecido, lo cual atribuyeron los vizcaínos a raptó de algún dragón, demonio o mal espíritu.

Los vascos llamaban a los malos espíritus *sarnusi*, denominación que también se halla en el léxico de otros pueblos orientales, cuanto en nuestro lenguaje despectivo o picaresco encerrado en la frase de «chivo, sarnoso» (el macho cabrío de Mendes), de los cabalistas, y bajos hechiceros sino que la tenían como animal utilísimo y enviado del cielo.

Los primeros vascos hacían consistir sus riquezas en ganados de ovejas y de toros. Los tiempos de carácter mítico más remotos dentro de lo histórico, se refieren al siglo X, y en él los grandes pastores de las Vizcayas cuidaban grandes toradas. Los Mendoza, los Mendivil, los Quevara, los Zurbano, los Ayala, los Salazar y otras familias al modo de los nobiliarios *Vaqueiros de Alzada, Señores de Campanillas, asturianos*, de los que hace cumplido elogio Roso de Luna en su *Tesoro de los Lagos de Somiedo*, eran ganaderos que habían descendido de la montaña pirenaica y cantábrica a la llanura de Alava, en donde el pasto era abundante.

Allí traficaron en ganados con los castellanos, cuyos Condes los tomaron a sueldo.

La vaca, pues, era para los vascos una parte integrante de su economía. Es casi un hecho seguro la existencia de la vaca salvaje en el país estribación del Pirineo oriental. Nos induce a esta afirmación el descubrimiento de la famosa lápida llamada de Blunia, en la que aparece una cabeza de toro y un brazo con una espada, y en torno, la debatida inscripción que dice en letra eusquérica, yo matador o cazador de toros, *nee (yo) ben-canasi* (oficio de cazador de toros).

Siendo la vaca en el país vasco uno de los elementos de vida y culto

más curiosos en los primitivos tiempos, su aparición y permanencia en toda la historia sucesiva habla de ser notoria, cual, en efecto, sucede.

Hemos visto justificada la permanencia del culto o veneración en la protohistoria con el ídolo *Miqueldi*; en los siglos posteriores, con la inscripción de Blunia; en el VIII y IX, con la referencia del conde Don Pedro Barcelos; desde el IX hasta el XIV, con esta misma referencia, en que hace constar que la leyenda que narra la conservan, al tiempo que él escribe (1350), en el señorío de Vizcaya. En estos mismos tiempos, lo que habla permanecido transmitiéndose oralmente, lo que habla constituido la tradición popular, adquiere una definitiva permanencia, y la vaca viene a ser parte muy interesante en la formación de la heráldica vascongada.

El misterioso culto hacia la vaca queda eternizado en la piedra de las montañas, en los escudos de las principales y más remotas familias, en los hierros de las espadas, en las cresterías de los palacios, en los arcones solariegos, en las popas pintadas de las naves, en los tapices de las salas, en los paramentos de los caballos, en los cueros de los sillones, en los robles de los artesonados, en toda suerte de suntuosidades familiares y arcos militares. Parece como que ha triunfado el culto hacia la vaca, hacia la misteriosa Vaca, que, llevada del ramal por los primeros patriarcas, recorrió con ellos el camino de las grandes excursiones hasta detenerse en los altos Pirineos para ir después descendiendo a la llanada alavesa y a los litorales de Vizcaya, a la manera de aquel buey Apis, del que se dice que vino por sus solos pies desde las montañas de Armenia al Serapeum de los Ptolomeos, a raíz de la estrepitosa caída del imperio militar de Alejandro Magno.

Podría escribirse una extensa monografía señalando la presencia de la vaca en las armas de los linajes vascos. Nosotros sólo indicaremos algunos, que tienen gran importancia por los linajes a que pertenecen.

Existe, repetimos, una versión de la batalla liberativa, llámese de Arrigorriaga o de otra manera, en la cual se cuenta cómo el caudillo de los vizcaínos, que fueron los vencedores, regresando del lugar del triunfo, vió pasar dos lobos con dos corderos o, según dicen otros, dos toros salvajes con las lenguas rojas, y añade que este fué en su origen el escudo de los señores de Vizcaya.

Entre los escudos más notables que nos han conservado el toro o vaca, está el de la Casa de Bearn. El actual príncipe de Viana, Gastón de Bearn, blasona en campo dos vacas gules.

En Quipúzcoa, la Casa antiquísima de Idiaquez, que obtuvo, andando el tiempo, la grandeza de España, y varios títulos, como el ducado de Granada de Ega, el vizcondado de Zelina y el marquesado de Narros, blasona

en sus armas la famosa vaca o toro, con una notable y misteriosa particularidad, la de que el toro, *en vez de ser de su color, es de oro*, describiéndose el escudo así: 1.º y 2.º, en gules, un toro de oro; 3.º y 4.º, gules con cuatro bandas de oro.

En el retrato de Don Juan de Idiaquez, que fué secretario de Felipe II, duque de Ciudad Real, señor del Valle de Aramayona Areto, y que está en el Museo del Prado (núm. 1.858), se puede observar lo que decimos del escudo de los Idiaquez. El *primer* cuartel es un toro de oro en gules, que corresponde al apellido Idiaquez; el *segundo*, dos calderos partidos en barra con dragantes, que corresponde a Múgica; el *tercero*, cinco lobos en cruz y cuatro botrinos, que es el de Butrón; el *cuarto*, tres barras de plata en gules.

Este retrato es de suma importancia para fijar el asunto que venimos tratando de la vaca, porque demuestra que la tradición del primitivo culto se ha reasumido en toda una familia.

Tampoco es una mera coincidencia el que éste, como otros Idiaquez, fuesen señores de Aramayona, que es nombre muy significativo y que puede atribuirse a la raíz *ara* o *ario*. Por otra parte sabemos la interesante historia mágica que se localiza en el valle de Aramayona, y que, formando un verdadero ciclo, da origen a las leyendas de la Dama Loca, o de Amboto, a la de Mendo y a otras varias.

Los Idiaquez o señores del *Id* o *Ith*, como diría Roso de Luna aludiendo al capítulo de *El misterio de los Jinus*, se enlazaron con los Butrón, fueron señores de Aramayona, y en este valle fué donde Don Juan Alonso de Múgica dominaba en el siglo XV, hasta tal punto, que se envió un inquisidor por 25 denuncias *de otros tantos forzamientos de mujeres viudas, casadas y solteras*. Parece que el señor mandaba pedir las a sus padres y maridos, y a la mañana siguiente, cuando no se cumplía su goce, ordenaba ahorcarlos en las almenas del castillo.

Floranes, citado por Ferrer, dice vió el proceso del año 1488. En estos procesos aparece toda una revelación respecto de la primitiva religión; se deja ver una liturgia, liturgia de carácter musical en el empleo de flautas y tambores, *ssistu* y *tamborih*; ideológica en la danza simbolizante, en las misteriosas palabras y en los sueños nocturniegos y perfectamente indígena en el léxico ritual de *aquejarre*, *sorgulha*, *lamia*, *basojaun*, *sarnuslae* y otras mil voces.

Y cosa admirable que, siendo el vascuence tan parco en palabras cristianizantes y teológicas, abunda, sin embargo, en las del rito primitivo o sobrenatural.

Relatar todas las leyendas enlazadas con este asunto del valle de Aramoya, sería tarea de un libro, y no debemos olvidar que ya nos llama y convida la prosa fácil, amena e instructiva de Mario Roso de Luna.

Pero no hemos de finalizar estas notas del prólogo sin tocar un asunto de sumo interés, y que se relaciona mucho con el capítulo que consagra a los *jinás* el aulor del libro *DE GENTES DEL OTRO MUNDO*.

Nos referimos a la existencia en el país vasco de gentes mal conceptuadas por los habitantes de aquella región a la manera de las gentes vaqueiras de Asturias. Tales son los agotes de Navarra y Soule, los rabudos y brujos de Vizcaya, acerca de lo cual se ha escrito algo (1), pero desgraciada-

(1) P. Fr. Enrique Vacas Galindo, de la Orden de Predicadores, *Wankjukima: Religión, usos y costumbres de los salvajes del Oriente del Ecuador*. Ambato, 1895.—Daniel Granada, *Reseña histórico-descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Rio de la Plata*. Montevideo, 1896.—Pluquet, *Dictionnaire des heresies*. Sedan, 1788.—Pierre Piobh, *Formulaire de Haute Magie*. Paris, Daragón, 1907.—Papus, *Traité elementaire de Magie pratique*. Paris, Chamuel, 1893.—*Supersticiones extremeñas*, por D. Publio Hurtado. Cáceres, 1902.—*Apologie pour les grandes hommes supponez de Magie*, par G. Naudé, parisen. Amsterdam, 1712.—*Disquisitionum Magicarum libri sese... Auctore Martino del Rio... Maguntiae, apud Johannem Albinum, 1612*. (Tres tomos en 4.^o).—Feljóo. En diversas partes de su *Teatro critico* (por ejemplo, en el tomo VII).—Torreblanca, *De Magia*.—En la *Revista de España* hay unos artículos de A. de los Ríos sobre la materia.—Fray Nicolás Aymerich, el celeberrimo autor del *Directorio*, tiene varios manuscritos sobre esto en la Biblioteca Nacional de París (se titula uno *Contra demonum Invocatores*).—Balaguer y Merino, *Carta al Sr. D. Matías de Martino, parlantll de la superstició à Catalunya en lo segle XV (Renaixense, núms. 19 y 20, añoVI)*.—*Las costumbres catalanas en tiempo de D. Juan I*, por Sampere y Miguel. Gerona, 1878.—*Traclatus de fascinatio-ne edltus à magistro Didaco Alvari Chanea, doctore atque medico Regis reginaeque* (8.^o, l. gót. a. m. l.).—Una de las *Relecciones* de Vitoria trata de brujería.—Fray Martín de Castañega, *Tratado de las supersticiones, hechicerías y varios conjuros y abusiones, y de la posibilidad y remedio dellos*. Logroño, 1529.—*Reprobación de las supersticiones y hechicerías...*, por el maestro Ciruelo. Salamanca, 1556. (88 fojs.).—*Benedicti Pererii Valentini, e Societate Jesu. Adversus salaces et supersticiosas artes... Libritres... Lugduni, 1603*. (253 págs.).—La obra de Pedro Valencia *Discurso sobre las brujas y demás cosas tocantes a la Magia*. (*Revista de Extremadura*, 1903).—Las hechicerías en las obras de amena literatura (por ejemplo, *La Celestina* y el *Coloquio de los perros*, de Cervantes, que es interesantísimo).—El *Coloquio de los perros*, por Agustín Amezua, trae noticias muy interesantes sobre la materia (por ejemplo, lo referente a la célebre Camacha de Montilla, bruja celeberrima).—A. Prost, *Les Sciences et les Arts occultes en XVI.^e siècle; Cornelius Agrippa, sa vie et ses oeuvres*. Paris, Champión, 1881-82.—Rodríguez Ferrer, *Los vascongados*.—*Paraninfo celeste o Histo-*

mente con poca crítica y sin exacto ni aun aproximado conocimiento de la materia.

El Sr. Roso de Luna, en el primer tomo de esta importante obra, nos relata las costumbres de los vaqueiros de Asturias, pueblo o tribu que tiene relación singular con determinados del país vasco.

En Asturias se conservó, aun en el mismo nombre de *vaqueiros*, la remotísima tradición de la vaca, cosa que no sucedió en la región vascona.

Sería en extremo curioso escribir una historia de ciertas razas en el mundo. Para nuestro caso, el concretarnos a España haciendo ligeras indicaciones es bastante. Sobradamente el Sr. Roso de Luna describe en el capítulo X los misterios de los *Jinas* o *Jainos*, palabra que viene a significar señor en lengua vasca.

Entre las muchísimas maravillas que encierra el libro *DE OENTES DEL OTRO MUNDO*, es una principalísima la que se refiere a la permanencia universal de estos *Jinas*. En el mismo capítulo VI nos da el Sr. Roso una fuente de investigación, tal vez inadvertida para muchos, que es la heráldica medioeval, en la cual se fijó Pallot, y cuyas figuras quiméricas representan en los escudos, no un capricho de momento, sino toda una tradición familiar conservada misteriosamente.

Algo dijimos de esto al hablar del toro de oro del blasón de Idiaquez, en el que se dan como citas ocultas tal serie de sucesos, que pasan grandemente. No es el menor ser dorado el toro, acaciendo pintarse de su color natural en otros blasones y su fondo negro, *jaino* o *mojinos*.

Tal vez el hacer un examen de los blasones de España nos llevaría a descubrir cuáles son las familias de *Jinas*, sin duda las más remotas de la nación. El heraldista Pallot, como puede verse en el capítulo VI, nos habla del *centauro de Arat (Tara)*, del *dragón alado* de los O'Neyfan, del *anfiterio* de Brescia, etc.

En España, las más importantes familias cuartelan sus escudos con endriagos, dragones, monstruos, serpientes, y otras mil, al parecer, quiméricas figuras.

ria de Aranzara.—Vida de Fray Tomás de Lumanaga, por Labalra.—*Les fées du moyen-âge, recherches sur leur origine, leur histoire et leurs attributs, pour servir a la connaissance de la mythologie gauloise*, par L. F. Alfred Maury. Paris, 1843.—*Auto de Logroño*, P. A. A. E. E., por Moratin.—Landoval, *Historia de Carlos V.*—Llorente, *Historia de la Inquisición.*—Hervás, *Catálogo de las lenguas.*—*Auto de Fuenterrabía*. R. Internacional de Estudios vascos.—Baroja, *La dama Urtubia.*—Mantell, *La dama de Amboto.*

Estos grupos de familias creemos que se reúnen principalmente en Galicia, en toda la Cantabria y en Toledo, ciudad esta última en que se han unido el aborigen caballeresco y el culto mágico, y más tarde la milagrería, ciudad de la cual cantó el poeta Pulci.

Questa città di Tolieto solea
 tenere studio di negromanzia
 quivi di magica arte al leggea
 pubblicamente e di qiromanzia;
 e molli geomanti sempe avea
 e sperimenti assal d'idromanzia;
 e d'altre false opercion di sciocchi
 com'è fatture o spesso batter gilocchi.

¡Cuán curioso es observar los blasones que, ostentando la vaca o toro en sus cuarteles, revelan la remotísima filiación de los pueblos primitivos! La vetusta Casa de Campra, en Galicia, muestra en gules una vaca roja.

El escudo del Condado de Bearne es en oro dos toros gules.

En extremo digno de notarse, en fin, entre otros muchos el escudo de los Cabeza de Vaca, que se forma con jaqueles de oro y gules y en bordadura de azul seis cabezas de vaca.

Hemos venido haciendo una observación sobre el particular, y es que los linajes contados como más primitivos y cuyo origen se pierde, según se dice, en la noche de los tiempos, blasonan, o la vaca famosa, remembranza del culto prehistórico o un animal quimérico más o menos pariente de la donosa *Vaca*. Tal sucede con el apellido Blasco; de quien dice Piferer que es de los primeros y más desconocidos, y que, en opinión de Moreno de Vargas, parece haber tenido origen en un caballero romano llamado Decio Blasco, todo lo cual es prueba evidente de su antigüedad. Pues bien; este linaje ostenta en argén un toro de su color. Procede, al parecer, del Pirineo navarro.

Es cosa singular que de este mismo sitio naciera la Casa de Bearne, que blasona dos toros. Las Casas de Boil pueden pertenecer al mismo grupo, pues radica cerca de Jaca y ofrece en el segundo y tercero cuartel un toro de azur en oro. Otra Casa, la de Boil, ostenta un solotoro de gules en argén.

Si esto es maravilloso, lo es mucho más el escudo de Bonastre, que lo llevaban, en tiempo de Jaime el Conquistador, Pedro y Berenguer de Bonastre.

Berenguer blasonó un astro de oro en azur, y Pedro, un monte de oro en gul, sumado de flor de lis de oro, banda azur, partido de oro y toro de gules pasante.

Mosen Jaime Febrer, que habla del asunto, dice que estas armas son parlantes, pues *Bonastre* significa *buen astro*. ¡El lector aficionado puede comentar con pasmo todo esto, concordarlo con las ideas tan peregrinamente expuestas por nuestro amigo!

La Casa de Valderas, en el antiguo reino de León, pinta en gules cuatro cabezas de vaca en argén.

Sin duda que entre los escudos más notables de las Casas de España que ostentan la siempre misteriosa vaca, están los de Borer y Crespi, de Valdaura.

El linaje de Bover, de los más antiguos en Cataluña, muestra en campo de oro un buey saltante, prieto y bordadura sable, colores que dan al escudo singular interés. Por otra parte, el mote *persecutus sed non victus* parece una alusión a las terribles persecuciones de que solían ser víctimas las familias que, como ésta, tenían acaso, por decirlo así, procedencia *lina* (1).

La casa de Crespi muestra también un toro o buey por entronque con

(1) Por donosísima casualidad—si es que la *casualidad* y no la *causalidad* o sea que *todo tiene una causa*, una explicación y también un misterio rige en este mundo—el segundo apellido paterno del Sr. Roso de Luna es el de *Bover*, como hijo de Don José Roso y Bover (natural de Vinaroz, Castellón, nacido en 1839; fallecido en 1904). Se explica, pues, bien que nuestro amigo nos venga hoy, con su admirable, erudita y revolucionadora obra, a darnos la revelación de esos mismos *linas* de su paterno-materna ascendencia, así como que dicho extremo de la ruda raza de los conquistadores de América, *Vaquetro* quizá por la línea materna de su madre Doña Jacinta de Luna y de Arribas, nieta de gentes *bercenses* y *extremenas* (nacida en 1831; fallecida en 1910). Decimos todo esto, porque no ha faltado escritor catalán que ha creído se trata de un pseudónimo lo de «Roso de Luna».

No acabaríamos tan fácilmente si, por otra parte, fuésemos a detallar las posibles conexiones familiares de nuestro buen amigo con caracteres tan enteros como el de aquel Don Alvaro de Luna, el astuto privado de Don Juan II, que mantuvo a raya a la turbulenta nobleza y por ella fue inmolado, o bien con aquella nobilísima figura, *todo energías* del antipapa Luna (Benedicto XIII), quien, desde su silla de Peníscola (hoy conservada en el ermitorio de San Sebastián, en Vinaroz), desatió las iras de los Concilios que le depusieron.

Sin necesidad de ir tan lejos, tenemos la viril silueta del abuelo materno de Roso de Luna, Don Julián de Luna y de la Peña (nacido en Zarza Capilla, Badajoz, en 1789 y fallecido en Cabeza del Buey en 1848). Este inestudiado polígrafo, maestro de Donoso Cortés, y cuya biografía puede verse en el tomo III de la *Revista de Extremadura* (1901), fué uno de los caracteres más enérgicos y sabios de su tiempo. Hijo de la Enciclopedia, admiró a los propios realistas

la familia *Bou* que traía *en gules un buey de oro*. Nótese la coincidencia con el toro de los *Idiaquez*.

La Casa de Borja, antiquísima, pues que datan del siglo IX, las noticias de ella, blasona un buey de gules en oro.

Es cosa que llama también la atención cómo se relacionaron el siglo XVI, por enlaces poco menos que misteriosos, las poderosas familias de Borja, *Idiaquez*, *Butrón*, *Múgica*, *Loyola* y otras que tenían tras de sí una historia de magia interesante y que está por escribir.

Don Juan Alonso de *Idiaquez*, nieto de *Gómez de Butrón IV*, del nombre, fué Conde de *Aramayona*, valle verdaderamente ocultista y sólo comparable a los *Índicos* que escuchan la religión oculta de los *Vedas*.

que en el año 23 le hallaron de custodia de los fondos provinciales, cuando todos los diputados habían huido. De Secretario del Gobierno Político de Cáceres, más tarde, dijo de él el Ilustre Don Nicomedes Pastor Díaz «que muchos de los que han mandado provincias no perderían nada con ser algún tiempo sus amanuenses». Perseguido do quiera Luna por sus ideas liberales, e «impunitificado en segunda instancia», explicó en Madrid la cátedra de Economía Política, dejando inédita una hermosa obra en la que dió la voz de alarma contra la falsa orientación impresa a dicha ciencia por Adán Smith y J. B. Say, con sus teorías en las que confunden lastimosamente, para daño de la Humanidad, la *riqueza positiva* con el *valor*, que es *riqueza negativa*, dando lugar a esas ideas de «aumento de los valores», que no son sino «aumento de la miseria», como hoy se ve con las desdichadísimas «cuestiones sociales» que amenazan subvertir al mundo. Muchas ideas, en fin, de dicha obra referentes a la *industria intelectual* como la primera de todas, son de gran actualidad hoy mismo, y por lo que atañe a Julián de Luna en su actuación como jefe político en Bilbao (hacia 1842), baste decir que amó tanto a esas imponderables Sociedades Económicas de Amigos del País, de las que era preclaro miembro y tanto también a la región vascongada, que la Diputación Foral, al despedirle con lágrimas en los ojos, le entregó un memorial que, poco más o menos, acababa diciendo: «S. S. se apartará de nuestra vista, pero jamás de nuestros corazones y hasta en el seno de su hogar, donde se reposará tranquilo con los suyos, nuestra gratitud le acompañará eternamente...»

Si continuásemos ocupándonos de este glorioso liberal y relatásemos sus campañas contra el carlismo en la Mancha y Extremadura, y de sus trabajos poligráficos, tales como su sonatina para guitarra, *La Dolorida*; su *Tratado sobre la felicidad*; su *Mapa de Extremadura* (subvencionado por la Reina); sus *Apuntes de clásicos*, sus *Informaciones de Táctica Militar*; sus discursos y sus explicaciones en su cátedra de Agricultura, en Badajoz, daríamos a esta nota proporciones excesivas.

Terminemos, pues, hoy, con el abuelo, diciendo, respecto del nieto, lo que dice el adagio: ¡Lo que se hereda, no se hurta!

Este caballero, para mayor coincidencia, tradujo las *Églogas de Virgilio*, tan llenas de alusiones a la Vaca y de maravillosos sentidos ocultistas. ¿Y qué decir de los magníficos hechos que consciente o inconscientemente desarrollaron los Borja en Roma, los Idiaquez en la recámara de Felipe II y los Loyola en el mundo?

La ciencia de los misterios primitivos, aquella Ciencia-Religión cuya fuerza dura tanto tiempo, es la varita mágica que en manos del investigador sereno y prudente puede llegar a descubrir casi toda la civilización, hoy llamada prehistórica.

Nosotros cumplimos nuestra misión con señalar reverentemente algunas cosas callándonos no pocas otras para no hacer de este modesto prólogo todo un libro.

Hemos hablado con claridad y noble intención, al citar ciertas familias probablemente de jinas españoles; hemos, en suma, remontado su origen a lo prehistórico y hasta ahora desconocido y podíamos escribir muchísimo más sobre esta nueva manera de investigar, que no nos han enseñado los extranjeros, tan pedantes ellos en sus cosas y en sus escritos.

El no concretar en este asunto de ciertas razas y grupos de población eximia ha dado origen a que los autores, recogiendo la tradición oral, hayan escrito generalidades, inventando innúmeros consejos para explicarse lo que tan claro se presenta al que, conociendo varias ciencias y disciplinas, las pone en parangón ayudándose de todas para venir en lo cierto en alas de una vigorosa, admirable e indispensable *Poligrafía*.

Por eso los hombres *monotécnicos* son el atraso y la Beocia, y los *politécnicos*, la vida y la luz. El *λογος*, que es la palabra de Dios, es producto de la Unidad, en la cual está, como dice Agustín, todo, todas las especies, todas las imágenes, todas las ideas.

El hombre será más próximo a Dios cuanto mayor número de conceptos posea. Esta es la Sabiduría.

Laborar es orar, se ha dicho.

Fernando de la Quadra y Salcedo.

PRELIMINAR

Es propio de la gente indocta y dura
tratar lo que no entiende, de locura.

CALDERÓN.

Al comenzar este segundo tomo de nuestra BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS, pedimos respetuosamente al lector permiso para seguir ensoñando tanto y mucho más que lo hicésemos en el tomo anterior, pues a ello nos dan derecho las razones alegadas en pro de este nuestro procedimiento más o menos científico, en la «Introducción» de dicha BIBLIOTECA, ya que las realidades *del mañana*, que *el hoy* de cada día sucesivo va descubriendo, exceden siempre en belleza y en poder de sugestión a todo cuanto antes se ensoñase.

Consecuentes además con nuestro deseo de dar la poesía tradicional de un pasado mucho más feliz que nuestro presente, nos libramos muy bien, aunque más de una vez acaso podríamos hacerlo, de intentar a continuación algo que trascendiese a demostración científica, porque aunque no sea del todo cierto el dicho del *Eclesiastés* de que quien añade ciencia añade dolor, sí lo es el hecho de que poesía demostrada deja de ser poesía. Vale, pues, más que el lector siga, si quiere, con sus respectivos prejuicios positivos o negativos sobre *Las Gentes del otro Mundo* al leerlos, que no el que pretenda exigir de este tomo lo que él no podrá darle; esto es, a saber: *un conocimiento científico*, aunque a poco que el lector tenga evolucionada la *intuición*, es decir, la primera y más excelsa de las facultades de la mente, según Platón, confiamos en que logrará algo más bello, más consolador, más humano y, por tanto, más probable, o sea *un conocimiento intuitivo*, una ciencia más noble, en suma, pues que aparece ya doble, es decir, como conocimiento y como ley u orientación de la conducta. Para que no se llame a engaño y pueda evitarse, si le place, la molestia de leerlos, vaya por delante un resumen de lo que aquí ha de encontrarse si sigue en la lectura:

a) Lo primero con que tropezará el lector es con una serie de relatos que le parecerán ultrafantásticos, relativos a una *infra, eku*, o *superhumanidad*, que existe, no ya en los astros habitados; sino a nuestro lado mismo, sin que podamos verla de ordinario, ni por otros medios *científicos* nos demos cuenta de ella, merced al clásico *Velo de Isis*, o del *Pecado Admítico*, aunque a veces se rasgue ese Velo, ora fisiológicamente por el esfuerzo combinado de la ciencia altruista con la sincera virtud, ora patológicamente por otros tristes procedimientos de mala magia, algunos de ellos tenidos por modernos.

b) Verá después el lector cómo y de qué manera semejante pseudo-humanidad es poseedora de infinitos tesoros humanos, que se creen perdidos, y de otros naturales, en vano buscados, a guisa de *pedra filosofal*, sin sacrificios altruistas y sin otras virtudes.

c) Tropezará en seguida el lector con la terrible amenaza de quedar irremisiblemente ciego, o sufrir en él mismo, o en los seres que le sean queridos, otra serie de estragos fatales e indeclinables, si logra ponerse al habla con estos seres sin la debida preparación de una severa conducta y una discreción, casi un sigilo iniciático, con arreglo a las circunstancias, si va demasiado lejos después con los profanos en punto a revelaciones o en punto a abusos de poder y de egoísmo, pues que es regla absoluta de la buena Magia la renuncia de todo egoísmo personal en obsequio de los intereses de la Humanidad, *suprema ratio* de nuestros actos que a la Humanidad nos liga como a partes de un gran *Todo*.

d) Verá asimismo el lector que los templos-hipogeos primitivos y demás cavernas prehistóricas que vamos poco a poco descubriendo en Antropología y Prehistoria, solapan grandes secretos en punto a estas *gentes* mal llamadas del *otro mundo*, y nos reservan en unión de los desiertos y otros sitios inaccesibles las más extrañas sorpresas y revelaciones para su porvenir, quizá no lejano, en el que seamos mejores y menos escépticos.

e) Advertirá el lector, al mismo tiempo, cómo en casi todas estas leyendas juega, sin que acertemos a decir por qué, una simbólica *vaca roja* o *vaca áurea*, vaca negra o *mogina*, que no sólo cuenta con sus cuatro habituales extremidades, sino que, para mofa de los zoólogos actuales y exasperación y asombro de los biólogos-filósofos del porvenir, cuenta además por la parte superior de la *jijá* o morrillo, con una extravagante *quinta pata*. La tal *vaca* (*becerro de oro*, otras veces) suele esfumarse después, sin dejar rastro, cual tenue neblina malutina.

f) Llegará, en fin, así el lector a la vista del panorama sublime de la Primitiva Religión-Sabiduría natural, con su pacífico dios *Jano* o el Sol, y

su hermosísima diosa *Jana* o la *Luna (Isis)*, como en aquellos felices tiempos de la *Edad de Oro*, tiempos que pasaron, sí, para volver algún día, cuando la Humanidad haya así redondeado el cielo sublime de sus destinos.

g) Al par que hallará el lector todo esto, adquirirá noticias concretas y científicas de cierta raza, antaño humana, hoy *jina* al decir de la tradición gaedhélíco-irlandesa, tradición que, al ser ibérica, vasca, asturiano-gallega, o como se quiera decir, es una tradición hermosísima y netamente española, que se enlaza de un modo tan extraño como íntimo con las demás leyendas españolas de los *jinas*, nada estudiadas hasta aquí, aunque otra cosa se crea por nuestros doctos, tan escépticos y materialistas como incapaces por su criterio positivista de alzarse hoy hasta las sublimes alturas de esta prehistoria y de estos mitos.

h) Al estudiarse también, con criterio occidental, este singular pueblo *jina* de los *Tuatha de Danand* o de *Diana* y sus pueblos rivales, el rifeño de los *Fir-Bolgs* y el mediterráneo de los *Milesios*, hallará el lector un verdadero hilo de Ariadna, que nos conducirá más tarde al estudio del incomprendido alfabeto ibérico, hermano por un lado de los más primitivos de las dos Américas, y por otro del rúnico, el finés, el galo-celta y tantos más que aún no han tenido la bondad de suministrarnos otra *Clave de Roseta*, cual la tomada por base para sus estudios por los Champollion, los Smith, los Evers, los Sayce y los Taylor.

i) Semejantes jeroglíficos *gaedhélíco-rúnicos*, nos darán también no pocas sugerencias e indicios aprovechables para convencernos algún día del indiscutible origen matemático-simbólico de los jeroglíficos egipcios y de los caracteres escriturarios primitivos de tantas y tantas ciudades que en Europa, Asia y América han llevado al nombre matemático de *Calcis*, raíz del *calculi* o contabilidad latino, y de nuestro verbo castellano de *calcular* o, hacer operaciones matemáticas, cosa que será ampliada convenientemente en ulteriores tomos de esta BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS, que maravilla y bien grande es no sólo el profundo contenido matemático de tales primitivos documentos, sino también el que, pese a los estragos de los tiempos y la fanática necesidad de los hombres, hayan podido conservarse en tan gran número.

j) Dichos jeroglíficos mostrarán más o menos que lo que a nuestra ignorancia la sea dable descubrir, su íntimo parentesco con hombres, cosas y mitos de esa misteriosísima *Vasconia*, el más preciado fósil de los siglos — como sabiamente intuye nuestro querido prologuista, el Sr. Salcedo —, si es que se ha de dar a la palabra fósil en Antropología el amplio significado que le asignáramos en la *Introducción* de esta BIBLIOTECA.

k) Repetidos jeroglíficos nos mostrarán asimismo la grandeza infalsificable de IO, ISIS o la triforme *Luna*, cuya sola numeración de nombres simbólicos en todos los tiempos y pueblos, ocupando extensos capítulos, nos probarán una vez más que la especie humana, en tiempos muy remotos (aún ignorados por la prehistoria, y cuyas cronologías se enlazan con esos períodos típicos que nuestra ciencia astronómica conoce como *ciclos de precesión equinoccial; del cambio del perihelio y de la oblicuidad de la eclíptica*), ha sido esencialmente una, en Política, en Religión, en Ciencia, en Arte y en Labio, cual la misma Biblia—libro santo, si santamente se lee—, indica al hablarnos de los primeros Patriarcas antediluvianos y de la unidad de lenguas antes de la simbólica catástrofe de la Torre de Babel.

l) Lo relativo al dios Jano, Jina o Jaino y a su pristina, y *jaina* religión es un corolario de todo ello y nos explicará también más de un pasaje que por exigencias narrativas se dejó truncado en nuestro anterior tomo de *El Tesoro de los Lagos de Somiedo*.

ll) El mito *jaino* correrá también de un lado a otro de nuestra querida Península, con indicaciones someras, cual lo requiere la importancia de un asunto que necesitaría largos volúmenes para ser, a medias no más, esclarecido.

m) Con todas estas cuestiones, amén de cosas múltiples que aquí y allá irán saltando en el contexto de la modestísima investigación nuestra, vendremos a parar al problema de los problemas: al intrincado *misterio de los jinas*, cuestión mil veces hordeada, y jamás resuelta por mitólogos occidentales, o mejor dicho, por hombre alguno que no haya sido digno previamente por sus virtudes y esfuerzos de alzar una punta del velo de la diosa, aquella augusta Diosa de diosas, Virgen y Madre, de la que reza la inscripción de Delphos: «Yo soy lo que ha sido, es y será, y mortal alguno ha levantado mi Velo.»

n) El misterio de los *jinas* o el del *Jano de las dos caras*, nos llevará por la mano a un problema médico de gran actualidad científica, como lo es el relativo a la glándula pineal y a las misteriosísimas funciones hipofisianas, tan desarrolladas, por un lado con *la intuición*, y por otro con el *sexo*.

ñ) Este último particular, a su vez, nos dejará planteado otro no pequeño problema, es a saber: el de la llamada «Clave Sexual», la más inferior de las siete del Misterio, clave que, según Blavatsky, fué conocida por los egipcios, los caldeos, los parsis y otros pueblos, hasta perderse definitivamente en el pueblo hebreo.

o) Ese divino libro iniciático denominado de *Las Mil y Una Noches* nos aportará también preciosos detalles concordantes con las teorías que más a menos extensamente, aunque siempre de un modo incompleto, son tratadas asimismo en el presente tomo.

p) La heráldica española y extranjera, tan inmensa como inestudiado en su insondable significación ocellista, suministra asimismo algún corto detalle suelto, que en su día deberá ser ampliado convenientemente, al tratar de las cosas relativas a la Magia tradicional, tantas veces evocada en la heráldica y en la iconografía.

q) Poderosa contribución había de recibir con todo esto la Primitiva Ciencia del Símbolo si fuese mayor la extensión del libro y más profundos nuestros pobres conocimientos en materias como estas del Ocultismo teórico, mar sin orillas, piélago de misterio, en el que nuestra pobre ciencia positiva no es sino lo que representa la más ínfima isla de la Polinesia en comparación de la inmensidad del Pacífico.

r) Por último, el problema filológico dibujará en estas páginas nuevas orientaciones quizá, porque al analizar geoméricamente, por decirlo así, simbolismos como el de IO, el del IT, etc., nos acercamos quizá sin darnos cuenta a esa *terra incognita* en la que los lenguajes más arcaicos muestran derivar de una Matemática sagrada, hoy inasequible, lenguaje universal, en el que las letras antes fueron números.

Con todos estos detalles, la labor de nuestros ulteriores tomos quedará dibujada en principio: la del perdido continente conector de *la Atlántida*; la de la *Química filosófica*, que, al ser *Ciencia del Agua*, según Thales de Mileto y su escuela, es también *Ciencia de Isis*; la de *Wagner*, el divino glosador musical y escénico de los Misterios Nórdicos o de los Eddas; la de esa *Tau* celeste o *Balanza de la Justicia*, que debe presidir a todos nuestros actos, desde el más transcendental hasta el más nimio en la vida, si queremos algún día *ver a Dios*, con la bienaventuranza prometida a los *Justos*, Magia sublime, único Ocultismo verdad que es tan antiguo como el *Planeta*, y tan perdurable como los cielos mismos...

CAPÍTULO PRIMERO

LO QUE PUEDE PENSARSE EN UNA TARDE DE PRIMAVERA

El Misterio y los chicos.—Los selenitas.—Lucrecio y los habitantes de otros mundos.—Fantaseos modernos y leyendas antiguas.—Dos relatos del coronel Olcott.—Los tesoros de los *jinás*.—El hipogeo de Karli.—La Vaca de las cinco patas.—Los *jinás* andinos.—Marco Polo, el coronel Jule y los elementales del Gobbi.—Los *afrites* del desierto.—Arenas musicales.—El Ave-Roc y los chinos.

Madrid, pese a su mala fama, tiene sitios tan pintorescos como cualquier otra ciudad hermosa. Uno de ellos es, sin duda, el Sitio Real conocido por *La Casa de Campo*.

En una espléndida tarde de primavera, gozaba allí, con mis hijos, de la perspectiva de una de aquellas alturas, a trechos coronadas de pinos y de encinas, desde donde se domina buena parte de la capital de España, amén de una dilatada campiña. El sol se ocultaba, entre nubes de oro, hacia nuestras espaldas, y, por el lado opuesto, coronando el Palacio de Oriente, se mostraba ya la redonda faz de la Luna casi llena, esa faz tan misteriosa que remeda una cara humana, pero cara hierática y dura; cara impasible ante las grandezas, como ante las pequeñeces, humanas; una cara, en fin, que ha podido contemplar desde arriba la sucesión inacabable de los tiempos que tejen y destejen crueles la penelópica tela que llamamos *Historia del Mundo*.

Los chicos son todos altamente observadores, en medio de su inquieta movilidad. A veces sienten la necesidad de saber con más inocente ansia que casi todos los hombres, y, por añadidura, nacen inclinados al Misterio y a lo maravilloso, como recién venidos que están de «la celeste y misteriosa orilla», según la sublime intuición de Víctor Hugo. Diríase que, no

perversa todavía la naturaleza original de los chicos con los egoísmos y las demás nimias pasiones de los *grandes*, rinden inconsciente homenaje así a lo que parece ser ley fundamental de nuestra existencia, existencia que no se limita a las tres consabidas preguntas acerca de *¿quiénes somos?*, *¿de dónde venimos?* y *¿adónde vamos?*, sino que formula también esta otra, no menos inquietante y enigmática: —*¿Con quiénes vivimos aquí y allá en ese vastísimo Universo, cuyos límites ha extendido tan considerablemente la ciencia moderna?*

—¿Hay habitantes en la Luna?—me preguntó a bocajarro uno de los chicos, mientras contemplábamos la cara del satélite.

Si se hubiera tratado de hombres maduros, la contestación lógica no podía ser otra que la clásica del gran Lucrecio:

*Essae alios aliis Terrarum in partibus orbes
Et varias Hominum gentes et secla ferarum*

•Preciso es confesar que en otras regiones del espacio existen otras tierras y otros hombres, y sería tan absurdo, según Metrodoro de Lampsaco, considerar que no hay más que un mundo habitado, o que sólo está habitado lo que nos figuramos estarlo, como pensar que sólo puede haber en las campiñas una clase de flores, o que únicamente puede crecer una espiga de trigo en un campo profusamente sembrado de este cereal, pues, como dijo también el autor de

De Natura Rerum (II, 1085), *Terramque et Solem, Lunam, mare, caeterum quae sunt non esse unica, sed numero magis innumerabil.* (1).

(1) El filósofo Thales de Mileto, anticipándose a las enseñanzas del análisis espectral, decía que los astros estaban formados por las mismas sustancias que la Tierra. Anaxágoras enseñaba la habitabilidad de la Luna; y la revelación por Sócrates de secretos iniciáticos acerca de los selenitas, más bien que otra cosa fué la verdadera causa de que se le condenara a muerte. (Blavatsky, *Doc. Secreta*, t. III, sec. IV, nota.) Anaxarco se burló finamente de la vanidad guerrera de Alejandro, maravillándose de que, habiendo tantos mundos habitados, hubiese llenado uno solo el macedonio con su gloria. Plutarco, a su vez, escribió su tratado *De Facile in orbe Lunde*, que no era sino un eco de las enseñanzas pitagóricas de Anaximandro, Anaximenes, Empédocles, Aristarco, Leucipo, Phérecides de Siros, Diógenes de Apolonia, Arquelaos de Mileto, Hiponax de Reginus, Demócrito, Heráclito, Metrodoro de Chios, Ocellus de Luntania, Timón de Locres, Philolao, Nicetas de Siracusa, Diógenes Laercio y tantos otros de las escuelas jónica, eleática e itálica, para las que era axiomatica la habitabilidad de los astros, mientras que Xenophano llegó a asegurar que nuestros vecinos los selenitas llevaban una vida semejante en un todo a

Pe ro los chicos no estaban demasiado fuertes en latín, aunque lo tenían ya aprobado en nuestros maravillosos Institutos oficiales, donde de nada se sabe aunque de todo se estudia. Tampoco era cosa de decirles aún lo mucho bueno consignado en la primera y quizá mejor de las obras de-

la nuestra, y de allí, de la Luna misma, hubo de caer el León de Nemea sobre el Peloponeso, al decir de las gentes.

Petrón de Himera, en Sicilia, escribió un libro curioso en el que sostenía la existencia de 183 mundos habitados. Esto recuerda con lo que Plutarco refiere de que un solo día al año se presentaba en la orilla del mar Erithreo un venerable viejo milagroso que habla pasado su vida en la contemplación y estudio del Universo, y que decla vivir en compañía de las hadas y los genios. All instruí a los príncipes y a los ministros de los reyes que venían a consultarle y escucharle. (Bonamy, *Memoire adressé à l'Académie des Inscription et Belles-Lettres*, edit. in 12, des *Mémoires*, t. XIII, 1741; Flammarion, *Pluralité des Mondes habités*, p. 22.) Oracles cuenta que se buscó largo tiempo y con grandes gastos a este desconocido filósofo, bárbaro, y de él fué de quien se supo que no habla ni un solo mundo, ni una Infinidad de ellos sino 183. (Plutarco, *Obras morales: De Oracularum defectu*; Barthelemy, *Viaje del joven Anacarsis a Grecia*, cap. XXX; Ramé, *Teología Cosmogónica*, cap. 1.) La escuela de Platón consideraba invisibles tales mundos, aunque Ariosto, en su *Orlando, furioso*, dijese después que en el valle de la Luna podemos encontrar, luego de muertos, las ideas e imágenes de todo cuanto existe sobre la Tierra.

En la Edad Media tenemos sobre el particular los tratados de Nicolás de Cusa, *De docta ignorantia*; de Giordano Bruno, *De l'Infinito Universo e Mondi*; de Galileo, en su *Systema cosmicum*; de Tycho-Brahe, René Descartes, Moestlin in *Thesibus* y de su discípulo Kepler en su *Astronomia lunaris* y en su *Somnium astronomicum*; de Cardán y de Tomás Campanella en su *Ciudad del Sol*. David Fabricius hasta pretendía haber visto por sus propios ojos los habitantes de la Luna, y más o menos, Otto de Guericke, Gassendi, Antonio Reita, en su *Astrologia titulada Oculus Enoch et Eliae*; Francis Godwin, en su *The man in the moon*; John Wilkins, obispo Inglés, en su *Discourse concerning a new world*, donde pone el paraíso terrestre en la propia Luna.

El siglo XVII derivó, con la invención del telescopio, hacia la creencia en la habitabilidad de los astros; el genial autor francés Juan Beudoin tradujo el *The man in the moon*, de Godwin, bajo el título de *El hombre en la Luna o viaje hecho al mundo de la Luna*, por Domingo González, aventurero español. Cirano de Bergerac publicó su *Viaje a la Luna* y su *Historia de los Estados e Imperios del Sol*. Todo ello sin hablar de los *Ensayos*, de Montaigne, ni del ocultista Guillermo Gilbert en su *De Magnete et Magneticis corporibus*, de Helvelius en su *Selenografía*, y en especial Kircher con su *Viaje estético celeste*, aunque en él no acepta las doctrinas actuales de nuestros astrónomos, pues que el título de la obra de Kircher es: *Itinerarium extaticum quo Mundi ophicium, id est caelestis expansi, alderum que tan errantium quam fixorum natura, vires, proprietates, singulorumque compositio et structura, ab infimo*

4
 bidas a Flammarion, el astrónomo-poeta, porque no lo hubieran comprendido.

Oplé, pues, por echar mano de mis recuerdos orientales, y les dije que, no sólo la Luna y los demás astros, sino que las aguas, los aires, los de-

Teluris globo, usque ad ultima Mundi confinia, nova hypothesis exponitur ad Veritatem. Roma 1656.»

Fontenelle, en fin, consagró a estas cosas muchas de sus fábulas, y De Maillet publicó, en 1748, su *Tellamed. Entretiens d'un philosophe indien avec un missionnaire français*, en donde consigna que «sólo merced al conocimiento que tenemos de la Luna podemos tener noción de la pluralidad de mundos». Esto mereció la sátira de Voltaire y más tarde un inocente comentario de Flammarion. ¡No es extraña aquella sátira en quien atribuyó las conchas de las montañas a los peregrinos que por allí pasasen durante el medioevol

Tan arraigada estuvo aún en los mismos doctos eclesiásticos la creencia en posibles habitantes de otros astros, que el cardenal Polignac, al refutar las ideas materialistas del clásico latino en su *Anti-Lucretius*, dice: «Todas las estrellas son otros tantos soles como el nuestro, rodeados de cuerpos opacos a los que comunican su calor y su luz. Los planetas que acompañan a dichos soles son invisibles para la cortedad de nuestra vista y la distancia a que se hallan nos oculta la enormidad de su magnitud (*). Pero si se considera que los rayos de estos astros gozan de las mismas propiedades que los de nuestro Sol, y que el Sol mismo visto a distancia de aquéllas nos parecería una de las estrellas más ínfimas, ¿cómo creer que el Sol y las estrellas actúan de diferente manera y que tan maravillosas antorchas celestes brillan inútilmente? La Divinidad no se ha limitado a formar un solo sér de la misma especie: ella derrama a la vez sus inagotables tesoros sobre toda una cosecha de seres parecidos. Causas iguales producen siempre iguales efectos.»

Repitamos, pues, lo que Kallias, el hierofante, maestro de Euclides, dijo, es a saber que: «el hombre vulgar ve sólo en el globo que habita una bóveda resplandeciente de luz durante el día y cuajada de estrellas durante la noche. He aquí los confines de su Universo. Pero el Universo de ciertos filósofos se ha extendido hasta el punto de espantar y confundir a nuestra pobre imaginación. Se supuso primero que estaba habitada la Luna; en seguida, que los demás astros eran otros tantos mundos y, en fin, que el número de estos mundos debía ser infinito, puesto que cada uno de ellos no podía servir de término y límite a los demás. Desde este punto, ¡cuán vastos horizontes no se han abierto de repente al espíritu humano...! Aún empleando la eternidad para recorrerlos, hallaremos nuevos globos; mundos que se acumulan los unos tras los otros, hasta encontrar doquiera el infinito: en la materia, en el espacio, en el movimiento:

(*) Con el estudio de las estrellas múltiples, hoy avanzadísimo por el espectroscopio, se han descubierto muchos de estos astros oscuros, tales como la compañera de Algol, la *ómicron* de la Ballena, etc. Todas estas citas están tomadas de la dicha obra de Camilo Flammarion, *Pluralidad de los mundos habitados*.

siertos, el fuego y las entrañas mismas de la madre-Tierra estaban poblados de seres, según las leyendas de todos los pueblos, leyendas que envano ha pretendido agostar el seco hálito de nuestra ciencia positivista, porque esta ciencia jamás podrá llegar al ceñido positivismo del autor de *De Natura Rerum*, quien, sin embargo, también dijo:

«Si las innumerables oleadas creadoras bogan y se agitan bajo mil formas diversas a través del océano infinito, ¿cómo pensar que no hayan creado ellas, en sus luchas fecundas, más mundo que el que vemos ni más orbe que el de la Tierra?, ¿cómo creer que, más allá de este nuestro mundo, un tan vasto conjunto de elementos vitales están condenados a una inactividad ociosa? No, no, si los principios generadores han dado nacimiento a las masas de donde salieran el cielo, las ondas, la tierra y sus habitantes de todas clases, es preciso admitir que en el resto del vacío los elementos materiales han determinado la aparición de mundos análogos a éste que se balancea bajo nuestros pies en el piélagos aéreo y a seres que estamos muy lejos de sospechar. Doquiera haya fuerza, doquiera que la materia inmensa halle en nuestro planeta o fuera de él un espacio para ser en él contenida, ella tendrá todo lo necesario para su servicio, y bajo múltiples formas, hará brotar la vida. Si el conjunto de los elementos es tal que, para ser enumerados, la vida entera de todos los seres resultaría harto corta, y si ha dotado a éstos la Naturaleza de facultades análogas a los principios creadores de nuestro globo, los elementos en las demás regiones de la tierra y del espacio han poblado el universo de seres inmortales, de mortales y de mundos.» (Libro II, v. 1.045 y 1.051.)

No sin motivo, pues, opté por abordar al estilo oriental este arduo tema planteado inocentemente por los chicos, porque conviene no olvidar que

en el número y magnitud de los astros que le embellecen, y después de millones de años conoceréis apenas algún rincón no más del vasto imperio de la Naturaleza... ¡Oh, cuánto se ha agigantado así la teoría a nuestros ojos!... ¡Si es verdad que nuestra alma se extiende con nuestras ideas y se asimila en algún modo los objetos con los que ella se compenetra, cuánto puede enorgullecerse el hombre de haber penetrado en estos misterios insondables!»

«—¡Enorgullecernos!, exclamé yo con sorpresa, y ¿de qué, respetable Kallias? Antes al contrario, mi espíritu cae anonadado ante esta inmensidad sin límites. Vos, yo y todos los hombres no somos sino ínfimos insectos, sumergidos en un océano inmenso, en el que los conquistadores no se distinguen de los demás sino porque agitan un poco más las aguas que les rodean. —A estas palabras el hierofante me miró con fijeza, y al par que me apretaba emotivamente la mano, me dijo: —¡Hijo mío, un insecto que entrevé el infinito, participa ya de la grandeza de ese mismo infinito que le cercala.

entre la manera de ensoñar acerca de esto media una diferencia enorme entre nuestros tiempos y los tiempos antiguos. Estos últimos tiempos han podido decir, por la pluma de Proclo en sus *Comentarios sobre el Timeo*, que «Dios alzó una tierra inmensa que los inmortales llamaron Selena (Helena) y los mortales Luna, tierra en la que se elevan gran número de montañas y ciudades análogas a las nuestras», mientras que los soñadores modernos, cual Flammarion, se han limitado a hablar de *otros habitantes inteligentes en los demás astros, haciendo caso omiso de los que existir deben*, pese a nuestra vanidad, a nuestro lado mismo, seres de los que acaso no estemos separados más que por esa tenue maraña del velo que llamamos nuestros sentidos, que ven en la dimensión tercera, pero no en la cuarta dimensión, Velo de Isis, por el pecado de Adán tendido sobre el Misterio que nos circunda.

En varios de nuestros trabajos nos hemos ocupado, en efecto, de la posibilidad veheméntísima de que puedan existir en nuestro derredor mismo, infinitos seres reales, aunque invisibles para nuestros sentidos, con tal que ellos para no ser percibidos, puedan vivir alejados lo bastante del campo de nuestra visión, o pasar ante nuestra retina con velocidad mayor de una décima de segundo, o tener un índice de refracción igual al del aire o al del agua, o, en fin, agitar al éter que nos cerca con vibraciones por debajo o por encima de las típicas de la luz, tales como las restantes vibraciones de la física en calor, electricidad, rayos x, etcétera, que nos son perfectamente invisibles, pues que un sér formado de un solo elemento, no de cuatro, como los seres minerales, vegetales y animales, sería siempre invisible, por ley física, en el seno de su elemento propio.

Mientras que astrónomos y filósofos occidentales, cual el autor de *Pluralidad de mundos habitados* o de *Los últimos días de un filósofo* han fantaseado, repetimos, con perfecta lógica científica acerca de las evidentes posibilidades de vida en los demás astros del cielo, basadas en los dos axiomas científicos de Lucrecio acerca de la unidad de la materia que demuestra el análisis espectral y de la fuerza y la vida que es su corolario otros hombres, más soñadores todavía, en el sentido en que toma al ensueño, el positivismo, es decir, más realistas, en verdad, y más adaptados a la veneranda tradición histórica, se han preocupado, por su parte, de recoger algo de lo muchísimo que acerca de las diversas posibilidades de vida más allá del alcance de nuestros sentidos ordinarios refieren las leyendas de todos los pueblos. Otros pensadores, en fin, lanzados por esa tenebrosa y difícil vía que se llama de *las Ciencias Ocultas* han ido aún más lejos, poniéndose, digámoslo así, al habla con esas múltiples realidades le-

gendarias—seres que se dice nos cercan invisibles—, sin evocaciones espiritistas ni cosa alguna que se le parezca, cuanto sin el vano aparato de las demostraciones científicas.

Con esta misma ingenuidad que no quiere emprender la tarea, hoy imposible, de convencer a la seca razón, sino de mover y vigorizar la facultad suprema del niño, que es la imaginación creadora..., creadora de todos sus futuros destinos en forma de vocación para el porvenir, comencé a narrar a mis chicos, como iba diciendo de mi cuento, no leyendas viejas y hermosísimas de *Las Mil y Una Noches*, sino leyendas de nuestros propios días, referidas por hombres que con ellas nos han puesto en un pavoroso conflicto moral, como lo es para todo investigador sincero, el de tener que tomarles a tales narradores por unos perfectos embusteros que nos quieren hacer pasar por realidades serias hechos que a duras penas podrían tener cabida en aquellos famosos cuentos indoárabes, o tener, por el contrario, que dar carta de naturaleza, en nuestros estudios de Occidente, a los hechos más extraños e increíbles; hechos que, con el mayor aplomo y las mayores protestas de seriedad, nos dicen haberles ocurrido a ellos mismos.

Como no era indiferente, en modo alguno, la elección de estos hechos, les conté a los chicos que a fines del siglo pasado y principios del actual, hubo en Norteamérica un hombre noble, veraz y pundonoroso, que se llamó el coronel Henry Steel Olcott, un yogi o un santo, fiel compañero de nuestra Maestra Helena Petrowna Blavatsky, y fundador, con ella, de la Sociedad Teosófica; un hombre que con sus dotes morales y dé inteligencia hubo de prestar en diferentes ocasiones difíciles y valiosos servicios a su país, entre ellos el de luchar bravamente por la causa de la libertad humana en la guerra de secesión; un hombre, en suma, al que varios de mis amigos más leales han conocido en sus numerosos viajes de propaganda teosófica gratuita por Europa y la India, y á quien unánimes han deputado como el prototipo de la veracidad y clásica seriedad anglosajona. Dicho caballero, ya fallecido (1907), fué autor de una obra curiosísima, titulada *Old diary leaves*, o *Páginas de un viejo diario*, en la que narró con sencillez y aplomo las mil peripecias por las que atravesara en sus comienzos aquella Sociedad, hoy esparcida por el mundo.

Toda persona de criterio librepensador o independiente debería leer dicha obra (1), pues no dejaría de quedar sorprendido ante el número y la

(1) La obra del coronel Olcott está vertida al castellano por nuestro amigo

magnitud de hechos tan extraños, y muchos perfectamente inexplicables, como saltan aquí y allá en sus páginas severas.

Concordando con la conversación y con el problema que hemos visto me planteasen los chicos, copiemos, para solaz del lector, unos trozos de la referida obra. Dichos trozos se refieren a los primeros días de la estancia de Olcott en la India, y dicen así:

«Madame Blavatsky y yo realizábamos juntos nuestra proyectada excursión a la ciudad santa... Varias personas en Benarés nos dieron noticia de los poderes milagrosos de Hassan Khan, a quien habían conocido personalmente. Un tal M. Shavier nos contó lo que sigue: Había puesto su reloj y su cadena en una cajita que fué encerrada en un cofre, en presencia de Hassan Khan, quien, al instante, los hizo aparecer en sus manos, habiéndolos obligado a pasar a través de la cajita y del cofre merced al poder de los elementales. Era dicho Hassan, de Haiderabad, en el Decan, y poseía el arte de su padre, que era un gran ocultista y que le había iniciado seriamente, con ceremonias mágicas, en la sublime ciencia. Había recibido así poder sobre siete *djinns* o *daimones familiares*, cual el de Numa o el de Sócrates, a condición rigurosa de llevar una vida moral y temperante. Sus pasiones le arrastraron, sin embargo, y los siete *djinns* (o *jinns*) escaparon uno tras otro a su dominio. Sólo le quedaba uno, y tenía gran temor de perderle también, como a los otros, tanto, que le era preciso esperar a que su espíritu estuviese bien dispuesto, cosa no siempre segura, de suerte que ya no podía producir, como antes, sus fenómenos a voluntad. M. Hogan, que le conoció personalmente, cuenta que presentía la aproximación de su genio, siempre que notaba que dejaba de respirar por una de sus narices. Sus pasionales excesos acabaron por degradarle moral y físicamente y hasta se dice que murió en la cárcel.»

«Pero aún hay más. M. Shavier me contó una singular historia que se diría sacada de *Las Mil y Una Noches*. Un sabio y pobre mulví vivía en *Gharipur*, hace algunos años, y, falto de recursos, tenía una escuela de niños. Entre sus alumnos se encontraba un chicuelo muy inteligente, respetuoso con su profesor a quien, de cuando en cuando, solía traer obsequios. Cierta día le trajo el chico al profesor una dulcera preciosa, de parte de su madre. El maestro le dijo entonces que desearía ofrecer sus respetos de gratitud a su familia, y el chico respondió que se lo diría a sus padres y le traería la respuesta. A la mañana siguiente, habiendo recibido una contesta-

D. Antonio López y López, y también al francés, bajo el título de *Historia auténtica de la Sociedad Teosófica*.

ción favorable, se vistió el maestro con sus mejores galas y acompañó al alumno hacia su casa. Este último salió de la ciudad guiando y caminó algún tiempo por la campiña, pero como, al cabo de mucho caminar, no se divisase casa alguna, el maestro comenzó a inquietarse y le pidió explicaciones al chico, quien le dijo que estaban llegando a su casa, pero que, antes de introducirle en ella, tenía un secreto que confiarle; es a saber, que él, el chico, era de la raza de los *djinns* (los *jinas* o *jainos*) y que iba a ser para el maestro un gran honor el ser recibido en la ciudad oculta de sus mayores. En el acto hizo jurar el chico a su maestro que por nada ni a nadie revelaría el camino que conducía hasta allí, porque si faltaba a su promesa quedaría irremisiblemente ciego. El mulví prestó el juramento pedido por su discípulo, y éste, levantando una tapa o piedra que había pasado inadvertida en el suelo hasta entonces, mostró una escalera que se internaba en las entrañas de la tierra y que conducía a la ciudad de los *djinns*. A los ojos del mulví todo era en ella semejante al mundo superior; calles, almancen, carruajes, danzas, músicas. El padre del chicuelo recibió cordialmente al invitado, y la intimidad, comenzada así, continuó por muchos años con gran satisfacción y provecho del profesor. Los amigos de éste se admiraban de su prosperidad y acabaron por persuadir al pobre badulaque del mulví a que les enseñase el camino que conducía a la ciudad misteriosa. Sin embargo, en el momento mismo en que el maestro iba a revelar el secreto, a pesar de su juramento, quedó repentinamente ciego. Esta ciudad subterránea de los *djinns* trae a la memoria el relato de Bulwer-Litton, en su *Raza Futura*, mostrando con ella un origen legendario común.»

Más adelante, el noble y verídico coronel Olcott relata también su expedición a Candaya o *Khandalh*, delicioso retiro-sanatorio en las montañas al norte de Bombay, y su visita a las famosas cuevas o templos hipogeos de Karli; en estos términos:

«Érase una noche de luna, infinitamente más maravillosa que las que en Europa conocemos: la atmósfera estaba dulce y en calma; sentíase el placer de vivir en medio de aquel ambiente de misterio. Nos acostamos, y a las cuatro de la mañana, después del baño y el café, partimos para Karli, donde llegamos a las diez de la mañana. No entra en mi plan el describir la imponente majestad del templo tallado en la roca y de las cámaras que le rodean, pues todo ello puede leerse en las guías al uso de los turistas. Me ocuparé tan sólo de las aventuras de nuestro pequeño grupo. La aldea vecina celebraba una fiesta de Rama. Fatigado por la ascensión y por el calor, peritramos en una de las grutas y nos recostamos sobre nuestras mantas. Sacamos luego el desayuno, aunque sintiendo vergüenza de satisfacer la

prosaica necesidad del estómago en un santuario donde, muchos siglos antes de nuestra era, millares de ascetas y de eremitas habían orado salmodiando los *slokas* y los *ghāthas* sagrados, unidos sus esfuerzos en la aspiración común de dominar su naturaleza animal y desarrollar sus poderes espirituales. La conversación recayó naturalmente acerca del noble problema del nacimiento, progreso y decadencia de la *Brahma Vidya*—la Ciencia Suprema—en la India y de nuestra esperanza en su renacimiento. Charlando así, pasó el tiempo y, como viésemos que eran las cinco, nuestro acompañante Mooljee y yo nos separamos de Blavatsky para instalarnos en la puerta y esperarla. No se veía asceta alguno en aquellos contornos, pero al cabo de diez minutos, llegó uno conduciendo *una vaca de cinco patas*: la extraña quinta pata del animal parecía salir como de su morrillo. Venía el asceta acompañado de un servidor; su fisonomía era dulce y bondadosa: llevaba largos sus negros cabellos, con la barba separada hacia el mentón, según el estilo rajaputano, con los extremos unidos con el cabello hacia detrás de las orejas. Su ropaje era el azafranado de su hermandad, y sobre su inteligente frente llevaba la «barra ceniza», el *vibhuti*, que caracteriza a los adoradores de Siva. Esperamos buenamente a que él se diese cuenta de nuestra presencia, pero viendo que no lo hacía, entablamos conversación. Entonces el asceta explicó su presencia en tales sitios, cuando él debía hallarse en el camino de Hardwar, merced a una orden de su *gurú* (maestro) recibida la víspera, que le había mandado estuviese a las cinco de aquel día en las grutas de Karli, donde hallaría a las personas que debía encontrar. Nada más se le había dicho, y pues que nosotros esperábamos, nosotros debíamos ser las personas que le había indicado su *gurú*, pero que él ningún encargo especial tenía para nosotros, al menos hasta aquel momento! A preguntas nuestras añadió que el *gurú* no le había hablado por sí propio, pero—como acabó por decir después de varias instancias y de un intervalo de silencio, durante el cual parecía escuchar a algún ser invisible—una voz había hablado a su oído, que era el modo ordinario que tenía de recibir sus órdenes de viaje.»

«No pudiendo sacar nada más del silencio del asceta, le abandonamos un momento, para volver junto a Blavatsky, y habiendo comunicado a Baburas, el criado, nuestra intención de pasar la noche en la colina, éste se fué con Mooljee en busca de un abrigo conveniente. La instalación se hizo en una de las grutas talladas para dormitorios a cierta distancia del templo perforado en la roca. El viejo arquitecto que ahuecase aquel recinto, había figurado como un pequeño pórtico con dos columnas a la entrada y tallado también en la roca seis pequeñas celdas, sin puerta, que

abocaban a una cámara central. A la izquierda del portal, un depósito ahuecado en la piedra, recibía el agua de un manantial deliciosamente puro y fresco. Blavatsky me dijo que desde una de sus celdas, una puerta y galerías secretas conducían a otras cavernas en el corazón de la montaña, y en cuyo interior subsistía todavía una escuela de Adeptos, cuya misma existencia era completamente ignorada para el público. Añadió que si yo alcanzaba a descubrir el sitio requerido, y a operar encima, de cierta manera, no se me impediría el paso más allá, promesa que no parecía ser demasiado comprometida, dadas las dificultades del problema. Sin embargo, ensayé, y como hubiese descubierto cierto sitio sospechoso, empecé a maniobrar, cuando Blavatsky me llamó de repente. El Adepto que después me escribió en Bhurtpur, me dijo que había dado con el sitio exacto y que si yo se me hubiese llamado en aquel instante, hubiese llegado a invadir prematuramente su retiro. Mas, como esto no es posible de probar, por el momento, pasaremos de largo.»

•Mooljee y la criada Baboula, habían ido a la aldea vecina a buscar provisiones, mientras que Blavatsky y yo permanecimos solos hablando y fumando en el pórtico. Ella me rogó entonces que me estuviese quieto algunos minutos y que no volviese la cara hasta que ella me lo dijese. Entonces entró rápidamente en la gruta, con intención, presumo, de realizar una operación aritmética como cabalística sobre el lecho de piedra del monje de antaño, mientras que yo continué fumando y mirando al paisaje que se extendía a mis pies como una inmensa carta geográfica, cuando, de repente, resonó en el interior de la gruta, un ruido como si una pesada puerta se cerrase con violencia, y, al par, estalló como una burlona carcajada. Instintivamente me volví, pero Blavatsky había desaparecido, pues que ella no estaba en ninguna de las celdas que hube de examinar cuidadosamente, sin que en mi reconocimiento pudiese advertir la menor señal de puerta alguna, ni nada visible a mis ojos, ni sensible a mi tacto que no fuese la roca viva. Estaba ya, sin embargo, demasiado familiarizado, desde larga fecha, con las rarezas y excentricidades psicológicas de Blavatsky, para preocuparme por mucho tiempo de tamaño misterio (1). Así, pues,

(1) Efectivamente que tenía motivos para estar curado de rarezas y hechos extraños el buen coronel, quien en páginas anteriores nos refiere este otro hecho, que por lo curioso transcribimos asimismo:

«El 29 de Marzo de 1878 comenzó una serie de acontecimientos extraordinarios, de los cuales, aparte de H. P. B. (*), fué nuestro amigo Mooljee Thack-

(*) Abreviaturas de Helena Petrovna Blavatsky, habitual entre los teosofistas.

volví a mi pipa, para aguardar tranquilamente los acontecimientos. Al cabo de media hora, escuché pasos detrás de mí y fui interpelado por Blavatsky en persona, con su voz habitual. Cuando la pregunté de dónde ve-

kersey el principal, sino el único testigo. Dicho día, H. P. B. dijo a Mooljee que le buscara un carruaje, y ambos partieron en él. H. P. B. se cuidó de no decirle adónde se encaminaban, rogándole simplemente que hiciese dirigirse al cochero a derecha o izquierda, según le fuese indicando por el camino. A vuelta de mil rodeos, ella dirigió nuestro paseo hasta llegar a una barriada de Bombay, distante ocho o diez millas, entre un bosque de coníferas. Las sendas y caminos se entrecruzaban por el bosque; pero H. P. B., sin titubear jamás, hizo llegar al cochero hasta la orilla del mar. En fin, con gran admiración de Mooljee llegaron hasta un recinto particular, con un magnífico jardín de rosas a la entrada y un hermoso hotelito con amplios balconajes en el fondo.

H. P. B. descendió del carruaje y dijo a Mooljee, que la esperase allí, sin intentar siquiera seguirla si estimaba en algo su propia vida. Esperó éste, pues, completamente embozado, porque aunque vecino de Bombay toda su vida, jamás habla oído hablar de semejante finca. Llamó a uno de los jardineros que cavocheaban las flores, pero no pudo sonsacarle nada referente al nombre del propietario, ni a la edad del edificio, ni, en fin, el tiempo que éste llevaba habitado, cosas todas bien de admirar tratándose de un indostano.

H. P. B. se había encaminado en derecha a la puerta donde un indostano corpulento y distinguido, completamente vestido de blanco, le había recibido con muestras de gran cordialidad, entrando ambos luego en el edificio. Al cabo de cierto tiempo, reaparecieron ambos; el misterioso desconocido le dijo adiós y le entregó un grueso ramo de rosas que uno de los jardineros había traído al efecto, y H. P. B., subiendo al coche, dió al cochero la orden de regresar. Todo cuanto Mooljee pudo sacar a H. P. B. fué que el desconocido era un ocultista con el que estaba relacionada y con el que había tenido que tratar varios asuntos aquel día. Las rosas eran para mí.

Lo más extraño de la historia era que desde nuestra llegada, hacía poco poco más de un mes, no era posible que H. P. B. conociese la barriada aquella, ni pudiese conducirse hasta allí, pues desde que estábamos en Bombay jamás había salido sola. Nosotros tampoco podíamos saber de tal hotelito, sino por Mooljee.

Este, en su extrañeza, refirió la historieta a sus amigos, y uno de ellos, que conocía perfectamente el paraje en cuestión, apostó cien rupias a que no existía semejante vivienda junto a la orilla del mar, y que Mooljee no sería capaz, por consiguiente, de conducir a nadie hasta tal edificio.

Cuando H. P. B. se enteró de la polémica, le aseguró a Mooljee que si apostaba perderla; pero éste, asegurando que se consideraba capaz de volver por los mismos sitios que la vez pasada, aceptó la propuesta, hizo venir en seguida un coche, y en él montamos los tres amigos. Después de una larga y tortuosa correría, llegamos al bosque bajo cuya sombra se suponía iba a encontrarse la misteriosa casita de campo.

ña, me dijo que, teniendo algo que tratar con N. (aquí el nombre del Adepto que, invisible, guiaba nuestra empresa), había ido a buscarle en su retiro secreto. Mientras hablaba así vi que tenía en la mano una vieja llave, llena de herrumbre, de un extraño dibujo, que había ella encontrado en

El suelo todo, sin embargo, estaba cubierto de hojarasca de pino y otras coníferas. Un gran número de caminos cruzaban en todas direcciones, y yo exclamaba a Mooljee que se esmerase bien en no extraviarse. Él no dudaba un momento de su éxito, a pesar de las travesuras de H. P. B., que le advertía sin cesar que iba a perder sus cien rupias. En efecto, durante una hora vagamos aquí y allá, a la ventura, bajando sin cesar del carruaje para tantear el terreno. En fin, en cierto momento en que acababa de asegurar que estábamos muy cerca de la casita de la playa, resonó el ruido de un tren, demostrando al pobre Mooljee, que estábamos precisamente en el lado contrario. Ofrecímosle nosotros que se tomase el tiempo que gustase; pero el desdichado amigo había caído en el desaliento más completo, de tal modo que regresamos a casa. H. P. B. nos dijo, sin embargo, que él habría hallado al fin el hotelito misterioso, sino se le hubiese echado un *encanto* sobre los ojos, y que además, tal vivienda, como todos los restantes lugares habitados por los Adeptos, estaban constantemente protegidos contra las intrusiones por un círculo de ilusionismos y guardado por servidores elementales potentes. Semejante recinto estaba encomendado a la custodia de un agente de confianza y servía de tiempo en tiempo para lugar de cita o de descanso a los Maestros de ocultismo y sus discípulos en viaje. Añadió también H. P. B. que las antiquísimas bibliotecas subterráneas y sus inmensos tesoros esperaban pacientemente a que su karma o destino les hiciese reaparecer para servir de nuevo, y que estaban puestos entretanto al abrigo de las curiosidades de los profanos por imágenes ilusorias de rocas, de planicies unidas, de abismos espantosos y otros obstáculos que extraviasen o alejasen a cuantos pretendiesen acercarse, pero cuyo *maya* se disipa cuando aparece aquel que está predestinado para su descubrimiento.

Todo esto se acompaña bien con las infinitas leyendas del *folk-lore*, y cuando uno ha visto los numerosos casos de inhibición hipnótica que se observan a diario en los hospitales y clínicas modernas, no hay repugnancia en aceptar estas historias de los círculos o cinturones de ilusiones. El diablo no está considerado como el único hipnotizador de la Humanidad, y Charcot, Liébault, de Rochas y otros nos han demostrado que los ajenos relatos de hechicería y de magia no están desprovistos de verosimilitud científica. En todo caso, doy esta anécdota, valga por lo que valiera, como siempre que no he sido testigo ocular. En tales casos, digo lo que debo decir, dejando libre al público de creerme o no, cosa que me tiene muy sin cuidado. Sin embargo, si se desea saber mi opinión personal, diré que para mí es probablemente verdadera la historia del *bangalow*, pues, según he contado en precedente capítulo, fuimos visitados por varios de estos Adeptos en nuestra vivienda de Girgaum.

uno de los pasadizos secretos, y guardado sin saber por qué. No quiso dármele, sino que la arrojó al aire con toda su fuerza y yo la vi caer en un materral allá abajo, en la pendiente. Me cuidaré muy bien de proponer explicación alguna sobre estos incidentes, dejando a cada lector que se forje la suya; pero para prevenir la objeción que surgirá en la mente de ciertos espíritus, convengo en que todo pueda ser explicado por sugestión hipnótica, salvo lo de la llave roñosa. El ruido de la puerta al cerrarse, la carcajada burlona, la desaparición y retorno de Blavatsky, pueden contarse con cargo a la *maya hipnótica* de que ella me hubiese hecho víctima. Pudo muy bien entonces atravesar el pórtico a mi lado, salir y entrar ante mis ojos, sin que lo hubiese advertido, teorías todas que parecerán harto pobres a cualquiera que haya sido una sola vez discípulo de cualquier adepto de la magia oriental. El laumaturgo bien al corriente de la ciencia oculta, puede *hacer creer* que él (o, mejor dicho, su cuerpo físico) desaparece o aparece tomando una forma cualquiera; puede hacer visible su cuerpo astral y puede, en fin, darle una forma proteica. En tales casos los resultados se deben a una alucinación magnética de todos los asistentes, simultáneamente impresionados. Semejante alucinación es tan perfecta, que el sujeto juraría por su vida ser real cuanto haya visto, siendo así que ello no es en realidad otra cosa que una imagen de su propio espíritu, producida en su conciencia por la voluntad irresistible del magnetizador.»

Cuanto antecede tiene estrecha conexión con otra leyenda andina que nos contó en Mendoza (Argentina) nuestro amigo francés J. Lesclause. La transcribimos según se publicó en el semanario chileno *Luz Astral*, de Valparaiso, respetando, para conservar su frescura, alguno que otro americanismo. Dice así:

«El último del año de 1909 fué fecundo en propaganda teosófica en la hermosa ciudad andina.

«Por las tardes, el Sr. Honorio Barraquero ponía a nuestra disposición un *landeau* para que nuestro huésped y apóstol, Roso de Luna, visitase lo que tiene de bello esa perla andina de Mendoza, en la República Argentina. Iba con nosotros el juez, Sr. Civil, que se habla enamorado de la nueva doctrina, el Sr. Funes y el doctor Pavonez.

«Después de visitar el Parque, nos detuvimos en el Bar del *Bols de Boulogne Merlotcino*. Entre sorbos de refresco, manifestaba nuestro huésped su admiración al contemplar la majestad de la cordillera de los Andes, mientras que yo me esforzaba en explicar al señor juez el valor transcendental de la Filosofía de Oriente, exponiéndole la teoría del más allá por el hiperespacio y explicándole la cuarta dimensión.

•No sé por qué la conversación vino a girar sobre las probabilidades de tesoros fabulosos, escondidos por el tiempo, *à grand cacheur*, y por el hombre. El juez Civit contó entonces la interesante historia de una criada anciana, que pasó su vida al servicio de la casa paterna del mismo, legando a este señor el plan de un tesoro escondido por el padre de la anciana sirvienta. El relato pintoresco del tesoro tenía algo de parecido al del legado que hizo el abate Faria a Edmundo Dantés en la conocida obra de Dumas. Al manifestarnos sus pesquisas infructuosas en el terreno indicado por la sirvienta, dió el Sr. Civit por terminado su relato.

•Yo me había quedado sumergido como en éxtasis durante la narración. Al final de él, dije que yo también podía contar mi leyenda, y mientras todos se acomodaban en sus sillones de mimbre, comencé mi narración así:

•—Era en el invierno de 1907, cuando trabé relaciones con un minero que había sepultado un patrimonio en una vieja mina abandonada por los indios en la región «Cuenca del Uspallata». Santiago Gallo, que así se llamaba el minero, halló en el espiritismo, o sea en la parte moral de su doctrina, un consuelo para sus amarguras adquiridas en las empresas mineras.

•Yo necesitaba un dato que sólo el Sr. Gallo podía informar, pues un día llegaron a mi casa dos ancianos, quienes me preguntaron si yo tenía a mi disposición un sujeto sensitivo capaz de hallar el lugar de un tesoro escondido, que consistía en unos sacos de cuero llenos de oro, enterrados en el período colonial. Efectivamente, yo poseía en este tiempo a varios *mediums* para mis investigaciones psíquicas, prácticas que he abandonado para siempre por razones que no es del caso enumerar aquí.

•La empresa consistía en que esos señores, que yo no conocía ni de vista, sufragaban los gastos de la expedición, aportando dos mil pesos en efectivo, doce mulas mansas, tres carabinas, revólveres, cuchillos, en fin, todo lo necesario para disfrazarnos de *brigantes*. Consentí en ir, con la condición de que no se me ofreciera parte alguna del botín; pero que si querían legar algo a mi «Biblioteca y Centro Espiritualista», yo aceptaba cualquier cantidad. Todo fué aceptado, y marché a ver a mi amigo Gallo, quien me entusiasmó en la empresa, haciéndome el relato siguiente:

•—Tengo seguridad de que en toda la región andina hay tesoros. Los antiguos decían que donde hay ruidos, luces y quejidos extraños, allí hay plata, oro o muertos sepultados.

•Yo he visto—decla el Sr. Gallo—una vaca o vera pasar todas las tardes a la misma hora y a cien metros del campamento minero, y desapare-

cer en cualquier accidente del terreno cuando yo mandaba a mi gente provista de cuerdas para enlazarla; cuando llegaba, se anunciaba siempre por sus bramidos. Yo, con mi gente, que éramos más de cuarenta personas, hemos oído también el canto de un *payador* fantástico, quien, guitarra en mano, venía a turbar el silencio de nuestro imperio minero con sus coplas criollas, llenando el valle entero del eco de sus cantos. Hemos sido apedreados también durante el sueño por seres invisibles; hemos oído durante el imponente silencio de la noche mineros fantásticos trabajar en la mina, manejar los instrumentos, haciendo crujir los maderos, chillar las roldanas y las poleas y silbar al uso de los capataces. Hemos oído en esas regiones desoladas, donde el vecino más cercano vive a cuarenta leguas, el galope de un corcel lanzado en una carrera vertiginosa sobre los picachos inaccesibles de la montaña y el ruido formidable que puede producir un arreo de diez mil vacas durante la noche silenciosa.

»Todo lo que cuento es auténtico—concluyó mi interlocutor—, y aleje de su mente la idea de atribuirlo a una sugestión, que no podía impresionar con la misma modalidad a cuarenta personas a un tiempo. Por ello es por lo que creo que los bosques, los mares y las montañas están poblados de espíritus.

»Regresé a mi casa, donde mi esposa me esperaba con una tenaz oposición respecto a la proyectada aventura, y no pude aquella noche dormir. Los gallos de mi casa, cual relojes vivientes, anunciaban las tres de la mañana, cuando me eché de la cama como impulsado por el Misterio. Me dirigí a la biblioteca y, a la luz de mi velador, saqué de un estante un libro comprado en París como rarísimo, cuyo título no me es permitido revelar, pero que es algo así como *Le livre des sciences maudites*. Abrí el libro, y la casualidad o, mejor dicho, la *causalidad* quiso que se abriera sobre el capítulo «de los tesoros escondidos», el cual decía: «Peligro inminente de muerte para aquel que desentierra tesoros sin tener la clave y la fórmula cabalística para someter a las potencias elementales, que son los guardianes celosísimos de estas riquezas.» ¡Hola!, me dije, ¿será necesario que yo pacte con los elementales para sacar un tesoro para otro, y me convierta en mago negro?...

»Vinieron los dos desconocidos, y pueden ustedes figurarse lo que contesté. Quince días más tarde recibí la visita del hijo de mi amigo Gallo. Venía con malas noticias: su padre estaba enfermo de pulmonía. Acudí presuroso a su llamada. El enfermo no parecía tan grave como lo estaba. Por la tarde le recordé su promesa, e insistí en que me contase el famoso relato prometido, a lo cual accedió gustoso. He lo aquí:

» EN LA TIERRA DE LOS ENCANTOS

»El protagonista de esa maravillosa aventura es—dijo el Sr. Gallo—un muchacho que pasó toda su vida en las minas, como que era hijo de minero. Bracamonte, que así se llamaba el héroe de este relato trágico, era chileno y de veintidós años de edad, de raza araucana y española, con una hermosa fisonomía donde se leía una gran dulzura.

»Nuestro hombrecito había llegado a nuestra mina en pos de trabajo y de procedencia desconocida. Su carácter suave me captó y le hacía dormir en mi carpa. Por este tiempo yo leía algo de espiritismo, y Bracamonte se manifestaba siempre deseoso de oírme comentar mi lectura. Él creía en los espíritus; decía que iba con ellos durante el sueño y lamentaba no saber leer y escribir para estudiar también.

»Un domingo, casi al crepúsculo, nuestro héroe se había distanciado del campamento, escurriéndose mientras los mineros mataban ese día de descanso con juegos de brochas y de tabas; un minero, que no participaba de los juegos, se lanzó en la misma dirección, volviendo ambos, noche cerrada, con un haz de leña. Los acontecimientos que sucedieron después me dieron a entender que el minero, que salió detrás del muchacho sin plan determinado, había hecho fracasar la salida furtiva de éste.

»El domingo siguiente, a las tres de la tarde, salió de nuevo Bracamonte, armado de una barreta, en busca de leña... Pero, ¿quién iba a pensar que nuestro muchacho era un moderno Aladino? Regresó de noche obscura llevando en su semblante señales de una profunda emoción que sólo yo noté. No tenía intención cual palomero saltadulero al palomar sin ser, creo, percibido por los compañeros, y se desvistió rápidamente. Estaba yo sentado de cara hacia él, cuando de su chaquetita, arrojada sobre un banco, vi escaparse una lluvia metálica. Fijé la vista: el ruido procedía del bolsillo, que vomitaba una cascada de oro. Un johl de estupor se escapó de mis labios. El muchacho se había incorporado y me miraba con una sonrisa infantil; poco trabajo me costó el que Bracamonte me contara la proveniencia de tanto oro.

»—El domingo pasado—dijo—una fuerza irresistible me hizo salir del campamento hacia la quebrada, pero como Juan me seguía, la fuerza me abandonó, y entonces regresamos juntos al campamento; hoy la misma fuerza se hizo sentir en mí, y me fué bien en mi paseo obligado. A poco de andar, me encontré con un viejito, pero muy viejito, que apenas podía caminar, quien, al cruzarme, me echó una mirada extraña. Di vuel-

la a la cabeza para mirar de nuevo al anciano, y él estaba parado a unos cuantos metros de mí, todo diferente de cuando lo vi al confrontarle; ahora era un anciano más alto y con indumentaria diferente, de cara bondadosa y con barba larguísima y blanca.

»—Ven, me dijo. Tú eras mi hijo predilecto; soy tu padre, que jamás conociste.—El tono de su voz me cautivó; me acerqué sin la menor desconfianza, pues yo le quería, sin acertar a comprender cómo y por qué.—Quiero—añadió el anciano—que seas rico. Dejarás de ser minero; bastante has sufrido.

»Hizome señas de que me incorporara, pues me había sentado para oírle mejor. Me llevó silencioso a una quebrada algo apartada del radio frecuentado, y acercándose a unas piedras enormes —¿Quieres oro?—me dijo.— ¡Sí!—contesté con un signo afirmativo. El viejo ladeó una gran piedra, como si la piedra hubiera girado sobre su eje. —¡Toma oro!—añadió, señalándome una fuente que manaba el precioso metal. Febrilmente llené los bolsillos de mi chaquetilla. —Cuando vendas esa cantidad y necesites más, puedes venir a esa fuente cuyo orificio está cerrado para todos menos para ti—terminó el anciano—. Si vienes solo, esa piedra se convertirá en obediente esclava tuya, pero si vinieses aquí con profanos...

»—¿Te amenazó, acaso?—le pregunté, intrigadísimo por lo fantástico del relato, el cual tenía que ser real, puesto que el oro yacía sobre el pavimento como un testimonio incontestable.—. Puesto que no te ha amenazado, ni claramente prohibido, yo creo que el viejo no se enojará si vamos los dos. Soy espiritista, como lo sabes, y algo más somos en comparación a los demás mortales, respecto a simpatías con el mundo oculto.

»Bracamonte no manifestó disconformidad con mi propuesta. —Para el domingo que viene iremos—me dijo el muchacho—. Apagué la luz, ¡pues, era tarde, y nos dormimos. Ningún incidente ocurrió hasta entonces. En fin, llegó el tan deseado domingo y a las dos *post-meridiam*, armados ambos de nuestras palancas, nos encaminamos. Bracamonte abrió la marcha.

»—Este es el lugar donde está la fuente de oro—dijo mi compañero, llegando a cierto sitio. En efecto: hicimos una investigación minuciosa del terreno, y encontramos una barreta o palanca enterrada entre dos piedras, a cuya extremidad estaba atado un manojo de hierbas.

»—Y eso, ¿qué significa?

»—Fui yo quien lo coloqué para no perder el sitio—dijo el nuevo Aladino—¡Qué curioso es esto, señor; no encuentro la fuente! ¡Sin embargo, las piedras son las mismísimas entre las cuales clavé la barreta, cuyo lugar no distaba más de cuatro metros de la fuente de oro!

«Dimos un rápido recorrido al terreno. Mi compañero me decía que todo el lugar había cambiado de aspecto, menos las dos piedras que seguían estrechando la barreta, la cual se parecía a un jalón de geómetra; éste, a su vez, pareció tomar una nueva modalidad en su forma, y no sé por qué un rápido estremecimiento recorrió mi epidermis. Miré de nuevo al jalón, el cual parecía convertirse en «un espectro del umbral», algo como un guardián implacable e incorruptible que cuida del tesoro de su amo. Bracamonte miró a su vez y palideció.

«Emprendimos el camino del regreso, silenciosos llegamos al campamento; el sol iluminaba aun con sus últimos fulgores el imponente país encantado.

«—No iré más; vele el domingo solo y no lleses más a nadie...; es peligroso—manifesté a Bracamonte. Cenamos y nos acostamos acobardados, como niños asustados por *el coco*.

«Bracamonte salió el domingo siguiente, ganando un bajo fondo para escapar a las posibles indiscreciones de algún minero. El viejo le esperaba sentado, haciendo garrapatos con su dedo en el suelo pedregoso.

«—Hacia rato que le esperaba—dijo el anciano—. Vamos: te haré ver la entrada de mi palacio, para que lleses a pasear en él a los profanos, como hiciste con la fuente de oro. ¡Imprudente!, si no sabes callar, morirás...

«Llevóme en seguida en zis-zas a través del terreno montañoso; nos detuvimos delante de una inmensa quebrada cortada a pico, que figuraba una muralla gigantesca. Apartóse el viejo unos pasos de mí, señalándome una dirección opuesta. Un bramido espantoso salió como del centro de la montaña; dime vuelta instintivamente hacia el murallón, y una exclamación de estupor se heló en mis labios. La muralla ostentaba en su base un grandioso portal de bronce, que se abrió a un gesto del anciano; las puertas giraron sobre sus goznes con un ruido sordo, y el viejo me señaló la entrada, en la cual penetramos ambos. Nos encontramos en un vasta galería tapizada de pinturas y de relieves, tal como no pude soñar nunca—. Así se expresó el muchacho, queriendo darme en su tosco lenguaje infantil una descripción que recuerda las del Dante en su *Divina Comedia* y la de George Sand en su incomparable *Speridion*.

«—Por ahora, le habla dicho, en fin, el anciano al chico, no puedes ver más hasta que seas tan fuerte como el silencio que debe encarnarse en ti. ¡Vencerás o perecerás!

«*Eplogo*: La narración estupenda que me hizo Santiago Gallo, y la violación del secreto, trajeron sus frutos. A los pocos días falleció Bracamonte, el joven protagonista de esta extraña historia, fulminado por una aneu-

risma. A los tres días de haberme contado dicha historia dejó de existir Santiago Gallo, en su fundo de Palmira... Falta ahora que el castigo alcance también al delator de este terrible secreto que no fué mío...» *Firmado: J. P. Lesclause.*»

Por maravilloso y hasta extravagante que esto pueda parecer a nuestros lectores, hay que convenir en que la creencia en un mundo espiritual lleno de seres invisibles, pero que en ocasiones se pueden mostrar a los mortales, es universal. «Según las creencias de las naciones del Asia central —hace notar I. J. Schmidt en sus *Viajes*—, la Tierra y sus entrañas, así como la atmósfera que la rodea, están llenas de seres *espirituales* que ejercen una influencia en parte benéfica y en parte maléfica sobre toda la naturaleza orgánica e inorgánica. Los desiertos y otras salvajes y deshabitadas comarcas, en las que las influencias de la Naturaleza se despliegan de una manera terrible y gigantesca, son considerados como la principal mansión o punto de cita de los malos espíritus. De ahí que las estepas del Turán, y en particular el gran desierto arenoso del Gobi, hayan sido considerados como punto de residencia de seres maléficos desde la más remota antigüedad.»

«Marco Polo, dice Blavatsky, más de una vez hace mención, en su curioso *Viaje*, de estos engañosos «espíritus de la Naturaleza», que moran en los desiertos. Durante siglos, y especialmente en el pasado, sus extrañas narraciones han sido desechadas por completo como ficciones de novela. En su propio lecho de muerte, Marco Polo fué violentamente incitado a retractarse de sus pretendidas «falsedades», pero él juró solemnemente que, no solamente era verdad cuanto había dicho, sino que «no había revelado más que *la mitad* de lo que realmente había visto». No queda ya hoy la menor duda acerca de su veracidad desde que han aparecido las ediciones de Marsden y del coronel Jule. El público es deudor de gratitud, especialmente a este último, por presentar tantas autoridades que corroboran el testimonio de Marco Polo, y explicar algunos de los fenómenos de éste de un modo natural, poniendo, además, fuera de duda que el gran viajero era, no sólo un escritor veraz, sino un extraordinario observador. Defendiendo ardientemente a su autor, Jule concluye diciendo: «Es más: los dos años últimos han hecho brotar una esperanza de luz, hasta en aquello que parecía *más extravagante* en las historias de Marco, y los huesos de un verdadero *Roc* de Nueva Zelanda están sobre la mesa del profesor Owen. Habiendo sido ya identificada la monstruosa ave de *Las Mil y Una Noches*, a la cual Webster da el nombre de Ruc (o Roc), lo que ahora hace falta es *descubrir* y reconocer que la mágica lámpara de Aladino tiene también ciertas pretensiones a la realidad.»

Describiendo su paso a través del gran desierto de Lop, Marco Polo habla de una cosa maravillosa: «y es que cuando los viajeros están en movimiento durante la noche... oyen hablar a los espíritus. Algunas veces los espíritus los llaman por su nombre... y hasta durante el día oye uno hablar a estos espíritus; otras, se oyen sonidos musicales y, más comúnmente, el ruido de tambores.»

En sus notas, el traductor cita al historiador chino Matwanhin, el cual confirma que «Al cruzar este desierto, oiréis sonidos, dice, que unas veces remedan cantos y otras gemidos. Con frecuencia ha acaecido que algunos viajeros, yendo a ver qué eran estos sonidos, se han extraviado por completo, porque tales voces eran de espíritus y duendes.» Estos duendes, si bien, a lo que parece, es aquel su sitio predilecto, *el miedo que causa el vasto y solitario desierto los reúne en todos los parajes semejantes.*»

El coronel Jule hubiera hecho muy bien en considerar la posibilidad de que se originasen serias consecuencias por la aceptación de su teoría. Si admitimos que los misteriosos gritos del Gobbi son debidos al «miedo inspirado por el vasto y solitario desierto», ¿por qué deben tener títulos para una mayor consideración los duendes del Gadarenes (Lucas, VIII, 29), y por qué no podría Jesús haberse engañado a sí mismo en cuanto a su tan objetivo tentador durante los cuarenta días de prueba en el «desierto»? Estamos dispuestos a admitir o a desechar la teoría de Jule, pero insistiremos en su aplicación imparcial a todos los casos. Plinio habla de los fantasmas que aparecen y se desvanecen en los desiertos de Africa (1). Etico, el primer cosmógrafo cristiano, menciona, aunque sin darlas crédito, las historias que se referían acerca de las canciones y jaranas del desierto; y Mañudi nos habla de los *gulas*, que en los desiertos se aparecen a los viajeros en las horas solitarias de la noche, y también de Apolonio de Tiana y de sus compañeros, quienes, en un desierto próximo al Indo, vieron a la luz de la luna a una *empusa* o *gula* que tomaba múltiples formas (2)... Ellos la ultrajaron, y escapó prorrumpiendo en gritos chillones (3). Ibu Baluta refiere una leyenda parecida respecto al Sahara occidental: «si el mensajero está solo, los demonios juegan con él y le fascinan, para que se extravié y perezca (4). Ahora bien, si todas estas cuestiones son susceptibles «de una explicación racional» (5), de la cual no du-

(1) Plinio, VII, 2.

(2) Estos *empusa* dieron lugar entre los griegos al hermoso mito de *Proteo*.

(3) Filostrato, II, cap. IV y libro IV, pág. 382.

(4) Libro de Ser Marco Polo, vol. I, pág. 206.

(5) Un tratado entero está por escribir acerca de estos problemas y de la

damos en la mayoría de los casos, entonces los diablos *bíblicos* del desierto no merecen ya ninguna consideración, puesto que también se les ha de aplicar la misma regla. Ellos son igualmente producto del terror, de la imaginación y de la *superstición*; por consiguiente, las narraciones de la Biblia deben ser falsas; y si uno solo de sus versículos es falso, todo lo restante pierde mucho del derecho que pueda tener a ser considerado como revelación *divina*. Una vez admitido esto, toda la colección de documentos llamados canónicos, queda tan sujeta a crítica, por lo menos, como cualquier otro libro de cuentos.»

«Existen muchos lugares en el mundo, termina Blavatsky, donde los más extraños fenómenos se han venido a atribuir a causas físicas naturales. En California meridional existen ciertos sitios a orillas del mar en los cuales la arena, al ser removida, produce un fuerte y armonioso campaneó, conocido con el nombre de «arena musical»; y se supone que es de naturaleza eléctrica. «El sonido de instrumento musical, dice Marco Polo, principalmente de tambores, es fenómeno de otra clase y realmente es producido por la agitación de los montículos de arena cuando ella es removida por los vientos.» El editor de la obra del gran viajero veneciano añade que «una relación muy sorprendente de un fenómeno de esta especie, *considerado como sobrenatural*, hace fray Odoric, fenómeno lo cual también yo he experimentado en el Reg' Buwán o arena movediza del norte Kabul. Aparte de este clásico ejemplo, he observado el igualmente famoso de los *Jibal Nakics* o Monte de la Campana, en el desierto del Sinaí (1)... Gibalul-Thabul o Monte de los tambores. Una narración china del siglo X menciona este fenómeno como una cosa conocida existente cerca de Kwachan, en el límite oriental del de Lop, con el nombre de «arenas cantantes». (2).

No podrán quejarse nuestros lectores, después de los curiosos relatos transcritos, de que falten datos para saber que alrededor de nosotros, en nuestro mismo planeta, pasan cosas muy extrañas a ciertos hombres ultrasensitivos en sus percepciones, y lo bastante ingenuos además para transmitirnos tal como ellas fuesen, sin temor al ridículo o a que se les tache

explicación de su *explicación* física. Los físicos se contentan, en verdad, con muy poca cosa.

(1) A esta clase de fenómenos hay que referir también los bramidos y detonaciones de los lagos de montaña, como el de Baccara, en el Muley Hacén de Granada, el de Peña-Lara en Guadarrama y el de la Laguna de Oredos, etc., cuando va a cambiar el tiempo.

(2) Remusat, *Historie de Khotan. Isis sin velo*, t. I, pág. 746 de la primera edición española.

de embaucadores. No tenemos, pues, por el momento al menos, que ensoñar con el gran Flammarión acerca de los habitantes posibles de otros astros, ya que tanto y tan sorprendente parece existir en nuestra misma Tierra. El capítulo actual nos deja planteados, en efecto, problemas inauditos que puntalizaremos así:

¿Qué tesoros son éstos, de los que tan repetidamente se nos habla y que tan seductores se nos presentan a nuestras modernas ansias hacia el *Oro, Rey del Mundo*?

¿Qué clases de seres son estos caballeros llamados *djinns* o *jinns*, *afrites*, *gulas*, *empusas*, etc., que parecen habitar todo despoblado, y hasta en las mismas entrañas de la tierra, seres poseedores de esa *cuarta dimensión etérea o astral* que a nosotros nos falta, y cuyas frecuentes relaciones entre ellos y nosotros, nos están tan sabia como terminantemente prohibidas por las religiones? ¿Tienen ellos mucho que ver con los famosos *Incubos* y *súcubos* de nuestros ensueños peligrosos, malditos en todas las literaturas eclesiásticas?

¿Qué clase de ser es también esa endiablada *vaca overa de las cinco patas* que Olcott vió en el hipogeo de Karli; que el minero Gallo vió en *Los Andes* y que otros más han visto asimismo en muchos otros sitios y de la que ya hemos hablado algo en el tomo anterior de esta BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS relacionándola con el origen nada menos que de los Vaqueiros de Alzada asturianos? (1).

¿Qué losas o piedras misteriosas son esas losas con las que tropieza Aladino antes de hallar el subterráneo encantado, el subterráneo de la *Idm-para maravillosa*; que remueve para salir al mundo de los vivos *Juanillo el Oso*, ese Sigfredo-Hércules extremeño, y que levanta y deja suspendido en el aire a la altura de su cabeza el esforzado doncel de Lanzarote del Lago, el héroe de la *Bestia Bramadora*? ¿Tiene algo que ver con ella la *Piedra, Pélera* o *Petra* de los hierofantes en la Iniciación; la *Piedra Cúbica* o *Piedra Maestra* de la Masonería Universal, tanto blanca como negra; la *Lia-Fail* o *Piedra del Destino*, que se conserva en la Abadía de Westminster como asiento del legendario trono de los monarcas ingleses y tantas y tan maravillosas *Piedras Oscilantes*, como las del *Tandil* en la Argentina, la de Montánchez, en Extremadura, la de Stonehenge, etc., etc., en el resto del mundo?

Esto y muchas otras cosas más, serán objeto de los siguientes capítulos,

(1) *El Tesoro de los lagos de Somiedo*, Parte 1.ª, capítulos IV y VII y Parte 4.ª, capítulos VII y VIII.

en los que si el lector exigente no hallará quizá ciencia al uso, podrá encontrar, al menos, un raudal inagotable de poesía, don más precioso para nuestro feliz vivir, que la ciencia misma, para acabar diciendo con Cicerón, cuando cita en el libro II *De Natura Deorum* una descripción de Aristóteles, de precioso sentido ocultista, que dice así: «Si hubiese algunos hombres que bajo la tierra siempre habitasen en sumptuosas y resplandecientes moradas, decoradas con trofeos y pinturas y provistas de todas aquellas cosas que poseen las personas a quienes consideramos felices que no hubiesen estado nunca en la tierra; que hubiesen oído existía cierto espíritu y fuerza de los dioses; que después, transcurrido algún tiempo, abiertas las entrañas de la tierra pudiesen salir de aquellas escondidas viviendas al suelo que habitamos; cuando súbitamente vieses el mar, el cielo y la tierra; conociesen la grandeza de las nubes y la fuerza del viento; considerasen el sol, su magnificencia, hermosura y provecho porque hace el día, difundiendo su luz por todo el ámbito; cuando la noche obscureciese la tierra y mirasen al cielo, claro y ornado con astros, la variedad de luces de la luna, sus crecientes y menguantes, las auroras y puestas de todos, su permanencia en el tiempo, la inmutabilidad de sus órbitas; cuando vieses estas cosas, digo, habrían de juzgar que existían dioses y que eran éstas sus grandes obras.» (Pág. 129, párrafo XXXVII, hasta el fin, desde *Si essent inquit ad esse arbitrentur*, lib. II, obra de Cicerón, t. IV. Paris, MDCCCLIX; edit., Nisard.)—(Bib. del Ateneo.)

CAPÍTULO II

LA PIEDRA CÚBICA

El pórtico de la Magia y del Ensueño.—*Las Mil y Una Noches* y el subterráneo de Aladino.—Su Lámpara y su Anillo.—Ábrete, Sésamo.—La Piedra del tesoro de los Incas.—La leyenda de la esposa de Atahualpa.—Misterios del Perú y de Bolivia.—Pesquisas modernas sobre el tesoro de El Cuzco.—Cavernas históricas.—La Piedra del Destino.—El Áncora de la Vida.—La Piedra del Karma.—El Tentador y sus piedras.—Padres y Pitris.—Las promesas del Sendero.

En el capítulo anterior, entre mil cosas extrañas que parecen rebasar los moldes de nuestros conocimientos ordinarios para entrar de lleno en ese mundo, sin límites conocidos, del Ensueño y de la Magia, lo primero que sale al paso al sereno investigador es el problema acerca de cierta famosa *pedra*, inadvertida para los ojos del profano y que parece servir de *puerta* y de *barrera* a ese mundo *supernudal* o *superliminal* de tantas leyendas maravillosas.

Al mulji del relato primero de Olcott, en efecto, le lleva su joven acompañante, como vimos, por una dilatada llanura y, luego que le exige el previo juramento de que guardará secreto acerca de cuanto va a ver so pena de quedar, de lo contrario, ciego, remueve mágicamente sobre sus cimientos una *pedra* o *losa*, inadvertida hasta entonces, la cual *pedra* deja así franca y expedita la entrada al pasadizo subterráneo que conduce al mundo oculto de los *jinás*, donde el pobre maestro de escuela se ve sorprendido con la no sospechada existencia de todo un mundo subhumano, con gentes, casas, calles, etc., que él, como nosotros, estaba muy lejos de imaginar...

Al propio coronel Olcott, en su segundo relato, le intriga la maravillosa H. P. Blavatsky, con vagas indicaciones relativas a criptas secretas del

hipogeo de Karli, donde dice hallarse, ajena por completo al acceso y a la vana curiosidad de los mortales, toda una Fraternidad Iniciática, presidida por el Mahatma N., y hasta le llega a hacer ciertas alusiones acerca de la posibilidad de que un hombre como él alcance a penetrar en el secreto recinto si logra antes encontrar el invisible resorte de la roca que cierra la entrada que a él conduce, recinto en el cual, pocos minutos después, penetra Blavatsky, oyéndose detrás de ella, al desaparecer, algo así como el rudo golpe de una *puerta* que se cierra, en medio de las burlonas carcajadas no sabemos de quién.

A su vez, el pobre chicuelo Bracamonte, del interesante relato andino de Santiago Gallo, cuando recorre las solitarias quebradas vecinas de la mina en cuestión, su anciano y misterioso acompañante le franquea la entrada de un verdadero palacio encantado, lleno de tesoros efectivos, cuanto de preciosidades artísticas, pero no sin antes remover sus misteriosos goznes una enorme roca, invisible para los mortales en aquellos precipicios cortados a pico.

Las curiosas coincidencias acerca del problema no paran, por cierto, aquí, sino que continúan de un modo tan chocante como indefinido y por vías tan diferentes, que son capaces de intrigar en grado sumo a los pensadores más sensatos y a la más imparcial de las críticas.

Por de pronto, en la leyenda oriental, parsi y árabe, el caso se multiplica hasta lo infinito. Echemos una ojeada sobre ello transcribiendo algunos relatos concordantes: El primero y más conocido es, sin duda, el famoso cuento de Aladino, que ya corriera por España muy probablemente desde la época del califato cordobés, en que las leyendas orientales de *Las Mil y Una Noches*, pasadas de la India a Persia y de ésta al califato Omeya de Damasco, vinieran de los omeyas orientales a los Abderramanes españoles. Nuestros más antiguos Pliegos de Cordel, bien conocidos y aprovechados por Cervantes y por tantos otros escritores de nuestro siglo de oro, eran restos, en parte tradicionales y en parte escriturarios, de semejantes leyendas, que hoy retornan a nuestros eruditos como traducciones alemanas, inglesas y francesas, traducciones, ¡ay!, que siglos ha se tenían directas y fidedignas del árabe al castellano.

Esto nos obliga, ante todo, a hablar de *Las Mil y Una Noches*, donde tan frecuentes son las alusiones a esa *pedra misteriosa*, a esa supermasónica *pedra cúbica*.

Las Mil y Una Noches, en efecto, son los restos informes de un gran libro iniciático y simbólico, legado por los ario-indos a los parsis y tomado a estos últimos por los árabes de Damasco cuando extendieron sus

dominios por Persia, India y Egipto. Dada tal filiación y el parentesco de los árabes con los egipcios, berberiscos y demás pueblos allantes, resultan ellas mezcladas con las preciosas leyendas de semejante libro (tal y como hoy aparece traducido del árabe en las ediciones completas de hasta 16 tomos) elementos de semitismo que pugnan abiertamente con la primitiva pureza inda y parsi en que los monumentos originales, hoy al parecer perdidos, fueran escritos (1).

Todos hemos leído el precioso libro, único quizá que conserva en sus páginas el perfume misterioso de los primeros Imperios de nuestra Historia ariá y también el de aquel Imperio colosal y sepultado en la Atlántida, que será objeto de otro tomo de esta *Biblioteca*. Todos, grandes y pequeños, nos hemos embobado en él hasta perder la noción de eso que tristemente

(1) Nada más fácil que el distinguir uno de otro, el elemento indoparsi del genuinamente árabe, es decir, lo que pertenece a los primitivos elementos no adulterados y lo que fué añadido como de aluvión o bien mal comprendido tan sólo por los más atrasados árabes transmisores. La clave para semejante separación, que es necesaria, la encontramos, como siempre que se trata de arios y semitas, en el terrible problema del sexo.

En efecto, dentro del simbolismo originario del libro hallamos parejas simbólicas idénticas a las conocidas de Tristán-Iseo, Parsifal-Kundry, Sigfredo-Brunhilda, Psiquis-Heros, etc., etc. El amor sublime de estas ideales parejas, como el amor de damas y caballeros, hijos de reyes casi siempre, que sirven de base a la fabulosa trama de dichos cuentos, no es el amor sexual entre tales hombres y mujeres, sino simbolismos augustos, por un lado del Alma racional del hombre, (el *Nephest hebreo*; el *Manas* indostánico, o *mente* latina; el elemento *phrenico* cabalista, la *Psiche griega*, etc.), que aspira hacia lo supremo desde este mundo inferior, en el que está aprisionada por la materia, como Platón diría, y por otro lado, del Espíritu Supremo del Hombre: el *Hombre* verdadero, uno con la Divinidad de la que es el Hijo, o sea el *ruach*, *hábito*, *aliento*, Soplo *Sephira* o Zéfiro semita; el Alma-Buddhi indostánico, el *νοος* griego, el elemento *noético* cabalista, etc.

Semejante distinción, que apunta claramente en San Pablo al distinguir en el hombre el cuerpo, el espíritu y el alma plástica mediadora entre los dos, se ha simbolizado siempre en todas las leyendas y teogónicas del mismo modo: con sólo un simple cambio en las dos personificaciones del símbolo. Así, mientras que para la literatura caballeresca ocultista, como para la árabe, el caballero representa al Alma inferior que anhela ascender hasta unirse con su Dama, o sea el Espíritu, en otras literaturas, tales como la leyenda de Psiquis, la mujer representa al Alma humana, quien *de noche*, es decir, cuando ha apagado la lámpara escrutadora de su mente, en la soledad y en el misterio de un casto lecho, recibe las divinas caricias de un amante invisible, que es el Heros, Horus u Oro inmortal, el Supremo Espíritu.

llamamos *realidad*, envueltos en el ropaje infinito de sus ensueños de luz, ventura y prodigios, y tal con Aladino, cuál con Zein Alasnam o con Seif-Almuluk, hemos vivido unos instantes felices en ese mundo de las hadas y de los genios, entre esa otra Humanidad, tan por encima de nosotros, que nuestra intuición adivina o presiente, y que la tradición de todos los pueblos nos da como cierta. Todos, en fin, hemos sentido un momento, frente a tan supremas bellezas de imaginación creadora, la fuerza de un dilema que pueda formularse así: o los hechos simbólicos de tales cuentos pueden ser reales—cosa nada imposible si convenimos, con la enseñanza histórica, en que la realidad excede siempre a los ensueños más hermosos—, y en tal caso bien merecerían que sacrificásemos en aras de ellos todos los

Nada más lógico, por otra parte, que el simbolizar el mayor de los misterios filosóficos del Amor transcendente, bajo el velo del amor físico que, aunque defectuoso quizá en la parte que tener pueda de grosero, es, al fin y al cabo la causa más próxima o última de nuestra presencia en este bajo mundo, y en este detalle cifra precisamente la clave de todo el alcance del símbolo. Así, un pueblo puro e Idealista como el arloindo, el arioparsi o el caldeo primitivo, necesitado de emplear el símbolo sexual, como único medio de alzarse hasta tamaño excelsitud, para la que las lenguas carecen de palabras, hacen con él una especie de sexualidad sin sexo (valga la frase): un amor Ideal cual el de los ángeles, el de los artistas y el de los niños; un Amor en el que nada juega el sexo verdad más que a guisa de símbolo. De aquí el Bithos y Enotafitas; el Hombre y la Sophia primitiva gnóstica, o el Caballero andante y la Dama a quien aquél ama con delirio sólo por la fama de sus virtudes, sin haberla visto ni una vez sola con los ojos del cuerpo, ni más que el verdadero filósofo pueda enamorarse de la *ninfa* Sabiduría, Amor purísimo, completamente por encima de la sexualidad; amor que todo hombre ha sentido, sin duda, hacia la mujer amada, antes de caer, por la carne, en esotro mundo del sexo físico o genuino. Los pueblos puros en su ideal, como los citados y otros, pensaron como los caballeros andantes; los pueblos más sensualistas, como el árabe y, en general, todos los semitas, sintieron todo el espolazo brutal del sexo animal más genuino, y humanizaron más y más aquel divino símbolo, con detalles que en ocasiones pueden hacer saltar el rubor a las mejillas, lo mismo cuando se leen *Las Mil y Una Noches* árabes, únicas que poseemos, que cuando se leen ciertos escabrosos pasajes de esotras leyendas semíticas, hermanas menores de *Las Mil y Una Noches* que aparecen compiladas en la Biblia, y que un estrecho sectarismo religioso, moribundo ya, por fortuna, bajo los embates de la Mitología comparada, nos ha dado durante milenios como única verdad, mientras calificaba a sus leyendas congéneres de perversidad y de mentira. El capítulo XI, parte 3.ª y el I, parte 4.ª de nuestro *Tesoro de los lagos de Somiedo*, amplían bien estos conceptos sobre los que, por tanto, no habremos de insistir.

bajos elementos de nuestras visiones egoístas que nos impiden vivirlas, o bien repetidas bellezas no son ni pueden haber sido reales, en cuyo caso bien merecen, al menos, que tratemos de darlas una cierta realidad plástica con nuestros pensamientos, palabras y acciones con arreglo a las leyes de la excelsa poesía de la vida, haciendo de nuestra existencia de aquí abajo un verdadero poema, para que algún día, próximo o remoto, alcancen ellas a tomar carne, como siempre sucede con todas las creaciones de nuestra mente, y podamos entronizar así, poco a poco, entre los hombres, el reinado de la Belleza, que es asimismo el de la Verdad y el del Bien trayendo, por primera o por segunda vez, la Edad de Oro a la vida de los pueblos.

Los pasajes que anteriormente hemos transcrito relativos a los legendarios y misteriosos genios o *djinn*s que se nos han dado por autores serios que parecían hablar por cuenta propia, son idénticos hasta en el detalle que ahora nos ocupa de la famosa *pedra* que nos oculta ese complejo mundo a muchos otros de *Las Mil y Una Noches*, y de cuantas leyendas conservan los más apartados pueblos, unas veces con el beneplácito y otras con el rencor, disimulado bajo capa de tolerancia, por sus religiones oficiales respectivas. De las religiones de Oriente no hablemos, porque devas y hombres aparecen conviviendo lo mismo en el Mahabharata y en el Ramayana que en las Vedas y el Zeud-Avesta. Las tres religiones más guerreras y más materialistas, que son, sin duda, la Judía, la Cristiana y la Musulmana, al menos tal como suelen entenderse por sus villgos, hablan cada cual en sus libros sagrados de los genios, superhombres, ángeles, arcángeles, etc., de sus cultos respectivos.

No puede menos de extrañar al observador imparcial, no ya este hecho de la universal aceptación bajo uno u otro nombre de seres invisibles para el hombre, mezclándose de ordinario en sus acciones y destino, sino que hay una cosa verdaderamente pasmosa para no ser cierta, es a saber: la coincidencia completa de todos los pueblos respecto a los detalles más nimios de ese mundo misterioso en el que ellos habitan y también respecto a los modos hábiles que hay para que el hombre sabio, osado y puro pueda llegar hasta ellos. Reina, en efecto, más uniformidad entre semejantes descripciones que las que puedan presentar entre sí cuantas guías de turistas se han escrito describiendo, por ejemplo, a París, a Londres o a Roma.

Vengamos, pues, a la *pedra de Aladino y su lámpara maravillosa*.

Aladino, Alad-din, o más bien *Alah-djin* (el *djin* bueno, el *jina* de Dios), engañado por su mago perverso, se aleja con él a la ciudad des-

pués de haber comido cierta torta que el mago le diera (1). Llegan ambos a un paraje solitario entre dos altas montañas, y allí el mago le dice que va a hacerle contemplar las mayores maravillas que pueden concebirse, para lo cual enciende fuego con el pedernal (2), quema perfumes, saca un cartón mágico donde están trazados ciertos signos cabalísticos (3), y al estremecerse todos aquellos ámbitos bajo el mágico conjuro, queda al descubierto, en el suelo, una gran losa cuadrada con un anillo sellado de bronce. Provisto entonces el muchacho con el talismán salomónico que el mago le ciñese al dedo, penetra por orden de éste en el antro misterioso, cuidando de no tocar a las paredes ni techo de las grandes estancias que va sucesivamente recorriendo (4) y de no tomar nada de las innumerables riquezas por ellas esparcidas, hasta que llega a un jardín encantado en el que las frutas de los árboles son piedras preciosas, de las que le es permitido coger cuanto le place. En el terrado del jardín encantado aquel ha de

(1) Esta *torta* o manjar mágico se repite en infinidad de leyendas, tales como las de los *Tres Calendas, hijos de reyes*. Es la misma torta que los Iniciados, al descender a los lugares inferiores (*infiernos*), dan al *Cancerbero* para adormecerle. La comunión de los aztecas y de los cristianos tocada está del mismo simbolismo.

(2) Alexandre Bertrand, en su obra *La religion des Galois-Les Druides et le druidisme*, hace notar la distinción de las dos magias en cuanto a la manera de hacer el fuego sagrado: la blanca sólo podía encenderle mediante el consabido rozamiento de los dos maderos o bien obteniéndole del rayo del sol mediante una *gemma* o lente convergente, pero jamás valiéndose del pedernal, que era el medio empleado por los adeptos de la necromancia.

(3) El cartón mágico y sus signos cabalísticos parecen ser elemento indispensable para ciertas operaciones maravillosas. Los hierofantes, como hoy los sacerdotes con las tabletas o canon ritual, hacían con ellos las evocaciones. Dicott, en otro pasaje de la obra ya citada, nos describe una escena análoga en la que cierto carbonario italiano, con su cartón mágico, provoca en diez minutos un fuerte chubasco en medio de una serena noche de luna. Jesús también nos recuerda algo de esto, en el Evangelio, cuando le traen la mujer adúltera, pues que, antes de absolverla, parece absorto trazando en el suelo signos cabalísticos, signos que Blavatsky también hemos visto empleara antes de la escena ya descrita del hipogeo de Karl. Las coincidencias tales pueden multiplicarse hasta lo infinito y semejantes *cartones* o *tablas de la ley* son, al parecer, un *memorallin* de las fórmulas mágicas, en las que no cabe equivocarse sin padecer graves riesgos por parte de *lo astral*, que también tiene sus leyes sin disputa.

(4) Aladín queda así encerrado en la cripta iniciática o *cámara sepulcral de la Pirámide*, cual acontece en todas las iniciaciones. Las paredes estaban electrizadas; por eso no podía tocarlas.

apoderarse, después de apagarla, de una extraña lámpara que debe llevar el mago (1). Por una curiosa coincidencia, al ir a salir Aladdin del antro, con su tesoro, se niega a dar la lámpara al mago, y éste, exasperado, hace caer la trampa o *pedra* y le deja dentro (2). Dos días pasó así, sin comer ni beber, el infeliz muchacho. Al amanecer del tercer día (3), levantó las manos al cielo en demanda de auxilio. Al hacerlo, estregó inadvertidamente el anillo, y al punto el genio o *djin* que estaba esclavizado a dicho talismán se le apareció poniéndose a sus órdenes (4). El chico pide entonces al genio que le retorne al lado de su madre, y al punto lo ve realizado por arte de encantamiento.

No hay para qué seguir en la consabida leyenda. Baste recordar que, con el anillo en cuestión, logró este segundo Sigfredo de Aladdin los más

(1) Sobre estas lámparas inextinguibles de sagrados *asbestos*, que arden sin interrupción en ciertos hipogeos y sepulcros durante siglos, puede verse el capítulo VII del tomo I de *Isis sin Velo*. Ellas recuerdan al «Ascua de Oro» de la Tetralogía de Wagner, de la que hablaremos oportunamente.

(2) Igual acontece en la Cueva de la Zampoña, como pronto veremos, con el jorobadillo Donicelo y el herrero de Barahona en *La Oreja del Diablo*. Estas cavernas, por otra parte, son el famoso *Pozo de Mimer* o de la *Sabiduría*, del que hablaremos a propósito del *Ojo de Watan*, en el acto segundo de *El Oro del Rhin* wagneriano.

(3) Aquí aparece el ayuno y aislamiento total del mundo que durante dos días se imponía al candidato para la iniciación y de la que son símbolo los días que Jesús, antes de su resurrección triunfante, pasó en el mundo inferior, mientras su cuerpo permanecía en el sepulcro como el de Jonás en el vientre de la ballena, o el neófito egipcio en el sarcófago de la Gran Pirámide. La ciega ciencia moderna, en medio de su positivismo, ha entrevisto ya algo de esto en «las encantadas visiones de los hambrientos», tal como las de aquel naufrago que suelen traer los libros relativos a las *enfermedades mentales*, quien, habiendo pasado dos o tres días sin tomar alimento, yacía, según contó, en el momento del salvamento, envuelta en una encantada atmósfera de delicias, un verdadero paraiso astral, bien diferente de su física y hambrienta miseria.

(4) La magia de los tales *anillos* son un precioso símbolo de lo que los matemáticos llaman *la cuarta dimensión*. Sobre ello diremos no poco en el tomo siguiente de esta BIBLIOTECA al ocuparnos de *El Anillo del Nibelungo*. El precisarse para las evocaciones del Genio del Anillo frotar la *pedra* del mismo es otro dato más que sumar a los que vamos enumerando y una prueba más también de que las gentes del Oriente iniciático conocían las leyes de la electricidad. La electricidad, en efecto, pero no la vulgar estudiada en la Física, sino *Forat*, la electricidad vital y transcendente empleada por la Magia, es la clave, en efecto de los más portentosos fenómenos, de los que son pobre e infiel reflejo los llamados del hipnotismo.

aparentes imposibles, entre ellos el de enriquecer fabulosamente, casarse nada menos que con la hija del emperador de China (de *Jinna* o *Jaina*, es decir, del rey de los *djin*) y alzar para ella un palacio maravilloso, verdadera Walhalla de sus ensueños en la que nada faltase. El perverso mago logra más tarde, con sus artes, recobrar la lámpara y arrebatarle aquel palacio encantado, con su esposa y todo dentro, obligándole al pobre Aladdin a realizar los esfuerzos más titánicos para reconquistar a uno y a otra. Aquí la leyenda puede ser completada con otras semejantes en las que el héroe, bajo cien otros nombres, pasa por torturas y desgracias sin cuento, ni más ni menos que todos sus congéneres humanos, subiendo el áspero sendero del Ideal para reconquistar ese Mundo Superior del que, por desgracia, hemos caído.

La consabida *pedra* aparece también muy claramente en el cuento de *Las Mil y Una Noches* que lleva el título de *Alibab y los cuarenta ladrones muertos por una esclava*, que vamos a extraer. Asimismo los misteriosos recintos que en el curso de estos capítulos llevamos visitados, tornan a aparecer con idénticas características.

Alí-bab, o sea literalmente *el señor Ali, Eli, Helias* o *Ellas* (Lohengrin, como veremos) se halla haciendo una carga de leña cerca de una escarpada roca, cuyo talud nada extraño parece revelar en su exterior, cual los taludes andinos que vimos antes. A poco siente que se aproxima adonde está una gavilla de malhechores, y escondiéndose entre las ramas de un árbol—el Arbol del Conocimiento—, descubre que el capitán de aquellas pérfidas gentes pronuncia ante la pelada roca la palabra mágica de—¡ábrete, sésamo!—y al punto, al girar de una *pedra*, queda franca una entrada antes invisible en la roca (1). Idos luego los ladrones a sus correrías, Alí ensaya

(1) *Sésamo* es una aldea de León; *sesamoides* se llaman los huesos de las coyunturas de los dedos o *quicios* y así podríamos continuar con algunas otras sinonimias de esta pretendida palabra mágica. En efecto, «Sésamo» puede muy bien ser una corrupción de «Sasamio» o «Sasamo», sobrenombre de los primitivos reyes divinos de Persia que extendieron su imperio hasta la India y la China, donde muy bien pudieron haber tomado el libro original de las leyendas de *Las Mil y Una Noches*, cuyo texto reformado y desnaturalizado en Persia, o mutilado al menos, pasó, bien como tal libro, bien como meras leyendas tradicionales (*cabala*), muchos siglos después a los árabes, quienes con mayores deficiencias aún nos las han transmitido a nosotros. Tan verosímil es todo esto como que precisamente las palabras con que empieza la introducción de *Las Mil y Una Noches*, según las poseemos, dicen: «Las crónicas de los Sasamos, antiguos reyes de Persia...» y tal libro de los *Sasamos*, como iniciá-

el efecto del conjuro repitiendo la palabra-clave que había sorprendido, y al punto la *pedra* gira, la entrada al antro misterioso queda franca, y en el antro halla el buen hombre todos los encantos y tesoros consabidos. Lo demás de la leyenda carece para nosotros de interés dado el tema del capítulo.

• Es muy notable, dice Blavatsky en sus *Cuevas y selvas del Indostán*, que casi todas las cuevas-templos, o hipogeos, de la India (1), se encuentren dentro de rocas y montañas cónicas, como si los antiguos constructores hubieran buscado de propósito tales pirámides naturales. Observé esta particularidad en Karli y sólo se encuentra en la India. ¿Es ello una mera coincidencia o es una de las reglas de la arquitectura religiosa del pasado? En tal caso además, ¿quiénes son los imitadores: los constructores de las pirámides de Egipto o los desconocidos arquitectos de los hipogeos de la India? Tanto en las pirámides como en las cuevas, todo parece estar calculado con exactitud geométrica. En ambos casos las entradas están siempre en la base, pero siempre también a cierta altura sobre el suelo. Es además bien sabido que la Naturaleza no imita al arte y que, como regla general, el arte tratar de imitar ciertas formas de la Naturaleza. Y si aún en estas semejanzas de los símbolos de la India y del Egipto no existe sino una mera coincidencia, hay que confesar que las coincidencias son algunas veces muy extraordinarias. Egipto ha tomado muchas cosas de la India. No debemos olvidar que no se sabe tampoco nada acerca del origen de los Faraones, y que los pocos hechos que la ciencia ha logrado descubrir, lejos de contradecir nuestra teoría, sugiere la idea de que la India es la cuna de la raza egipcia. En días de remota antigüedad Kalluta-Bhatta escribió: «Durante el reinado de Visvamitra, primer rey de la dinastía de Soma-Vansha, después de cinco días de batalla, Manú Vena, el heredero de antiguos reyes, fué abandonado por los brahmanes y emigró con su ejército, atravesando el Arya y la Barria, y llegando, en fin, a las orillas del Masra.» Pero Arya es el Irán o Persia; Barria es un antiguo nombre de Arabia y Masra o Masra es un nombre de El Cairo, desfigurado por los musulmanes en Misro y Musr. En cuanto a Kalluka-Bhatta es un escritor antiguo sobre cuya época disputan los sanscritistas atribuyéndose por algunos hasta

tico, bien podía ser el verdadero *sésamo* o *quiclo*, que, abriendo sus hojas carpelares, nos dejase franca o de par en par la puerta que conduce al gran misterio del mundo donde moran hadas y genios con sus tesoros inauditos.

(1) Los siete lugares más sagrados de la India prehistórica y ante-brahmánica son Benarés, Karli, Prayaga (hoy Allahabad), Nassik, Hurdovar, Bhadrinath y Matura.

dos mil años antes de nuestra era, mientras que otros le hacen hasta contemporáneo de Akbar (siglo XVI). Por razón de esta incertidumbre, el testimonio de dicho autor pudiera combatirse, pero tenemos además el testimonio de un historiador moderno que ha estudiado toda su vida en Egipto, no en Berlín ni Londres, como tantos otros egiptólogos, descifrando las inscripciones de los sarcófagos y papiros más antiguos. Es Henry Brugsch Bey, quien dice: «... Lo repito, mi firme convicción es que los egipcios vinieron de Asia mucho antes del período prehistórico, después de atravesar el promontorio de Suez, ese puente de todas las naciones, encontrando una nueva patria en las orillas del Nilo.»

«Una inscripción en una roca de Hanmamat dice que Sankara, el último Faraón de la oncenava dinastía, envió un noble a Punt. Comentando el texto de aquella que dice: «Fué enviado este noble a Punt en un barco, para traer goma aromática, cogida por los príncipes del País Rojo», añade dicho autor que «bajo el nombre de Punt, los antiguos habitantes del país de Chemi (Egipto) designaban a un país distante, rodeado de un gran océano, lleno de montañas y de valles, rico en ébano y otras maderas costosas, en perfumes, piedras y metales preciosos, en fieras, girafas, leopardos y grandes monos.» El nombre del mono en Egipto era kaff o kafi, en hebreo koff y en sánscrito kapi. A los ojos de los antiguos egipcios ese Punt era una tierra sagrada, porque Punt o Pa-nuter era «la tierra original de los dioses que la dejaron bajo la jefatura de A-mon (el Manu-Vena de Kalluta-Bhatta?), Hoz y Haler y llegaron oportunamente a Chemi. El emblema de Asiris y de Shiva es el mismo y el Hamman tiene parecido con el Cincocéfalos egipcio.»

«Khandala es una aldea grande situada en la cresta de una de las montañas de la cordillera Sahiadra, a unos dos mil pies sobre el nivel del mar. Está rodeada de picos aislados de extraña forma. Uno de ellos, lindando con el abismo, se parece a un edificio grande y de un piso con techo plano y parapeto almenado. Los hindús aseguran que en alguna parte de esa colina existe una entrada secreta que conduce a vastísimas salas interiores, a todo un palacio subterráneo, en suma, y que aún existe gente que posee el secreto de esta mansión. Un santo ermitaño yogui y mago que había habitado estas cuevas durante «muchos siglos», comunicó este secreto a Sivaji, el célebre jefe del ejército de Maharatta en el séptimo siglo, a quien debe la India la disminución, ya que no la destrucción del yugo musulmán. De la estatura de una mujer ordinaria y con manos de niño, tenía, sin embargo, una fuerza maravillosa, la cual era atribuida por sus compatriotas a brujería. Su espada, que aún se conserva en un museo, es de enor-

me peso, pero con empuñadura como para un niño de diez años. Como Tanhauser, en la ópera de Wagner, el invencible Sivaji pasó siete años de su juventud en aquella misteriosa mansión, y allí adquirió mágicamente su extraordinario valor y fuerza. El Decán está lleno de leyendas acerca de Sivaji, y hasta los historiadores ingleses le mencionan con respeto. El fundamento de su fama es que, siendo hijo de un pobre oficial mogol, mató, cual otro David, al Goliat musulmán, al formidable Afzul Khan. Lo mismo que la fábula de Carlos V, una de las tradiciones locales indas, asegura que Sivaji no ha muerto, sino que vive aún en el secreto de una de las cuevas de Sahiadra. Cuando suene la hora del Destino (y según los cálculos de los astrólogos no está muy lejos), volverá a aparecer para restituir la libertad a su amado país.»

«A la misma cordillera que el Sahiadra, pertenece el majestuoso Baho Mallín. Esta solitaria montaña fué en tiempos la mansión de un santo ermitaño, y es hoy visitado anualmente por multitud de peregrinos. Según la creencia popular, allí suceden las cosas más sorprendentes. En la cresta de la montaña, a dos mil pies sobre el nivel del mar, está la plataforma de una fortaleza. Detrás se eleva otra roca de casi trescientos pies, y en el extremo mismo del pico se encuentran las ruinas de otra fortaleza, aún más antigua, que sirvió de albergue durante sesenta y cinco años a este ermitaño. De dónde obtenía éste su alimento, es lo que permanecerá por siempre un misterio. Algunos creen que comía raíces de plantas, pero sobre esta desnuda roca no existe ninguna vegetación. El único modo de subir a esta montaña perpendicular consiste en una cuerda y en agujeros abiertos en la roca, apenas lo bastante grandes para apoyar los dedos de los pies. Se creería que semejante camino sólo es accesible a monos y acróbatas; pero es seguro que su fe debe proporcionar a los hindús alas adecuadas, porque jamás ha sucedido accidente alguno a ninguno de ellos. Una partida de ingleses, no obstante, tuvo la desdichada idea de explorar las ruinas; pero súbitamente se levantó una fuerte racha de viento que los lanzó al precipicio, después de lo cual el general Dickinson dió la orden de destruir todos los medios de comunicación con la fortaleza superior y la inferior, causa en un tiempo de tantos accidentes, está ahora desierta por completo y sólo alberga águilas y tigres.»

Pero ella nos trae a colación relatos, no ya de *Las Mil y Una Noches*, sino de nuestra propia historia patria. Veámoslo.

«A los pocos días de estar preso el inca Atahualpa por Pizarro, dice la preciosa obra *Españoles célebres*, de Don Manuel José Quintana, empezó aquél a tratar de su rescate con sus vencedores. Ofrecióles al principio

que les cubriría con alhajas de oro y plata el piso del aposento en que estaba, que era bastante espacioso, y como ellos lo tomaron a burla, se levantó en pie el inca y, alzando la mano cuanto pudo, hizo una señal en la pared y dijo resueltamente que, no sólo cubriría el suelo, sino que le henchiría también hasta allí. Venía a tener el aposento 22 pies de largo por 16 de ancho, y la altura a que el inca hizo su señal era de más de 9 pies... (1). Aceptada la propuesta, el monarca envió mensajeros a los principales pueblos de sus Estados mandando que cuanto oro y plata hubiese en los templos y en sus palacios se enviase al instante a Caxamalca para el rescate de su príncipe...»

«Las insolencias y tropelías que cometieron los enviados de Pizarro en la capital de El Cuzco, dice luego la Historia, tuvo por resultado inmediato el de ocultar los indios en El Cuzco cuanto oro pudieron en odio a los castellanos, y hacer lo mismo después en Pachacamac. El templo de este nombre era el más rico de todo el Perú, y Pizarro quiso suñar sus tesoros al rescate, pero antes los sacerdotes de aquel templo sacaron de él y escondieron todo el oro y plata que les fué posible. Sin embargo, con lo que dejaron, fueron sacadas para Caxamalca veintisiete cargas de oro y dos mil marcos de plata.»

La segunda parte de esta tan dramática escena, parte que las historias europeas suelen omitir, nos la da H. P. Blavatsky en su *Isis sin Velo*. En el pasaje que vamos a copiar nos habla primero de misteriosas ciudades aztecas y luego continúa con detalles curiosísimos acerca de estos últimos días del opulento Imperio de los Incas.

Dice así la escritura ocultista:

«Stephens, concediendo de antemano que llegará a descubrirse una clave más segura que la tabla de Roseta, con la cual puedan leerse los jeroglíficos mexicanos (2), dice que los descendientes de los caciques aztecas viven todavía, según se cree, en las inaccesibles fortalezas de las Cordilleras, desiertos en los cuales no ha penetrado jamás un hombre blanco..., viviendo como vivían sus padres, construyendo los mismos edificios... con adornos de escultura y yeso; grandes patios y altas torres, y grabando todavía en tablillas de piedra los mismos jeroglíficos misteriosos» y añade: «me vuelvo hacia aquella región vasta y desconocida, que no tiene un solo

(1) Esta escena histórica hace verdadera la famosa de los Gigantes y de Wotan relativa al rescate de Freya en *El Anillo del Nibelungo*, de Wagner. ¡España paga hoy este karma, y el de la expulsión de judíos y moriscos!

(2) Está descubierta ya en parte dicha clave, como veremos en otra ocasión.

camino que la atraviase, y en donde la imaginación se representa a aquella ciudad misteriosa vista desde la cumbre de las cordilleras, con sus indómitos habitantes aborígenes, no visitados ni jamás buscados... Aparte del hecho de que esta ciudad misteriosa ha sido vista desde una gran distancia por viajeros atrevidos, no existe ninguna improbabilidad intrínseca, en cuanto a su existencia se refiere, porque, ¿quién puede decir lo que se hizo de aquel pueblo primitivo que huyó ante las hordas rapaces de Cortés y de Pizarro? El Dr. Tschuddi, en su obra sobre el Perú, nos habla de cierta leyenda india, según la cual un convoy de diez mil llamas cargados de oro para completar el rescate del desgraciado inca Atahualpa, se detuvo en los Andes al tener la noticia de su muerte, y aquel enorme tesoro fué tan bien escondido, que ni un solo indicio del mismo ha podido encontrarse jamás. El mencionado autor, así como Prescott y otros escritores nos dicen que los indios de hoy día conservan sus antiguas tradiciones y su casta sacerdotal obedeciendo implícita y secretamente a jefes escogidos de entre ellos mismos, mientras que, nominalmente, son peruanos y católicos. Las ceremonias mágicas practicadas por sus antepasados prevalecen entre ellos todavía. Tan consecuentes son ellos en su lealtad al pasado, que parece imposible, a menos de estar ellos en relaciones con alguna fuente central de autoridad que aliente y fortifique su fe. ¿No podría ser que el origen de esta fe tan imperecedera existiese en esta ciudad misteriosa con la cual tienen secreta comunicación, o debemos pensar que todo cuanto hemos dicho no es más que otra curiosa coincidencia?» (1).

(1) La historia de esta ciudad misteriosa fué referida a Stephens por un cura español, en 1828-29. Este sacerdote le juró que la había visto con sus propios ojos, y dió a Stephens los detalles siguientes que el viajero creyó firmemente: «El cura de una pequeña aldea situada cerca de las ruinas de Santa Cruz de Quiché, habla oído hablar de la ciudad desconocida en el pueblo de Chajul... Entonces él era joven, y con mucho trabajo trepó a la desnuda cima del pico más alto de la sierra de la Cordillera. Una vez llegado a una altura de 10 a 12.000 pies, tendió su vista sobre una inmensa llanura, que se extendía hacia el Yucatán y el golfo de México, y vió a mucha distancia una gran ciudad que ocupaba un vasto espacio de terreno, con torrecillas blancas que brillaban al sol. La tradición cuenta que ningún hombre blanco ha llegado todavía a esta ciudad, que sus habitantes hablan el lenguaje maya, y que sabiendo que los extranjeros han conquistado el país por completo, matan a todo blanco que intenta penetrar en su territorio... No tienen moneda, ni caballos, ni ganado, ni más animales domésticos que las aves, y esconden sus gallineros bajo tierra para que no se oiga de lejos el canto del gallo...» Casi lo mismo, añade Blavatsky, nos dijo personalmente un anciano sacerdote indígena, con quien me relacioné en el Perú. Había pasado toda su vida ocultando en vano

«Las ruinas de que están cubiertas ambas Américas y las que se encuentran en muchas islas de la India occidental son todas ellas—sigue diciendo Blavatsky—atribuidas a los antiguos y sumergidos atlantes. Así como los hierofantes del antiguo mundo se dice que podían comunicarse con el nuevo mundo por tierra firme en los tiempos de la Atlántida, así también los magos del país actualmente sumergido poseían una red de pasadizos subterráneos que corrían en todas direcciones. A propósito de

su odio a los conquistadores, y confesó que si mantenía aparente amistad con ellos era por el bien de su pueblo, pero en el fondo de su corazón seguía su religión primitiva. En su calidad de indígena *convertido* y de misionero había estado en Santa Cruz, y como afirmaba solemnemente había también visto parte de su pueblo por una «galería subterránea» que conducía a la misteriosa ciudad. Creímos en su revelación porque un hombre que está a punto de morir no suele entretenerse inventando nuevas historias, y esta la hemos encontrado confirmada en *Los Viajes*, de Stephens. Además, conocemos otras dos ciudades completamente desconocidas para los viajeros europeos; no porque sus habitantes deseen permanecer escondidos, puesto que algunas gentes de los países búddhicos va algunas veces a visitarlas. Pero sus ciudades no están indicadas en los mapas europeos ni asiáticos: y a causa de los demasiado celosos misioneros, y quizá por razones más misteriosas que ellos saben, los poco naturales de otros países que tienen noticia de la existencia de estas dos ciudades, jamás hacen de ella mención. La Naturaleza ha proporcionado extraños rincones y lugares ocultos para sus favoritos, y desgraciadamente, muy lejos de los llamados países civilizados es donde el hombre puede libremente adorar a la divinidad, tal como sus padres lo hacían. (*Istis sin Velo*, t. I, páginas 684-87.)

Existen esparcidos por todo el mundo un puñado de sabios pensadores y solitarios que pasan su vida en la obscuridad, lejos del bullicio mundano, estudiando los grandes problemas de los universos físico y espiritual. Tienen sus archivos secretos, en los cuales se conservan los frutos de los trabajos escolásticos de una larga serie de reclusos, de quienes ellos son los sucesores. El saber de sus antecesores primitivos, los sabios de la India, Babilonia, Ninive y de la Tebas Imperial; las leyendas y tradiciones comentadas por los maestros de Solón, Pitágoras y Platón, en los patios de mármol de Heliópolis y de Sals; tradiciones que en sus días, ya brillaban muy débilmente a través de ve. o nebuloso del pasado; todo esto y mucho más está registrado en pergaminos indestructibles y se ha transmitido con celoso cuidado de un adepto a otro. Estos hombres saben que la historia de la Atlántida no es ninguna fábula; y sostienen que en diferentes épocas del pasado, inmensas islas y hasta continentes existían allí donde ahora no hay más que una vasta extensión de aguas. En aquellos sumergidos templos y bibliotecas encontraría el arqueólogo, si pudiese examinarlos, los materiales para llenar todas las páginas en blanco existentes en lo que ahora *nos imaginamos que es historia*. Dicese que en una época remota, podía un viajero atravesar lo que es ahora Océano At-

estas misteriosas catacumbas, queremos relatar aquí una extraña historia que nos fué contada por un peruano, hace tiempo ya muerto, cuando viajábamos juntos por el interior del país. Algo de verdad debe de tener, sin duda, tal historia, puesto que nos la hubo de confirmar posteriormente un caballero italiano que había visto el lugar en cuestión, pero que por falta de medios y de tiempo, tan sólo había podido comprobar una parte de la misma. El que diera al italiano la referencia fué un viejo sacerdote, al cual se la había comunicado en secreto bajo confesión. Debemos añadir, por otra parte, que el sacerdote se vió obligado a hacer tal revelación por encontrarse entonces completamente bajo la influencia mesmérica o hipnótica del viajero. La historia se refiere a los famosos tesoros del último de los Incas.

«El peruano aseguraba que desde el célebre y cobarde asesinato del último Inca, cometido por Pizarro, el secreto, conocido de todos los indios, excepto de los *mestizos*, es como sigue: «El Inca fué hecho prisionero, y su esposa ofreció por su rescate llenar antes del tercer día una sala llena de oro, desde el suelo hasta donde pudiese alcanzar el conquistador. Ella cumplió su promesa, pero Pizarro faltó a la suya, pues maravillado a la vista de tales tesoros, el conquistador declaró que, no sólo no soltaría, sino que mataría a su prisionero, a menos que la reina le revelase de dónde procedía dicho tesoro. Él había oído decir que los Incas poseían, en algún sitio, una mina inagotable: un túnel o camino subterráneo que se extendía por debajo de la tierra en una extensión de muchas millas, y en donde se acumulaban las riquezas del país (1). La desgraciada reina pidió una prórroga, y fué a consultar a los oráculos. Durante el sacrificio, el jefe de los sacerdotes le hizo ver en el «espejo negro» consagrado (2) la muerte inevi-

lántico, casi a pie firme, en toda su extensión, cruzando en botes los angostos estrechos que separaban unas islas de otras. (*Isis sin Velo*, t. I, pág. 696.) (*)

(1) Famoso se ha hecho en estos tiempos, con motivo de la guerra europea, el castillo inexpugnable, donde los Hohenzollern guardaron el tesoro de la indemnización de 1870.

(2) Estos son los famosos espejos mágicos lunares, como el de Agra, el de los mexicanos y el que aun hoy, en nuestra época de escepticismo, emplean ciertos psiquiatras para producir estados hipnóticos, durante los cuales el paciente aparece dotado de la doble vista, etc.

(*) En la obra de Brasseur de Bourbourg, *Wotan*, relatando sus expediciones, describe un pasaje subterráneo que se extendía por debajo de la tierra y terminaba en la raíz de los cielos, llamándole «gujero de culebras». El, como «hijo de las culebras» o Iniclád, le conocía. En varios pasajes de las obras de H. P. B. se habla de estos pasajes subterráneos por los que se puede ir en seco, dice, de África a América.

table de su esposo, tanto si entregaba los tesoros de la corona a Pizarro, como si no los entregaba. Entonces la reina dió orden de cerrar la entrada, que era una especie de piedra o puerta cortada en el talud de un barranco. Bajo la dirección del sacerdote y de los magos, dicho barranco fué llenado hasta los bordes con enormes bloques de piedra, y cubierta su superficie de modo que quedase absolutamente oculta la obra. El Inca fué asesinado por los españoles, y aquella desgraciada reina se suicidó. Los codiciosos conquistadores quedaron así chasqueados, y el secreto de los tesoros enterrados le guardaron en sus pechos unos pocos peruanos fieles. Nuestro informante peruano añadió que, a consecuencia de ciertas indiscreciones, varias veces, diferentes Gobiernos, habían mandado personas en busca del tesoro, con el pretexto de hacer exploraciones científicas, registrando el país por completo, pero sin lograr lo que pretendían (1). Hasta este punto, los informes del doctor Eschuddi y otros historiadores del Perú confirman esta tradición; pero existen otros detalles de los cuales ninguno parece haber pasado al dominio público hasta ahora. Varios años después de haber oído tal historia y su confirmación por aquel caballero italiano, visitamos el Perú. Yendo por mar, desde Lima hacia el Sur, llegamos, cuando ya se ponía el sol, a un punto cercano a Arica, y nos llamó la atención una enorme roca, casi cortada a pico, que, separada de la cordillera andina, permanecía en imponente y triste soledad. Era la tumba de los Incas. Al iluminar los postreros rayos del sol poniente la superficie de la roca, pueden distinguirse con ayuda de unos gemelos ordinarios, algunos curiosos jeroglíficos grabados en la superficie volcánica.

¿Serán tales jeroglíficos indicaciones precisas acerca del sitio en cuestión? Blavatsky nada nos dice; pero añade: «Cuando El Cuzco era la capital del Perú, tenía un Templo del Sol, famoso por su magnificencia (2). Estaba cubierto por gruesas planchas de oro, y las paredes estaban revestidas con el mismo precioso metal. Sus cornisas también eran de oro macizo, y en el muro occidental los arquitectos habían practicado una abertu-

(1) La última de estas Comisiones ha sido compuesta de alemanes, quienes debidamente autorizados por el Gobierno peruano, dieron comienzo a pesquisas tan serias, como las también realizadas por ellos en Troya, Numancia y diversos puntos de Egipto. Alarmado el Gobierno por la índole de ciertos hallazgos, decretó la cesación de las obras emprendidas.

(2) Este templo debió ser, en lo fundamental, idéntico al de Hellópolis, hoy Bal-bek, cerca de Palmira, en la alta meseta del Líbano, donde nacen el Orontes, el Jordán y el Lita. También existieron otros análogos en Egipto y en otros diversos sitios.

ra dispuesta de tal modo, que cuando los rayos del sol penetraban por ella, los concentraba hacia el interior del edificio. Extendiéndose luego a manera de áurea cadena, reflejados en unos y otros puntos, daban la vuelta a los muros e iluminaban los deformes ídolos, poniendo de manifiesto los ciertos signos místicos que en toda otra ocasión eran invisibles. Únicamente comprendiendo estos jeroglíficos, idénticos a los que pueden verse hoy día sobre la tumba de los Incas, era, como podía saberse, el secreto del túnel y de sus entradas. Había una de éstas en las cercanías de El Cuzco, estando ahora oculta y siendo enteramente imposible de descubrir. Ella conduce directamente a un inmenso túnel que va de El Cuzco a Lima, y que, torciéndose después hacia el Sur, se extiende por Bolivia. En cierto punto, el túnel está cortado por una tumba real. En el interior de esta cámara sepulcral hay dos puertas ingeniosamente dispuestas, o más bien, dos enormes losas que giran sobre unos goznes y que cierran de un modo tan perfecto, que únicamente pueden distinguirse de las demás porciones de los muros esculpidos, por medio de algunos signos secretos, cuya clave sólo es poseída por sus fieles custodios (1). Una de estas losas giratorias cierra la boca meridional del túnel de Lima, y la otra el extremo septentrional del pasadizo de Bolivia. Este último, dirigiéndose hacia el Sur, pasa por Trapaca y Cobijo, porque Arica no dista mucho del pequeño río llamado Pay'quina o *Payaquina*, que constituye la frontera entre el Perú y Bolivia, y se llama así porque sus aguas solían arrastrar partículas de oro procedentes del Brasil. No lejos de este punto existen tres picos, pero sin poseer el secreto de sus puntos de referencia en vano un ejército de titanes arrancaría las rocas con objeto de encontrarla; pero aun suponiendo que alguno descubriese la entrada y llegase por el corredor hasta la losa giratoria del sepulcro y quisiese derribarla, las rocas que hay en la parte superior están dispuestas de manera que pueden caer, cegando la tumba y sepultando sus tesoros, o, como nos decía el misterioso peruano, «sepultando bajo ellas a un millar de guerreros en una general ruina». La cámara de Arica no tiene otro acceso que por la puerta de la montaña inmediata al Pay'quina. En toda la extensión del pasadizo, desde Bolivia a Lima y El Cuzco, existen unos escondrijos muy pequeños repletos de oro y piedras preciosas, acumulados por muchas generaciones de Incas, y cuyo valor total es incalculable.»

«Tenemos en nuestro poder—añade Blavatsky—un plano exacto del tú-

(1) Recuérdese lo dicho en el capítulo anterior acerca de otra *pedra análoga* en las grutas de Karli.

nel, del sepulcro y de las puertas, que en aquella ocasión nos fué ofrecido por el viejo peruano. Si alguna vez hubiéramos pensado en aprovecharnos de tal secreto, habría sido necesaria la cooperación de los Gobiernos del Perú y de Bolivia muy en grande escala. Pasando por alto los obstáculos materiales, ningún individuo o pequeña partida podría emprender una exploración semejante sin encontrarse con el ejército de forajidos y contrabandistas que infestan aquella costa y que, de hecho, comprende a casi toda la población. El mero trabajo de purificar el aire melítico del túnel, en el cual no se ha entrado desde hace siglos, sería una empresa de consideración. Como quiera que sea, allí permanece el tesoro y allí permanecerá, según tradición, hasta que el último vestigio de dominación española desaparezca de toda América, tanto del Norte como del Sur. (1).

Volviendo a la *pedra encantada* que cierra mágicamente, o sea que hace invisibles a los profanos toda entrada a *los otros mundos*, no podemos menos de recordar otro *puñado* de hechos concordantes que someramente vamos a referir.

«Todas las naciones, dice César Cantú en su *Historia Universal*, conservan memoria de antros sagrados. La Grecia recordaba siempre con religioso respeto la célebre gruta cavada bajo las mismas rocas del poético Parnaso, gruta dedicada a Pan y a Corcira (2). El Laberinto estaba consagrado en Creta al culto de Júpiter y Epiménides. Epimeteo, el hermano de Prometeo —el que ve, escucha y calla—, dicen que se pasó cuarenta y cinco años de su vida dentro de una de estas cavernas. En otro antro análogo recibió Minos, el rey cretense, sus sabias leyes. El Cáucaso está todo lleno de grutas, y Reineg describe muchas de ellas inmediatas a la ciudad de Oori, donde se hallaba situada Uphlis-zieche, o sea *la ciudad de los Señores—los jinas—*, cuyas puertas, calles, templos y murallas están

(1) Convengamos en que el momento de la profecía se ha realizado ya en 1898. Quizá, pues todos en ésta son pecadores, hay que esperar a que sea raldada de igual modo en ambas Américas todo otro resto de las demás dominaciones europeas. En cuanto a la realidad de tales tesoros sepultados, su destino es el mismo que el de tantos otros sepultados en el Gobi y otros puntos despoblados del centro de Asia, a los que se refiere la introducción de *La Doctrina Secreta*. Todas estas descripciones, por otra parte, recuerdan aquellos párrafos de *Las Mil y Una Noches* relativos a tesoros ocultos y de los cuales haremos mención en lugar oportuno.

(2) *Corcira* es el nombre latino de la isla de Córcega, patria de ese genio destructor que se llamó Napoleón. Tal vez dicho nombre de la isla proceda de sus muchas grutas, análogas en formación geológica a las de Artá y otras muchas de las islas Baleares, tan ricas en esta clase de tesoros mitológicos.

abiertos en la roca. Los tienen igualmente la Georgia, Cuba y Podrona, y una roca del distrito de Badill contiene más de mil habitaciones. El Paro-pamiso está todo horadado, bien para el cullo, bien para usos domésticos. Hoek y Bruns visitaron los subterráneos de Banian. Otros tales existen en las elevadas montañas de Mahu, con colores perfectamente conservados; pero los más numerosos y enos de esta clase se presentan en Etiopía, Egipto e India, y no hay quien no tenga asimismo noticia de las catacumbas de Roma, las grutas de Elruria y de las islas del Mediterráneo.»

En las leyendas relativas a estas cavernas y a cuantas en tierra existen, siempre aparece la *pedra mágica*, ora cerrándose la entrada de ellas, ora de alguna de sus más reservadas dependencias, verdaderos *Adytas* (1) de un mundo, un culto y unas gentes inaccesibles completamente para el vulgo. Así lo llevamos visto en las leyendas transcritas y podríamos continuar viéndolo en muchas más hasta lo infinito.

Algunas de estas *pedras* se han hecho célebres en los fastos de la Historia, después de arrancadas de los más misteriosos sitios. Tal acontece con el *Lia-Fail* o *pedra de la Coronación*, que se guarda como un tesoro en Inglaterra. El viejísimo trono que hoy ocupa Eduardo VII, llamado *Silla del Hado*, se guarda en la Abadía de Westminster y tiene por asiento una piedra rectangular de arenisca roja acerca de la cual existen muy extrañas leyendas. Al tenor de una de ellas—dice Rivett-Carnac, el develador de la llamada escritura ógmica—, los escoceses, se dice, que poseyeron esta piedra desde tiempo inmemorial, rindiéndolo gran veneración hasta el día en que Eduardo I de Inglaterra la sacó del Monasterio escocés de Scone, donde se custodiaba, llevándola a Westminster. Según la tradición cristiana, esta piedra es la misma que sirvió de cabecera al patriarca Jacob (*Isaacub*); cuando, receloso de su hermano Esaú (*Isaua*) lo llevó consigo a Egipto y los hijos de Israel la tuvieron en su poder hasta que acaeció el tránsito del Mar Rojo. No todos los egipcios perecieron ahogados en este mar al perseguir a Moisés y su gente. Haylbekés, hijo del griego Naulo, se había casado con *Scota* (Scott, Escocia), hija del Faraón, y fué con éste en

(1) *Adytta* es el lugar más reservado de los templos, donde tienen lugar las más secretas iniciaciones. *Adl*, se dice en el Ocultismo que es el plano o mundo inmediatamente superior al *Atmico*. Parece palabra compuesta de *Dytia*, *Daytia*, *Dite* o *Dital*, y en tal supuesto nos recuerda algo contrario o salvador de ese mundo astral o interior en el que, de Dante acá, es célebre la *terrible Ciudad del Dite*, la mansión del supremo dolor u Octava Esfera de los grandes condenados: los que pecaron contra la *Divinidad humana*; contra el *Esplritu Santo*.

persecución de Moisés (1). Púsose aquél al frente de los egipcios que no perecieron ahogados y aprovechándose de la piedra faldica, atravesó todo el norte de Africa, pasó a España, y ya en Galicia fundó un reino, cuya capital fué Brigantium (2). La piedra sirvió de trono a Haythekes y a los reyes brigantinos, sus descendientes, los cuales eran proclamados y coronados sobre ella. Uno de éstos, con ocasión de enviar una colonia a Irlanda acaudillada por su hijo Simón Brec—*Brac* o *Crab*, es decir, *el de los ogams*—, le dió la piedra, que fué colocada en Tara (3), capital entonces de Irlanda y que se convirtió en trono, donde él y sus sucesores tomaron posesión del reino. También se ha llamado a esta piedra *Lapis faraonis*, en alusión al Faraón atlante, no al egipcio, que pereció en la catástrofe, y *Anchora vitae*, por suponerse que, al arribar a Irlanda Simón Brec, se hincó un diente del áncora de su buque en la piedra y fué así extraída del fondo de las aguas.

Esta última desinencia de la tan famosa piedra del Lfa-Fail, o para hablar con más exactitud, cuantas *pedras* simbólicas juegan en esta clase de leyendas, es toda una revelación. Sí, hay que decirlo muy claro: Todo misterio físico, intelectual o espiritual que trascienda a nuestro actual estado de progreso, yace oculto por una *pedra* que hay que hallar; cerrado por una *mole* que hay que remover; coronado por una *losa* que, cual la de Westminster, venga a ser símbolo de nuestro imperio sobre la Naturaleza rebelde y *pedra angular* del edificio augusto de nuestra propia redención, mediante el esfuerzo propio, y sea, como tal símbolo, la verdadera *Áncora de nuestra vida*, siempre agitada, cual aquella barquilla de Lutecia, que reza: *fluctuat, nec mergitur...* «Me vas poniendo con maña—las piedras en el camino—para que tropiece y caiga», dice el cantar popular español y, en efecto, el *tentador*, llámese *mundo*, *demonio* o *carne*, nos va amonto-

(1) Convendría no olvidar, para la Interpretación de este Importantísimo mito, que Moisés (o *Muisca*, el caudillo azteca) no es el Israelita que saca a su gente del Egipto africano, sino el caudillo que *salvó al pueblo escogido en la catástrofe atlante, única a la que el primitivo Génesis se refiere*. No siendo de este lugar el tratar la cuestión, vea sobre ello el lector el capítulo consagrado a la Atlántida en nuestras *Conferencias teosóficas en América del Sur*, capítulo que ampliaremos y corroboraremos en un próximo tomo de esta BIBLIOTECA, a la Atlántida consagrado.

(2) Todo esto se esclarecerá oportunamente cuando nos ocupemos de las gentes del Gaedhili o gallegos irlandeses.

(3) A este nombre de *Tara* y su tremendo alcance místico, consagraremos la atención debida al tratar de *Tristán e Iseo* en nuestro *Wagner, mitólogo y oculista*, tomo tercero de esta BIBLIOTECA.

nando semejantes *pedras* de obstáculo en el Sendero de nuestra definitiva Liberación de las trabas materiales y groseras, y hasta en aquellas ocasiones de angustia suprema, en las que el hombre se siente extraviado en las tinieblas de la *Noche Espiritual* (1), siente hambre—*hambre y sed de Justicia*—cual Jesús en el desierto antes de comenzar su misión, también el tentador maldito nos presenta sarcástico otras *pedras* diciéndonos: «Si eres hijo de Dios y sientes hambre, transforma estas piedras en pan», *milagro* que efectivamente se produce por sí solo, si, sintiéndonos tocados del heroísmo de todos los iniciados, sabemos responderle arrogantes que «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda *palabra* que sale de la boca del Señor», pues que en nosotros se alberga el Cristo místico, que diría San Pablo, el *Atma-Buddhi* divino, que diría un teósofo, capaz de darnos con el sustento espiritual el físico, que es su consecuencia, en soberano acto de fe y de esperanza.

Por eso, porque es *pedra angular* del edificio de nuestra transmutación espiritual y alquímica de cieno en oro, esa *pedra filosofal*, esa *pedra cúbica o perfecta* que diría un verdadero maestro masón y alquimista (2), se llama el *Ideal*, y cuando a lo *Ideal* llegamos, nos encontramos como Aladino y demás héroes, a la vista de Infinitas riquezas no sospechadas jamás.

Pero hay que tener presente que, según el mito español de Juanillo el Oso, para salir de la cárcel de nuestro vulgarísimo mundo, como éste saliese de la cueva en que pasó su infancia, y para respirar en esotra atmósfera del ideal respectivo, hay que remover la enorme roca de nuestro karma y nuestros prejuicios que, ora nos cierra la salida como a aquél, ora nos depeña como a Sísifo, así que pretendemos escalar, con ella a las espaldas, la cima sagrada.

Por eso también Pablo, como iniciado que era, pudo decir en su Epístola III a los Corintios que, como Maestro Constructor—arquitecto, artífice en la *pedra bruta*, que diría un masón—habla puesto los cimientos de la nueva fe para salvación de *los perfectos*. Por otro lado, el nombre de Pedro, *pedra* sobre la que se dice fundara Jesús su Iglesia (y del que tan astutamente se aprovechase Irineo para su gran mistificación religiosa que

(1) Véase, sobre esta terrible *Noche del Espíritu*, el artículo de Annie Besant con este título, publicado en la revista *Sepia*, de Madrid, año 1904.

(2) *Tratado acerca de la Piedra Cúbica* parece que hubo de llamarse una obra semicientífica, semiocultista escrita por Juan de Herrera, el célebre arquitecto de *El Escorial*. Dicha obra existió en nuestra Biblioteca Nacional y ha desaparecido. Acaso esté en la particular que fué de Menéndez y Pelayo.

volviera del revés al cristianismo gnóstico), no significó en la antigüedad otra cosa que la piedra que nos ocupa *Petra* o *Kiffa*, y *Pedro*, por tanto, no significa sino el Aladino, el *Intérprete* autorizado para alzar la *piedra* que oculta al Santuario de los misterios de lo que está más allá de nuestra mente vulgar y nuestros pobres sentidos físicos. Sus consonantes típicas P. T. R. son radicales también para una porción de nombres augustos, empezando por nuestros *padres* o *pitharas*, sin contar otras muchas y muy significativas equivalencias a base de esa *tau* que está por medio de la P. y de la R., y sobre las que hoy no podemos detenernos.

Levantemos, pues, respetuosísimos esa *piedra* que hasta aquí nos ha cerrado el camino para la interpretación de tantas leyendas: *La Vaca Religiosa y Simbólica*, el *Minotauro cretense* es lo primero que nos encontramos en el subterráneo místico que vamos a recorrer. Ella será, por tanto, el tema del siguiente capítulo, inspirado en nuestra Maestra Blavatsky, que si *Pedro* es *piedra*, *Patar*, el *Illuminator*, nombre original de *Pedro*, es el Maestro bondadoso que nos aguarda siempre a la entrada del terrible laberinto para conducirnos de la mano hasta lugar seguro en nuestras investigaciones.